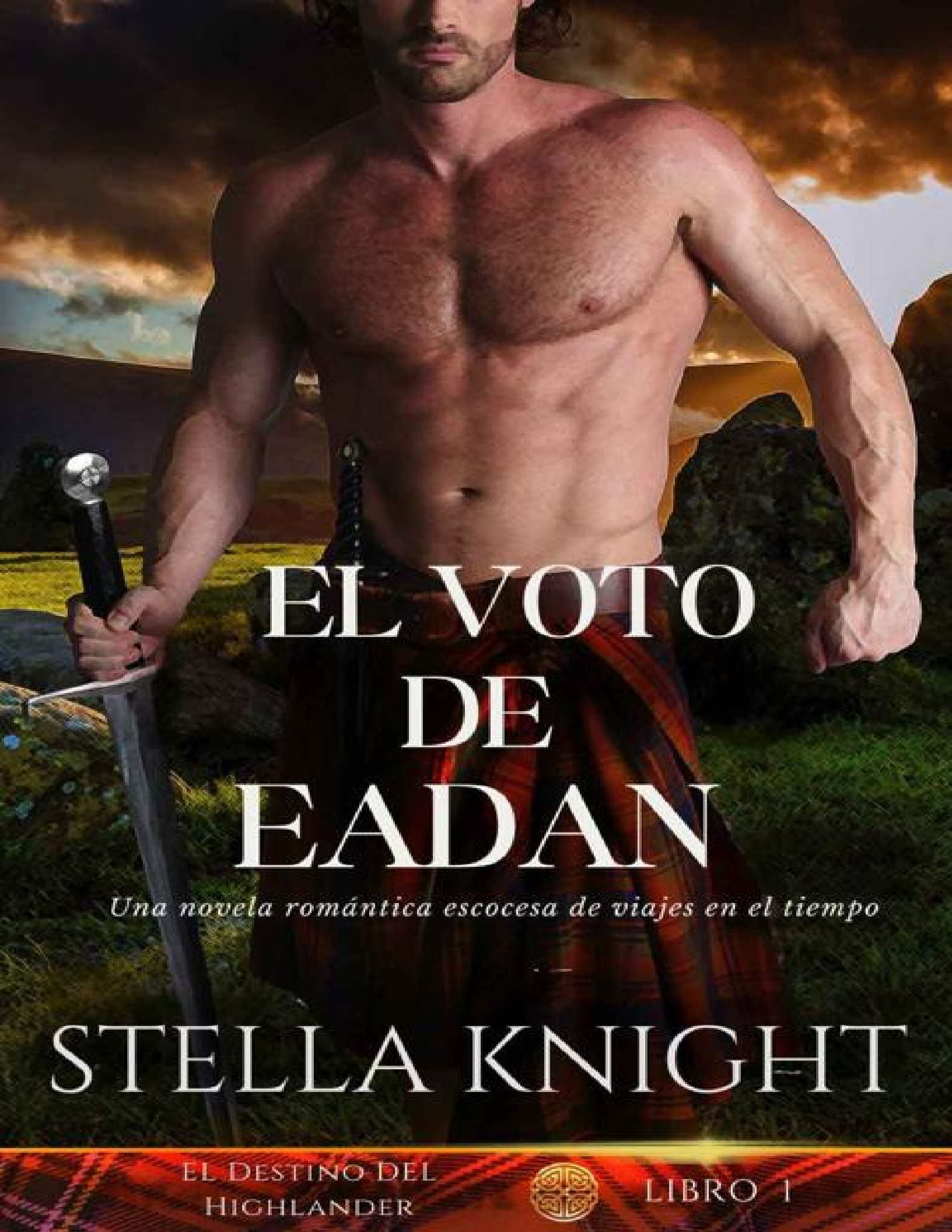

EL VOTO DE EADAN
Una novela romántica escocesa de viajes en el tiempo
STELLA KNIGHT
EL DESTINO DEL HIGHLANDER
LIBRO 1

EL VOTO DE EADAN

EL DESTINO DEL HIGHLANDER

LIBRO UNO



STELLA KNIGHT

Derechos de autor © 2025 por Stella Knight

Todos los derechos reservados.

Este libro o cualquier parte del mismo no puede ser reproducido, ni almacenado en un sistema de recuperación, ni transmitido de ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros, sin el permiso expreso por escrito del editor.

stellaknightbooks.com

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, organizaciones, lugares, eventos e incidentes son productos de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26

La cautiva de Ronan
También De Stella Knight
Sobre La Autora

CAPÍTULO 1

Actualidad
Aberdeen, Escocia

Fiona no podía apartar la mirada del cuadro. Representaba un impresionante paisaje de algún lugar de las Tierras Altas de Escocia, con colinas ondulantes y montañas, un extenso bosque y un cielo azul prístino. Algo en él la atraía, y tenía una extraña sensación de déjà vu, como si ya hubiera visto esta pintura antes.

Parpadeó, volviendo al presente. Echó un vistazo al pequeño museo que había encontrado escondido en una callejuela de Aberdeen. Además de ella, había una pareja inglesa de mediana edad, un pequeño grupo de estudiantes con aspecto aburrido junto a su entusiasta profesor, y una anciana que no dejaba de lanzarle miradas furtivas. Todos habían pasado por alto este cuadro; Fiona parecía ser la única que notaba su existencia.

Volvió a centrar su atención en la pintura, estudiando la etiqueta que había a su lado: *1390, Tierras Altas de Escocia. Artista desconocido.*

—Un marchante de arte en Edimburgo lo descubrió en una venta de bienes.

Fiona se giró cuando el anciano dueño del museo, Callum, se acercó a ella con una sonrisa.

—Supe que había algo especial en él —continuó.

—Es hermoso —dijo Fiona educadamente, aunque no quería quedarse atrapada hablando con él. Ya lo había visto intentando vender souvenirs kitsch a otros turistas.

—Ah, una americana —dijo Callum, antes de que ella pudiera alejarse—. ¿De dónde es usted?

—De Chicago.

Decidió no mencionar que estaba en Escocia en lo que se suponía que iba a ser su luna de miel. Hacía solo unas semanas, había cancelado su boda después de descubrir que su prometido Derek la engañaba con su compañera de trabajo. Fiona mantuvo una sonrisa educada en su rostro, incluso cuando la amargura la atravesó al recordarlo.

—Chicago. Una hermosa ciudad, según he oído —dijo Callum—. Nunca he salido de Escocia. Siempre he esperado ir algún día a América.

El teléfono de Fiona sonó con un mensaje de texto, la excusa perfecta. El alivio la invadió y le dirigió una mirada de disculpa a Callum mientras señalaba su teléfono, comenzando a rodearlo.

—Antes de que se vaya, ¿quizás le gustaría explorar la tienda de regalos? —preguntó Callum, con un brillo mercenario en sus ojos.

Fiona reprimió un suspiro. La había atrapado; probablemente no le importaba en absoluto la

pintura. Echó una última mirada al cuadro antes de seguirlo a la tienda de regalos contigua, donde terminó comprando varias tazas y llaveros que no necesitaba.

Mientras salía de la tienda de regalos con su alijo de souvenirs, su piel se erizó al sentir unos ojos en la nuca. Fiona se dio la vuelta.

La conmoción la invadió. La misma anciana que no dejaba de mirarla en el museo estaba en la parte trasera de la tienda de regalos. Solo que ahora parecía haber rejuvenecido unos diez años; tenía menos arrugas y gran parte de las canas en su cabello habían desaparecido, reemplazadas por mechones negros. Y Fiona estaba segura de que era la misma mujer.

—¿Puedo ayudarla con algo más? —preguntó Callum ansiosamente, mientras Fiona permanecía inmóvil junto a la puerta abierta.

—No —se obligó a decir Fiona, antes de volver a centrar su atención en la mujer. Pero la mujer ya no estaba allí. Fiona miró a su alrededor, confundida, pero la mujer no se veía por ninguna parte—. Que... que tenga un buen día.

¿Qué demonios ha sido todo eso?, se preguntó Fiona aturdida, mientras salía a la calle, dirigiéndose a su coche de alquiler. Primero, la pintura que la había hipnotizado, provocándole esa sensación de déjà vu, y luego la versión femenina de Benjamin Button.

Solo llevaba unos días en Escocia, y no había ocurrido nada fuera de lo común hasta hoy. A Fiona le sorprendió lo mucho que disfrutaba del país. Nunca había estado aquí antes, pero sentía como si estuviera regresando a casa después de una larga ausencia. Después de la traición de Derek, su mejor amiga, Isabelle, la había animado a reconvertir este viaje en una especie de retiro artístico en solitario. Como artista, le encantaba dibujar y pintar hermosos paisajes; Escocia los tenía en abundancia.

Había comenzado su viaje aquí en Aberdeen, con la intención de dirigirse a las Tierras Altas, donde se quedaría en Inverness un par de días, antes de bajar a Glasgow y luego a Edimburgo, donde se encontraría con Isabelle. Planeaba presentar los paisajes que dibujara aquí en una exposición de arte en Chicago. Fiona enseñaba arte a estudiantes de secundaria para ganarse la vida, y a diferencia de otros profesores de arte que conocía, encontraba su trabajo satisfactorio y lo disfrutaba, pero a veces sentía el impulso de exponer sus obras.

Fiona se deslizó en su coche de alquiler, echando una última mirada al museo antes de arrancar y alejarse. Lo había encontrado por casualidad después de parar a tomar un café en una cafetería cercana. A pesar del dueño insistente, la extraña mujer y la pintura, había disfrutado visitándolo y admirando las pinturas y esculturas que tenía en exhibición. Era el tipo de lugar que Derek habría odiado visitar; mirar arte no era una de sus actividades favoritas. Ahora que lo pensaba, eso no era una buena señal.

Frunció el ceño al recordar la actitud despectiva de Derek hacia su arte. Él la había instado a dedicarse al diseño gráfico, insistiendo en que ganaría más dinero y no tendría que dar clases. Su insistencia en que le gustaban los buenos y tradicionales materiales del dibujo y la pintura había caído en oídos sordos. Pero Derek nunca había sido un buen oyente. *Ni el mejor prometido,* pensó con una oleada de amargura.

Había descubierto su infidelidad de la manera más cliché posible. Con la fecha de la boda cada vez más cerca, las cosas se habían vuelto extrañamente tensas entre ellos. Habían tenido una terrible pelea por la lista de invitados, y Fiona había ido a su apartamento, dispuesta a ofrecerle una rama de olivo. Y fue entonces cuando lo encontró en la cama con Karen, su compañera de trabajo que nunca le había caído bien a Fiona.

Mirando atrás, lo que más le sorprendía era su total falta de dolor. Se había sentido humillada, había llorado y le había gritado cuando él llamó con patéticas excusas, pero no había

sentido el nivel de devastación que una debería sentir después de descubrir tal traición.

Derek la había acusado a menudo de no abrirse completamente a él, y tal vez hubiera algo de verdad en eso. Sus padres habían muerto en un accidente de coche cuando ella tenía cinco años, y la había criado su tía Carol, amable pero distante. Carol murió cuando ella estaba en la universidad, y desde entonces había desarrollado el mal hábito de aislarse, cerrándose a las relaciones. Su relación con Derek fue un intento de cambiar esto. Así que cuando Derek le propuso matrimonio después de dos años de noviazgo, ella aceptó. Tenía veintiocho años, Derek treinta, simplemente parecía el siguiente paso lógico para ellos.

Pero algo nunca se había sentido del todo... correcto entre ellos. Sus relaciones íntimas eran aceptables, su relación... bien, pero no había existido el *fuego* que siempre imaginó que sentiría cuando conociera a su alma gemela. Demonios, había sentido más atracción hacia aquel paisaje pintado que hacia su ex prometido.

Para cuando entró en el aparcamiento del hotel, decidió dejar atrás el extraño encuentro en el museo, junto con todos los pensamientos sobre su ex. Entró en el vestíbulo iluminado por velas, apartando la mirada de al menos dos parejas entregadas a muestras de afecto en público. Su hotel era un destino romántico para recién casados y parejas; había tenido que hacer una llamada bastante humillante para pedirles que cambiaran su habitación de la suite nupcial a una estándar, y habían accedido sin demasiadas preguntas.

Entró en su habitación de hotel, echando un vistazo a su reflejo en el espejo. Su pelo castaño se había escapado del moño suelto durante el trayecto, volviendo a su estado naturalmente rebelde, entre ondulado y rizado. Sus ojos marrón claro estaban ensombrecidos y los frotó con cansancio. El encuentro con aquel cuadro —y la extraña mujer— en el museo le había afectado más de lo que pensaba**.**

Suspiró, arrojando su bolsa de recuerdos inútiles sobre la cama. Ya había comprado demasiados souvenirs; a estas alturas tendría que comprar otra maleta antes de irse. Al pensar en dejar Escocia, una repentina tristeza la invadió. Le aterraba abandonar este hermoso país con sus exuberantes paisajes, gente amable y, lo más importante, su larga distancia de Chicago: el epicentro de su compromiso roto.

Su teléfono sonó y lo miró: Isabelle. El incidente en el museo la había distraído tanto que había olvidado que Isabelle le había enviado un mensaje.

—¿Te encanta Escocia o te encanta Escocia? —preguntó Isabelle, tan pronto como Fiona contestó.

Fiona sonrió ante el entusiasmo de Isabelle. Sin su influencia, Fiona habría cancelado el viaje por completo.

—Tengo que decir que tenías razón. Me encanta —dijo Fiona—. Me alegro de haber venido. ¿Cuándo llegaste?

—Anoche tarde. Estoy un poco afectada por el jet lag —dijo Isabelle, ahogando un bostezo —, pero no puedo esperar para reunirme contigo después de hacer la obligatoria visita familiar.

—Dile a Scott que le mando saludos —dijo Fiona. El hermano de Isabelle, Scott, y su esposa vivían en Edimburgo.

—Lo haré. Y, eh, puede que tenga un par de amigos que le gustaría presentarte —insinuó Isabelle.

—Ni hablar —dijo Fiona. Isabelle había estado insistiendo en que tuviera un ligue de rebote desde que le contó la traición de Derek. Pero Fiona no tenía intención de hacerlo. Después del desastre de Derek, estaba contenta de estar sola. Tal vez estaba mejor así.

—Bueno. Si dichos amigos *resultan* estar en un bar que fuéramos a visitar... —continuó

Isabelle, con tono travieso.

—No estoy aquí para tener un romance pasajero, Isabelle —dijo Fiona, frunciendo el ceño—. Retiro artístico en solitario, ¿recuerdas? Tiempo para mí, ¿recuerdas?

—Eso no significa que no puedas divertirte —dijo Isabelle inocentemente.

—Isabelle...

—Vale, vale. Le diré a mi hermano —y a su esposa— que lo dejen. Cuéntame qué has estado haciendo hasta ahora —dijo Isabelle con un suspiro.

Fiona le contó sobre los museos que había visitado y algunos paisajes urbanos que ya había dibujado. Omitió el incidente de hoy en el museo. Ni siquiera sabía cómo describir lo que había sucedido. *Vi un cuadro que me hipnotizó y una anciana rejuveneció en cuestión de minutos. Puede que esté perdiendo la cabeza.*

Después de que Isabelle bostezara por quinta vez, Fiona la instó a descansar un poco y terminó la llamada.

Isabelle era una compañera profesora de su escuela y se habían hecho buenas amigas rápidamente, aunque eran totalmente opuestas. Isabelle era ruidosa, enérgica y obstinada; Fiona más reservada. Mientras miraba su teléfono, se preguntó si debería haberle contado a Isabelle sobre el cuadro y la mujer que rejuvenecía en el museo. Isabelle era lógica hasta la médula; tendría una explicación razonable.

Fiona sacudió la cabeza, diciéndose a sí misma que ambas eran meras coincidencias; extraños incidentes en un viaje por lo demás ordinario a Escocia. Pero una parte insistente de ella no podía evitar sospechar que estaban relacionados.

CAPÍTULO 2

1390
Castillo Macleay

Los vítores y las risas que rodeaban a Eadan le irritaban los oídos. Forzó una sonrisa y alzó su jarra de cerveza cuando un primo lejano le gritó palabras de felicitación desde el otro lado del salón. A su lado, Magaidh, su futura esposa, lucía una sonrisa tensa que debía de ser un reflejo de la suya propia. Eadan se encontró con sus ojos, tensándose al ver el odio que acechaba en sus profundidades verdes, antes de que ella los bajara rápidamente. Su futura esposa parecía odiar este arreglo tanto como él.

El gran salón del Castillo Macleay estaba más abarrotado de lo habitual, lleno de varios miembros de dos clanes anteriormente enemistados, el Clan Acheson y el Clan Macleay. Todos se habían reunido para celebrar su compromiso con Magaidh, la hija del jefe Acheson. Eadan estaba sentado en la mesa principal con Magaidh y otros nobles destacados de los dos clanes.

Miró hacia el gran salón. La luz de las diversas velas y de las dos grandes chimeneas que se encontraban en extremos opuestos del salón iluminaba los rostros alegres de los invitados. Varios sirvientes iban y venían, llevando bandejas de vino y cerveza para rellenar sus copas. La bulliciosa conversación de los invitados llenaba cada rincón del abovedado gran salón. Eadan estudió sus rostros joviales, deseando poder compartir la misma alegría.

—Por Dios, Eadan —Eadan se tensó cuando Ronan, sentado en su lado opuesto, siseó el juramento en sus oídos—. Al menos intenta parecer que estás feliz con esto. Esa sonrisa parece dolorosa.

Eadan se volvió para fruncir el ceño a Ronan. Ronan era su primo; el padre de Eadan, Bran, lo había criado como si fuera suyo después de la muerte del padre de Ronan. No había muchos miembros de su clan que pudieran salirse con la suya hablándole a Eadan, el *tainistear* —el heredero del jefe— de la manera en que lo hacía Ronan.

Eadan decidió no responder, preocupado de que los agudos oídos de Magaidh captaran lo que fuera que dijera. Su mirada volvió a ella mientras bebía su vino. Era una mujer hermosa, con largo cabello castaño rojizo y vibrantes ojos verdes, pero Eadan no era de los que se dejaban llevar por la mera belleza; ella era tan cruel como una víbora. Había sido testigo de cómo trataba a los sirvientes del castillo, como si no fueran mejores que roedores escurriéndose a sus pies. Si Eadan no hubiera intervenido, ella habría hecho que despidieran a un cocinero anciano que había trabajado en el castillo desde que era un crío por no cocinar su cena exactamente como a ella le gustaba. Sabía que Magaidh lo odiaba, aunque trataba de ocultar su antipatía detrás de sonrisas coquetas. Una parte de él sentía lástima por ella; las hijas de los miembros de alto rango del clan

rara vez tenían elección en cuanto a sus maridos, pero sospechaba que Magaidh no era tan inocente.

—Por Eadan y mi querida hija —retumbó una voz.

Eadan se volvió para enfrentar al hombre que hablaba en el extremo opuesto de su mesa: Dughall, el padre de Magaidh. Tenía el cabello castaño rojizo, ahora veteado de gris, y los ojos verdes que compartía su hija. Para ser un hombre de casi sesenta años, aún era robusto y fuerte. Había sido un gran luchador en su juventud y seguía siendo un experto espadachín hasta el día de hoy.

Dughall se puso pesadamente de pie, con una sonrisa forzada mientras levantaba su jarra de cerveza.

—Que vuestras vidas sean fructíferas después de que os caséis.

—¡Aye! —gritaron los invitados, mientras Dughall volvía a tomar asiento, sin apartar sus ojos de los de Eadan, y este habría jurado que vio una mirada sombría en los ojos del hombre mayor.

Sus dos clanes habían estado enemistados durante años por una parcela de tierra disputada en las Tierras Altas del norte. Dughall había sido quien se acercó a su padre con una oferta de paz. Quería unir sus clanes en matrimonio; su hija y única heredera Magaidh, con Eadan, heredero del Clan Macleay.

Pero la oferta le había parecido extraña a Eadan. Hasta hace poco, Dughall había sido un partidario vocal de ir a una guerra abierta por la tierra en disputa. Solo la tranquila diplomacia de su padre había evitado que Dughall incitara a los nobles a la batalla. Dughall se había callado sobre las conversaciones de guerra y había sugerido el compromiso solo unas semanas después. Era un cambio abrupto de posición, uno en el que Eadan no confiaba.

El padre de Eadan, Bran, era un hombre astuto, pero había enfermado en el último año y ahora era una sombra del hombre fuerte que había sido una vez. El sanador del castillo le había dicho a Eadan que no creía que a su padre le quedara mucho tiempo; Eadan sospechaba que Bran había aceptado la oferta de Dughall por esto: quería dejar esta vida sabiendo que su clan podría tener paz.

Cuando Eadan trató de discutir con su padre, diciéndole que encontraba sospechosa la oferta de paz de Dughall, Bran le había dicho secamente que, como jefe del clan, era su derecho aceptar tal oferta, y se había negado a escuchar nada más que Eadan tuviera que decir sobre el asunto. Sabiendo lo importante que era poner fin a la enemistad para su padre y para el clan, Eadan había aceptado el compromiso, aunque sus instintos de que algo no andaba bien permanecían.

Bran, sentado en el centro de su larga mesa, golpeó la mesa pidiendo silencio. El salón quedó en silencio cuando su padre se puso de pie tambaleándose, apoyándose pesadamente en su bastón.

—Es un honor para mí unir al Clan Macleay y al Clan Acheson con el compromiso de mi único heredero, Eadan, con la hermosa hija de Dughall, Magaidh —Bran se volvió hacia Eadan y Magaidh, levantando su jarra de cerveza—. Que tengáis hijos fuertes y continuéis la paz por muchos años.

El salón estalló en vítores y Eadan se esforzó por mantener la sonrisa pegada en su rostro. Cuando los vítores alcanzaron un crescendo, Bran hizo un gesto para que Eadan se pusiera de pie.

El temor llenó cada parte de su ser, pero Eadan se levantó, volviéndose para enfrentar a los invitados.

—Espero con ansias un matrimonio largo y fructífero —mintió—. Por la unión de nuestros

clanes y por la paz.

Mientras los vítores y gritos continuaban, la mirada de Eadan se posó en Dughall. Esta vez, Eadan supo que no solo imaginaba la mirada oscura en los ojos del hombre. El pecho de Eadan se tensó; Dughall estaba ocultando algo, y él descubriría qué era, antes de casarse con su hija. Eadan mantuvo sus ojos fijos en Dughall mientras levantaba su cerveza y gritaba—: ¡Por la paz!

—¡Por la paz! —corearon los invitados.

Eadan se giró, haciendo un gesto a los juglares para que reanudaran su música. Muchos invitados se pusieron de pie, dirigiéndose al centro del salón para bailar. La cerveza y el vino que habían consumido habían surtido pleno efecto, y estaban eufóricos de alegría.

A su lado, Ronan le lanzó una mirada significativa que decía: "Invita a tu prometida a bailar". Eadan se tensó, pero se volvió hacia Magaidh.

—¿Le gustaría acompañarme en un baile?

—Sí —dijo ella, aunque su boca se tensó con desagrado cuando él tomó su mano.

En cierto modo, era un alivio que Magaidh lo odiara; si se deshiciera en halagos como una doncella embelesada, haría que su compromiso —y matrimonio— fuera aún más difícil.

Todas las miradas se posaron en ellos mientras se dirigían al centro del salón para bailar. El rostro de Eadan había comenzado a dolerle por la forzada sonrisa que llevaba, pero necesitaba parecer alegre. No sintió nada cuando atrajo a Magaidh al círculo de sus brazos para bailar. A pesar de su belleza, no había lujuria, ni afecto; ni siquiera odio o desagrado. Podría haber estado bailando con el aire.

Había muchos matrimonios sin amor entre los miembros del clan, y él no tenía reparos en tener uno propio. De hecho, lo prefería. Los hombres que amaban a sus esposas se distraían de sus deberes con el clan.

Aunque Bran seguía siendo el jefe del Clan Macleay de nombre, Eadan era el laird del Castillo Macleay, y había asumido los deberes de liderazgo de su padre como jefe desde que este había enfermado. No deseaba nada más que concentrarse en liderar el clan, supervisando el castillo y sus tierras, sin las distracciones causadas por el amor. Dudaba incluso que tomara una amante como hacían muchos maridos. Se centraría únicamente en su papel como laird y líder de su clan. Y en este momento, su objetivo era librarse de este compromiso y averiguar qué tramaban Dughall y su clan.

CAPÍTULO 3

Actualidad
Inverness y las Highlands, Escocia

Fiona salió de Aberdeen hacia Inverness temprano al día siguiente, bajando la ventanilla para dejar que el fresco aire matutino alborotara su largo cabello castaño mientras conducía. Estaba ansiosa por explorar las Tierras Altas; era allí donde pretendía realizar la mayor parte de sus bocetos.

Mientras conducía, admiraba los impresionantes paisajes que la rodeaban: las extensas y ondulantes llanuras de campos verdes, salpicadas de pequeños pueblos o ruinas de antiguos castillos, el contorno borroso de las montañas en la distancia, y el manto de nubes en el prístino cielo azul. Una sensación de familiaridad la invadió, esa misma sensación de déjà vu que la había asaltado cuando vio aquel cuadro. Pero sacudió la cabeza para deshacerse de esa sensación; probablemente se debía a lo mucho que estaba disfrutando su estancia aquí.

Llegó a Inverness un par de horas más tarde, registrándose en una pintoresca casa de huéspedes en las afueras de la ciudad, propiedad de una amable pareja de ancianos.

Después de instalarse en su habitación, almorzó en el pequeño comedor de la casa de huéspedes, donde se dio cuenta, con una punzada de fastidio, de que era la única que comía sola; una vez más, estaba rodeada de parejas. Por primera vez desde que llegó a Escocia, una punzada de soledad atravesó su corazón. No se sentía sola por Derek, ni por ningún hombre, pero había algo que faltaba. Era una sensación que la había atormentado a lo largo de los años, incluso cuando estaba con Derek; la sensación de haber extraviado algo, algo que había perdido, pero que no lograba comprender qué era.

De repente, Fiona se quedó inmóvil, sintiendo la sensación de unos ojos clavados en su nuca. Era la misma sensación que había experimentado en el museo de Aberdeen. Echó un vistazo rápido por el comedor, pero todas las parejas estaban absortas en sus conversaciones y nadie le prestaba atención.

Tragó saliva y se puso de pie. ¿Se estaba volviendo paranoica? Decidió que necesitaba tomar aire, quizás hacer algunos bocetos. Había planeado pasar el día explorando Inverness, pero decidió en su lugar dirigirse al cercano pueblo de Larkin, enclavado en medio de las Tierras Altas, con abundantes vistas impresionantes. Dibujar siempre la relajaba y la ayudaba a distraerse.

Todavía hacía sol cuando salió. Los dueños de la casa de huéspedes le dijeron que un día soleado era algo raro en Escocia, y que lo disfrutara.

Mientras salía de Inverness y se adentraba en las Tierras Altas circundantes, una sensación de

calma y relajación se apoderó de ella. Se hizo una nota mental para darle un gran abrazo a Isabelle y agradecerle por convencerla de transformar su luna de miel en unas vacaciones en solitario; no se había dado cuenta de cuánto lo necesitaba hasta ahora.

Llevaba conduciendo alrededor de media hora cuando se acercó a una bifurcación: el camino de la izquierda llevaba al pueblo al que se dirigía, el de la derecha conducía hacia las montañas.

Un impulso repentino e inexplicable de girar a la derecha la invadió, y Fiona cedió a él, tomando el camino que se desviaba a la derecha. Se dijo a sí misma que exploraría brevemente lo que había más adelante y luego daría la vuelta en unos kilómetros.

Los paisajes circundantes eran aún más impresionantes aquí; las colinas y montañas de un verde oscuro que la rodeaban se elevaban hacia el cielo, hacia las nubes que cubrían el horizonte, dejando solo pequeños retazos de azul.

Fiona redujo la velocidad al acercarse a las ruinas de lo que parecía ser un pequeño pueblo medieval, con varias casas decrépitas e incluso un solitario y envejecido castillo en la distancia.

Se detuvo a un lado de la carretera y miró el mapa en su teléfono, pero no había indicación de ningún pueblo allí. También revisó el mapa físico que había traído consigo y su guía turística, pero ambos eran iguales: no mencionaban las ruinas de un pueblo medieval.

Fiona salió de su coche, mirando alrededor. No había ni un alma a la vista, y la carretera principal de la que se había desviado estaba a kilómetros de distancia. En ese momento, se sintió como la única persona en el mundo.

Contempló el impresionante panorama que la rodeaba y supo que no podía dejar pasar la oportunidad de dibujarlo.

Momentos después, encontró una posición cómoda para sentarse en el suelo y sacó su bloc para dibujar. Pronto, se sumergió en su trabajo y todo lo demás se desvaneció. Era lo que más amaba del dibujo o la pintura: la actividad la sacaba del lugar y del tiempo, era lo que hacía cada vez que necesitaba refugiarse de los factores estresantes de la vida cotidiana.

Cuando por fin levantó la vista, con su boceto casi terminado, parpadeó con asombro. El sol no se había movido, pero estaba segura de que al menos habían pasado dos horas, lo cual solía ocurrir cuando se perdía en sus dibujos.

Hurgó en su bolso en busca de su teléfono y miró la hora. Y se quedó helada.

Marcaba la misma hora a la que había llegado: 2:15 p.m.

Pero eso era imposible. Se preguntó si la mala recepción celular de las Tierras Altas hacía que el reloj de su celular fuera poco fiable.

Fiona se levantó, se dirigió a su coche y asomó la cabeza para mirar el reloj. Pero marcaba la misma hora. 2:15 p.m.

Sacudió la cabeza, haciendo a un lado su inquietud. Independientemente de la hora, debería volver a Inverness; le debía una llamada telefónica a Isabelle. Al agacharse, Fiona recogió sus cosas, pero vio algo por el rabillo del ojo. Un movimiento en las ruinas del castillo.

Fiona se enderezó, estudiando el castillo. Volvió a notar el movimiento. Una mujer. Aunque estaba a cierta distancia, Fiona pudo darse cuenta de que era la misma mujer misteriosa del museo de Aberdeen.

El pánico, el miedo y la conmoción se abrieron paso en su pecho. Con un escalofrío, Fiona recordó la sensación de unos ojos clavados en su espalda en la casa de huéspedes. *La mujer la estaba siguiendo.*

La ira ardiente reemplazó su miedo. Fiona dejó caer sus cosas y se dirigió a zancadas hacia el castillo.

—¡Oiga! —gritó, pero no había señal de la mujer mientras se acercaba—. ¡OIGA!

Fiona llegó a las ruinas del castillo y entró en el patio. Vaciló cuando otra oleada de déjà vu la invadió. Esta vez la sensación fue tan abrumadora que se tambaleó. Miró a su alrededor, al castillo en ruinas, incapaz de sacudirse la sensación de que ya había estado allí antes. Tragó saliva mientras otro escalofrío le recorría la espalda.

Concéntrate, Fiona. Necesitaba encontrar a esa mujer y averiguar qué demonios estaba pasando y por qué la seguía. Fiona se giró, escudriñando el patio. No había señal de la mujer, aunque no podía haber ido muy lejos.

—¡Sé que estás aquí! ¿Por qué me sigues?

Oyó un movimiento apresurado que venía de su izquierda y se volvió. Provenía de una torre en ruinas; podía ver un conjunto de escaleras en espiral que conducían hacia abajo.

Fiona se apresuró hacia allí, bajando por las escaleras, que estaban sorprendentemente sólidas en comparación con sus alrededores en ruinas. Conducían a lo que parecía ser una antigua bodega en ruinas.

Miró a su alrededor, desorientada. ¿Y si esto fuera una especie de trampa y la mujer la hubiera conducido hasta aquí a propósito? Con el pánico creciendo en su pecho, Fiona se dio la vuelta para subir las escaleras, pero la bodega se había oscurecido y apenas podía ver frente a ella.

Respirando profundamente para calmarse, encontró la pared con sus manos, palpando su superficie rugosa para ayudarse a volver a la entrada.

Pero se quedó paralizada cuando una repentina ráfaga de viento llenó la bodega, como si hubiera aparecido un pequeño tornado invisible. Su ritmo cardíaco aumentó, y trató de mantener su agarre en la pared para seguir moviéndose hacia la entrada, pero una ráfaga de viento tiró de su cuerpo hacia atrás, alejándola de la pared, e imposiblemente, estaba *cayendo*. . .

CAPÍTULO 4



1390
Castillo Macleay

Cuando Fiona abrió los ojos, tenía un dolor de cabeza terrible. Desorientada, se incorporó, mirando alrededor del oscuro sótano, olvidando momentáneamente dónde estaba o cómo había llegado allí.

Y entonces todo volvió a su memoria. Las misteriosas ruinas del pueblo, la mujer que la había estado siguiendo, Fiona persiguiéndola hasta las entrañas del castillo, el tirón del viento y la sensación de caer.

Fiona se puso de pie, sujetándose la cabeza. ¿Qué había provocado ese viento? Tal vez se había desatado una tormenta repentina, y la ráfaga de viento había causado su caída. Fuera lo que fuese, necesitaba ibuprofeno, agua y una larga siesta en su habitación del bed-and-breakfast. Si volvía a ver a esa mujer, tendría que contactar a las autoridades.

Aunque el sótano seguía oscuro, Fiona ahora podía distinguir lo suficiente como para ver las escaleras más adelante. Parpadeó, observando el sótano. Se veía ligeramente diferente. Era más grande, sin signos de deterioro. De hecho, vio barriles de vino y sacos de harina apilados en la esquina más alejada. ¿Habría estado alguien aquí?

Conmocionada, se dirigió a las escaleras y comenzó a subir, pero se detuvo cuando escuchó dos voces masculinas.

—Te lo digo, Ronan, están tramando algo. No confío en ellos.

—Tu padre es sabio, no dejaría que Dughall lo engañara. Confórmate con la muchacha, es hermosa y te dará hijos fuertes...

—No se trata de Magaidh, se trata de proteger al clan.

Fiona había escuchado acentos escoceses cerrados, casi ininteligibles desde que llegó, pero estos sonaban... diferentes. Aunque podía entenderlos —apenas—, era casi como si estuvieran hablando otro idioma.

Hay otras personas aquí, se dio cuenta Fiona aturdida. Cuando había llegado, el pueblo era un pueblo fantasma.

Subió las escaleras y se quedó paralizada al llegar arriba.

Dos hombres apuestos estaban de pie en el pasillo. Vestían ropas de aspecto medieval: túnicas oscuras y kilts con patrones de cuadros verdes. Uno era alto, con cabello castaño, ojos dorados y fuertes rasgos angulosos.

Pero fue el que estaba más cerca de ella el que le secó la garganta. Era alto, de más de un metro ochenta, con cabello ondulado oscuro, ojos azul cerúleo y una mandíbula finamente

cincelada salpicada de una tenue barba incipiente. Era ridícula y dolorosamente guapo. Una oleada de calor la recorrió y tragó saliva.

—Ah... lo siento —dijo, cuando pudo hablar. Tal vez esto era una recreación histórica. Uno de sus guías le había dicho que tales recreaciones se llevaban a cabo en algunos castillos por todo el país—. Yo... perdón por interrumpir. Solo necesito llegar a mi coche.

Empezó a dar un paso adelante, pero el Escocés Guapo la interceptó, con los ojos entrecerrados. Su mirada la recorrió de pies a cabeza, observando su cabello castaño despeinado y su vestido largo azul marino, y Fiona se sonrojó ante su evaluación. Sus ojos se oscurecieron con algo que ella no pudo identificar antes de que volviera a mirarla a los ojos.

—¿Quién eres, muchacha? —exigió—. ¿Una espía sassenach? ¿Una de las putas de Dughall que viene a espiarme?

Fiona jadeó, sintiendo que la ira la invadía. ¿Quién demonios era este tipo y qué era esto? Si esto era una recreación, se estaba pasando de la raya.

—No sé de qué estás hablando, pero ya me iba —espetó, moviéndose alrededor de él, pero él volvió a bloquearle el paso.

—No hasta que nos digas quién eres —exigió el Escocés Guapo.

—Yo... yo no tengo por qué —dijo, irguiéndose en toda su estatura, aunque apenas le llegaba a los anchos hombros. Lo miró con furia—. Ahora... no sé qué tipo de recreación es esta, pero me voy y te vas a quitar de mi camino de una maldita vez.

—La muchacha tiene una boca grande —dijo el otro apuesto escocés, con diversión bailando en sus ojos.

—No es motivo de risa, Ronan —gruñó el Escocés Guapo—. Si Dughall envió una espía...

—Llevémosla con tu padre. Él puede preguntar...

—No. Si es una espía, quiero interrogarla yo —los ojos del Escocés Guapo brillaron peligrosamente, y ella sintió otra inapropiada oleada de deseo.

Fiona tragó saliva con dificultad. ¿Espía? ¿Pensaban que era una espía? Su mente buscó posibilidades y razones: tal vez era una recreación interactiva en la que tenía que seguir el juego. Tal vez los estaban filmando. Miró alrededor buscando cámaras, pero no había ninguna.

—¿Buscando el respaldo de Dughall, muchacha? —exigió el Escocés Guapo. Dio un paso adelante, y Fiona gritó cuando la levantó en sus brazos, llevándola por el pasillo.

—Eadan, ¿qué estás...? —exigió el otro hombre, exasperado.

—Obtendré mis respuestas de la muchacha... a solas.

Ahora, el miedo de Fiona regresó. Estaba bastante segura de que en las recreaciones —incluso en las interactivas— no se permitía a los actores tocar a los participantes. Comenzó a forcejear en su agarre.

—No me apunté a esto, ¿de acuerdo? Encontré este pueblo por casualidad. El espectáculo ha terminado. Solo quiero volver a mi coche.

Eadan le lanzó una mirada penetrante pero siguió caminando. Subieron por una serie de escaleras sinuosas; sus esfuerzos eran inútiles contra la fuerza de él. La mantuvo en sus brazos hasta que entraron en una habitación enorme —una cámara medieval— que era del tamaño de su apartamento de un dormitorio en Chicago.

Fiona tropezó hacia atrás tan pronto como él la soltó. Miró alrededor, aterrorizada. ¿Dónde estaban las cámaras? ¿Los otros turistas?

—¿Qué estás buscando, muchacha? —exigió Eadan—. No encontrarás a ninguno de los hombres de Dughall aquí para salvarte.

—¿De qué demonios estás hablando? —rugió Fiona—. ¿Quién diablos es Dughall? Mira,

yo... yo no sé qué está pasando, pero solo quiero volver a mi coche y regresar a Inverness.

—¿Inverness? —siseó él—. ¿Qué asuntos tienes en Inverness?

—¡No quiero ser parte de esta maldita recreación! —gritó Fiona, a quien pudiera oírla—. ¡Solo quiero salir!

—¿Recreación? —Las hermosas cejas de Eadan se fruncieron en confusión—. ¿De qué estás hablando, muchacha? ¿Y qué tipo de vestido es este? Estás casi desnuda. Ni siquiera las prostitutas exhiben sus mercancías de esta manera.

Fiona lo fulminó con la mirada. No iba a abandonar su actuación. Y quienquiera que estuviera organizando esta recreación no la estaba terminando. Tal vez tenía que seguir el juego para que terminara. Estaba segura de que mantener a un turista como rehén y obligarlo a participar en una recreación para la que no se había inscrito era ilegal, pero si eso era lo que se necesitaba para salir de este castillo —

Fiona se quedó inmóvil, con el corazón en la garganta. *El castillo*. Cuando había entrado en su patio, estaba en ruinas. Ahora, por lo que podía decir, y por lo que había visto mientras Eadan la llevaba por las escaleras, estaba completamente funcional.

Una vez más, su mente luchaba por entender. Estos hombres —estos actores— debían haberla movido. Era inquietante —y definitivamente ilegal— pero quienquiera que dirigiera esta recreación tenía que haberla movido. Su explicación para todo esto se estaba volviendo cada vez más rebuscada, pero no había otra explicación.

—¿Intentando inventar más mentiras, muchacha? —preguntó Eadan, con los ojos entrecerrados.

—Yo... me perdí —balbuceó ella.

—¿Perdida?

—Sí —dijo, tratando de inventar una mentira que fuera lo más cercana posible a la verdad. Si tenía que seguir el juego para salir de esto, que así fuera—. Yo... no soy una prostituta, sino una mujer deshonrada. Estaba prometida a un inglés que me traicionó. Yo... huí de él y terminé aquí. Solo esperaba esconderme en el sótano durante unos días antes de continuar mi camino.

—¿Crees que soy un tonto? —escupió Eadan—. ¿Cómo entraste al castillo?

—Me... me colé dentro. En medio de la noche. Lo... lo siento —dijo apresuradamente—. Ahora, si me dejas seguir mi camino...

—¿Y hacia dónde te dirigías?

—A... a un convento. La Abadía de Jenloss, justo al este de aquí —tartamudeó, aferrándose a cualquier fragmento de historia medieval que pudiera recordar. Allí era donde iban las mujeres deshonradas en la época medieval, esperaba. Había visto el nombre de la abadía en uno de sus mapas y rezó para que existiera en esta época—. Es el único lugar que aceptaría a una mujer caída como yo.

Por primera vez, una mirada de creencia entró en los ojos de Eadan, y el alivio la invadió. Ahora que había seguido el juego de su ridículo escenario, ¿la dejarían ir?

—Si... si fueras tan amable de proporcionarme escolta —continuó, esperando sonar auténtica —. Me pondré en camino.

Eadan continuó estudiándola, y por un momento pensó que accedería, pero negó con la cabeza. —No estoy seguro de creerte, muchacha.

El corazón de Fiona se hundió, y el pánico surgió en su pecho. No podían mantenerla aquí contra su voluntad; era secuestro.

—Ya he tenido suficiente. Si no se me permite irme, me pondré en contacto con las autoridades tan pronto como todo esto termine —anunció a quien pudiera estar escuchando, y se

dirigió hacia la puerta. Pero Eadan no se movió.

—Te dejaré ir. Un día.

—¿Qué quieres decir con un día? —jadeó ella.

—Quieres irte, dirigirte a este... convento, ¿no?

—Sí —dijo Fiona, con los dientes apretados. Así que no iba a abandonar su actuación.

—Entonces te ayudaré a llegar allí. Pero primero tienes que hacer algo por mí.

Fiona retrocedió tambaleándose, con la garganta seca. Él era el hombre más sexy que había visto jamás, pero seguía siendo un extraño, y si esto era algún tipo de cosa sexual rara —

—No es lo que estás pensando, muchacha —dijo Eadan con exasperación, al ver su expresión de pánico—. Te ayudaré a irte... si te haces pasar por mi novia.

CAPÍTULO 5

Los hermosos ojos marrones de la mujer se agrandaron y su boca se abrió de asombro. El corazón de Eadan martilleaba en su pecho mientras la estudiaba; la idea le había venido de la nada. Acababa de darse cuenta de cuánto le ayudaría que ella se hiciera pasar por su novia. Su aparición no podría haber llegado en un momento más perfecto. Había estado tratando de pensar en una forma —cualquier forma— de posponer o cancelar el matrimonio con Magaidh. Necesitaba tiempo para averiguar qué tramaban Dughall y su clan. Y ahora una solución había caído en su regazo, aunque aún no estaba seguro de cómo funcionaría su plan.

Al primer vistazo de ella, la rabia lo había llenado ante la idea de que una espía de Dughall se hubiera colado en el castillo. Pero algo más también lo había invadido; un indeseado arrebato de lujuria. Su largo cabello ondulado, del color de las castañas, estaba despeinado sobre sus hombros, como si acabara de levantarse de la cama. Sus rasgos eran suaves y femeninos, su boca llena y sensual, sus profundos ojos marrones enmarcados por espesas pestañas. Llevaba un vestido que no dejaba nada a la imaginación; podía ver los duros picos de sus pezones tensando la fina tela.

Eadan apretó los dientes contra otra oleada de deseo. No era el momento de pensar en acostarse con la hermosa muchacha, aunque había estado reprimiendo su deseo desde que la levantó en sus brazos y la llevó a su cámara, con sus exuberantes curvas presionadas contra su cuerpo.

—¿Qué...? No sé... no... eso es... —balbuceó ella, devolviéndolo al presente—. Estás loco. Esto es una locura. ¡Llamaré a la policía tan pronto como me vaya!

Sus ojos escanearon la cámara mientras gritaba estas últimas palabras, y él frunció el ceño, sus sospechas nuevamente despertadas. ¿Por qué seguía mirando alrededor? Tal vez sí era una de las espías de Dughall, y él ya había caído en sus manos.

Pero algo le decía que este no era el caso. Tan pronto como ella soltó esa ridícula historia sobre ser una mujer caída e ir a un convento, supo que no podía ser una espía. Ninguna espía inventaría una historia tan débil. Estarían más compuestas, más preparadas.

—¡No me voy a casar contigo! —espetó—. ¡Solo quiero volver a mi coche!

Eadan frunció el ceño. No sabía de este "coche" del que ella seguía hablando, pero solo podía asumir que se estaba perdiendo algo por su extraño acento, y que quería decir "carruaje". Sus sospechas sobre su espionaje para Dughall se desvanecieron; su confusión y nerviosismo parecían genuinos.

—Sé que estás mintiendo sobre quién eres, muchacha, pero no me importa. No vas a salir de este castillo sin mi ayuda. Solo necesito terminar —o posponer— un compromiso. La mejor manera de hacer eso es con una novia. Diré que nos casamos en el pasado y pensamos que se

había anulado —dijo, pensando en voz alta—. Me dará algo de tiempo, luego te ayudaré a llegar al convento —o adonde sea que vayas.

El horror invadió su expresión, y se llevó la mano a la boca. Las lágrimas llenaron sus ojos, y su corazón se llenó tanto de simpatía como de molestia. ¿Era tan abominable la idea de hacerse pasar por su novia?

—No deseo hacerte daño. Mira, muchacha, supongo que no tienes dinero —continuó, mirando su fino vestido con escepticismo—. La aldea está lejos, y ha habido asaltos de bandidos, no es seguro allá fuera. Incluso si intentara dejarte ir, mi padre querría retenerte hasta que se confirmara que no eres una espía, de los ingleses o de otro clan. Créelo o no, te estoy ofreciendo ayuda.

—No puedo quedarme aquí —susurró ella, su rostro perdiendo color—. Por favor, ¿puedes terminar esta recreación? No iré a la policía; quiero ir a casa.

—No sé de qué "recreación" hablas —dijo él, negando con la cabeza—. Ni de "policía". Eres una intrusa en mi castillo, pero puedo ayudarte. Solo necesito tu ayuda a cambio.

Ella permaneció pálida, tomando varias respiraciones profundas, antes de encontrarse con sus ojos.

—¿Pue... puedo preguntarte algo? —preguntó.

—Sí.

—¿Qué... qué año es?

Él la estudió, el temor enroscándose alrededor de su columna. Tal vez no estaba bien de la cabeza; dados sus desvaríos y delirios, tendría sentido. Quizás un curandero necesitaba examinarla.

Ella lo miraba con una mirada salvaje y asustada, como un conejo atrapado en una trampa. Sintió una extraña necesidad de consolarla, y extendió la mano para tomar la suya, y el calor lo llenó con su toque. La llevó a una silla en la esquina de la cámara donde la sentó.

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó suavemente.

—Fiona —susurró.

Fiona. Era un nombre hermoso; le quedaba bien.

—Fiona —dijo—, es el año de nuestro Señor, 1390.

—Oh, Dios mío —respiró.

Ella escudriñó sus ojos como si tratara de determinar si sus palabras eran verdaderas. Él sostuvo su mirada con firmeza. Fiona soltó una maldición que ni siquiera el más bajo de sus sirvientes masculinos usaría, antes de que sus ojos se nublaran y se desmayara, cayendo hacia adelante en sus brazos.

~

—NO ME DIGAS que piensas mantenerla aquí —dijo Ronan en un susurro tenso.

Fiona ahora yacía en su cama, aún dormida después de su desmayo. Pensó en despertarla, pero después de confirmar que aún respiraba, determinó que necesitaba descansar. Y él necesitaba poner sus planes en marcha, si ella aceptaba hacerse pasar por su novia.

—No para siempre. Necesito que se haga pasar por mi novia por un breve tiempo, hasta que pueda averiguar qué trama el Clan Acheson.

Ronan lo miró con incredulidad.

—¿Estás loco, Eadan? —rugió, y Eadan le hizo un gesto para que bajara la voz—. Este compromiso es lo único que ha detenido a nuestros clanes de...

—No puedo casarme con Magaidh. Están planeando destruirnos.

—¿Y qué pruebas tienes? ¿Es que no quieres casarte con Magaidh? ¿Es esta una manera de...?

—No —dijo Eadan, aunque era cierto; no tenía ningún deseo de casarse con la cruel Magaidh —. Si creyera que las intenciones de Dughall son honorables, me casaría con la moza. Ya sabes que mi deber es para con el Clan Macleay y nada más.

Mantuvo la mirada fija en los ojos de Ronan. La expresión de este se suavizó y soltó un suspiro.

—Solo dame unos días, Ronan —continuó Eadan—. No pondría al clan en peligro si no creyera que algo anda mal. Hago esto por todos nosotros. Necesito tiempo. Por favor.

—Está bien —murmuró Ronan, tras una pausa—. Pero después te casarás con Magaidh y dejarás que esta pobre moza se vaya.

—Gracias —su mirada se desvió hacia la hermosa intrusa que aún yacía tendida en su cama —. Ahora solo tengo que convencerla a ella.

Ronan siguió su mirada, con los labios apretados.

—¿Qué piensas hacer? ¿Decirle a todos que tu novia apareció de repente? ¿Una con ropas extrañas y un habla peculiar?

—Tengo un plan —dijo Eadan, con los ojos aún fijos en la figura dormida de Fiona. Solo esperaba que funcionara.

CAPÍTULO 6



Durante unos gloriosos segundos cuando Fiona despertó, creyó que estaba de vuelta en su habitación del bed and breakfast en Inverness, y que los acontecimientos del día anterior no eran más que un extraño y retorcido sueño. Pero al abrir los ojos y descubrir que se encontraba en una gran cama en una cámara medieval, sintió ganas de gritar. Recordó al Guapo Escocés —Eadan— diciéndole, con cara seria y absoluta sinceridad, que el año era 1390.

Se incorporó y casi saltó de su piel al ver a Eadan junto a su cama, sentado en una silla. Su túnica parcialmente abierta revelaba un atisbo de torso musculoso, y su cabello oscuro estaba despeinado, como si hubiera pasado sus manos por él varias veces. Sus ojos azul cerúleo, llenos de cautela, la estudiaban como si fuera un animal rabioso a punto de atacar.

Fiona ignoró la oleada de deseo que la recorrió, tomando aire. Tenía la horrible sensación de que esto no era una recreación, y que Eadan decía la verdad. De alguna manera, inexplicablemente, estaba en el año 1390.

—Buenos días, muchacha —dijo Eadan, con un tono tan cauteloso como su expresión—. Supongo que has dormido bien.

—Yo... necesito irme. Por favor —dijo ella, saliendo de la cama con piernas temblorosas.

Si realmente estaba en 1390, tenía que averiguar cómo regresar. Había llegado al sótano del castillo. Tal vez ahí estaba... ¿el portal? Tuvo que contener una risa histérica ante la idea, pero si había llegado al siglo XIV, debía haber sido a través de algún tipo de portal. A menos que hubiera sufrido un colapso mental total y toda esta situación estuviera en su cabeza.

—No creo que sea posible —dijo Eadan, poniéndose de pie—. Nadie aparte de mí y mi primo sabe que estás aquí. Si vas vagando por el castillo, mi padre y los otros nobles del clan querrán interrogarte.

El pánico inundó su cuerpo, y tomó varias respiraciones para calmarse. *No entres en pánico*, se instó a sí misma. *Piensa*.

—¿Pue... puedo mirar por la ventana? —preguntó, hablando con los labios secos.

Eadan le lanzó una mirada perpleja, pero asintió. Ella pasó junto a él y se asomó por la ventana.

Afuera, no había ruinas de un pueblo medieval, ni su coche, ni ningún indicio de modernidad. En su lugar, había un gran patio circular rodeado por todos lados por el castillo. Sirvientes con ropas medievales iban y venían: un mozo de cuadra llevaba dos caballos hacia la puerta, dos criadas cargaban un gran cubo entre ellas, varios sirvientes varones llevaban sacos de lo que parecía trigo hacia la entrada lateral del castillo.

Más allá del patio, no había señales de turistas, coches, carreteras pavimentadas con cemento, ni ningún signo del siglo XXI.

Fiona se tambaleó, agarrándose al borde de la ventana. Eadan estuvo instantáneamente a su lado, ayudándola a volver a la silla como había hecho la noche anterior.

Para su alivio, no dijo nada, permitiéndole inclinarse hacia adelante para presionar las yemas de sus dedos contra su frente. Su mente daba vueltas, incluso mientras trataba de mantener la calma. *Mil trescientos noventa*. ¿Cómo era esto siquiera posible?

Vagamente se dio cuenta de que Eadan estaba hablando ahora, y tuvo que forzarse a concentrarse en sus palabras.

—Todavía no creo tu historia, pero dudo que seas una espía. Creo que estás ansiosa por irte, y puedo ayudarte con eso.

Ella lo miró, con el corazón latiendo fuertemente.

—Gracias.

—Pero las condiciones no han cambiado —dijo él, sosteniendo su mirada—. Primero debes ayudarme.

El temor se enroscó alrededor de su columna vertebral mientras recordaba su descabellada proposición de la noche anterior. Una parte de ella había esperado no haberlo recordado correctamente, que viajar a través del tiempo hubiera alterado su memoria.

—No —dijo ella, al mismo tiempo que él decía—: Necesito que te hagas pasar por mi novia.

Fiona lo miró con furia. Todavía estaba tratando de asimilar el hecho de que podría estar en otra época, ¿y él quería que se hiciera pasar por su novia?

—¿Estás loco? —exigió—. Me voy de aquí, y...

—Te estoy dando una opción, muchacha; no te obligaré a quedarte. Pero si intentas irte por tu cuenta, sin un centavo a tu nombre, te resultará difícil. Alguien te detendrá y te traerá de vuelta a mí, o a mi padre, y como te he dicho antes, tendrás que enfrentarte a duras preguntas de los otros nobles. Las tensiones son altas entre nuestros clanes, no creerán tu historia de que simplemente llegaste aquí por casualidad. Supongo que no llegarás muy lejos. O —continuó, suavizando el tono—, puedes dejar que te ayude. No será un matrimonio real, solo de cara a la galería, para que pueda terminar mi compromiso y llegar al fondo de algo. Si me ayudas, te ayudaré a regresar. Tienes mi palabra.

Fiona cerró los ojos, aturdida. Cuando lo exponía así, casi parecía racional. *¿Puedes llevarme seiscientos años al futuro?*, pensó, aturdida.

Todavía había una parte de ella que se aferraba a la esperanza de una conclusión lógica: que estaba soñando, en alguna retorcida recreación, o que Eadan, Ronan y la gente con ropa medieval que se movía por los terrenos del castillo estaban todos locos.

Primero necesitaba pruebas. Pruebas de que realmente estaba en 1390. Si era así, su proposición era... lógica. No tenía otros aliados en esta época, ni otras formas de salir de aquí. Eadan no le había hecho daño, y parecía sincero.

—N-necesito confirmar algo primero —dijo, tratando de mantener la calma en su voz. No quería decirle que venía del futuro; tenía la sensación de que eso no sería bien recibido. Tendría que mantener la historia que había inventado sobre la marcha—. Quiero que me lleves al pueblo más cercano. N-no necesito hablar con nadie. Solo necesito echar un vistazo. Por favor —dijo, mientras él la estudiaba con sospecha—. Y luego... —Fiona tomó aire. No podía creer que estuviera diciendo esto, pero ¿qué otra opción tenía?—. Y luego me haré pasar por tu novia.

Él se relajó y asintió.

—Tendré que conseguirte algo de ropa —dijo, recorriéndola con la mirada, y el rostro de ella se encendió ante su escrutinio crítico—. Si alguien nos detiene, no dirás nada, ¿entendido? Nos mantendremos en la parte trasera de los terrenos para evitar ser vistos.

Ella asintió, sintiendo alivio cuando él se marchó. Tan pronto como se fue, revisó cada centímetro cuadrado de la habitación, pero no había ni un solo enchufe o indicio de algo moderno.

Eadan regresó más rápido de lo que ella pensaba, con una túnica blanca, un vestido interior, un vestido verde y una tela de cuadros que podía usar como capa, algo que Eadan llamó *airisaidh*.

—Tuve que contar toda una historia para conseguir esa ropa —refunfuñó, antes de salir de la habitación para permitirle cambiarse.

Fiona miró la ropa, nerviosa. Estaba acostumbrada a vestidos largos sencillos o vaqueros y camisas abotonadas. Pero vestirse era algo intuitivo, y se puso el vestido interior y la túnica antes de ponerse el vestido verde. Tuvo especial cuidado al envolver la capa de cuadros a su alrededor, queriendo pasar lo más desapercibida posible.

Se acercó a la puerta y la abrió de golpe. La mirada de Eadan la recorrió, una extraña expresión llenando sus ojos. ¿Deseo? Pero desapareció antes de que pudiera interpretarla. Sin embargo, eso no impidió que se le secara la boca y que una espiral caliente de excitación la recorriera cuando sus ojos se encontraron con los de él.

¿Qué demonios le pasaba? Necesitaba aceptar todo este asunto del viaje en el tiempo, no distraerse con el guapo escocés.

—Recuerda, no digas nada —dijo él—. Cuando regresemos, vendremos directamente a mi cámara.

—De acuerdo.

Tomaron la salida trasera del castillo, y ella mantuvo la cabeza baja bajo su capa. Él la condujo fuera del patio hacia los establos, donde recogió un caballo de un mozo de cuadra que le dirigió una mirada curiosa.

Eadan la ayudó suavemente a subir a su caballo, y ella trató de no reaccionar a su cercanía cuando él colocó sus brazos a su alrededor, manteniéndola cerca mientras se alejaban del castillo.

Fiona observó sus alrededores mientras cabalgaban, y su corazón se hundió. Estaban en un sinuoso camino de tierra que atravesaba interminables campos verdes; no había señales de carreteras modernas pavimentadas, letreros o automóviles. A lo lejos, podía distinguir casas señoriales y aldeas salpicando las tierras circundantes.

Eadan ralentizó el caballo cuando llegaron a las afueras de una pequeña pero bulliciosa aldea medieval. Fiona observó las calles empedradas, las casas con techos de paja, las tiendas de herreros y carpinteros, y una taberna. Los aldeanos que deambulaban por las calles y atendían los campos circundantes con caballos y arados llevaban todos ropas medievales: largas túnicas, vestidos sencillos y calzones.

Podría tratar de convencerse de que esto era una elaborada recreación; había muchas aldeas medievales auténticas en Escocia. Pero Fiona observó los rostros de los aldeanos, sus expresiones que iban desde neutrales hasta vacías y cansadas. No estaban actuando. Esto no era una broma elaborada o una recreación. Esto era la vida real. Estaba en el año 1390.

—Muchacha —dijo Eadan, su voz retumbando en su oído. Debió haber sentido la tensión en su cuerpo—. Supongo que este no es el lugar donde pretendías llegar, ¿verdad?

—Se puede decir eso —respondió Fiona, tomando un respiro para calmarse.

Él giró el caballo y los llevó de vuelta al castillo. Fiona apretó sus manos temblorosas a los costados mientras un mozo de cuadra se llevaba el caballo, y ellos se dirigían al interior del castillo por la entrada trasera. Estaba tan consumida por sus pensamientos turbulentos que apenas notó al sirviente que los detuvo.

—Dughall desea hablar con usted, Laird Macleay —dijo, sus ojos esforzándose por mirar a Fiona con curiosidad. A su lado, Eadan se tensó.

—Estaré allí enseguida.

Eadan la agarró del brazo, llevándola de vuelta a su cámara, y ella agradeció su mano firme. Su desorientación le dificultaba caminar.

Una vez que llegaron a su cámara, él cerró la puerta tras ellos. Fiona caminó hacia la cama con piernas temblorosas y se hundió en ella, tomando una respiración profunda.

—Tengo que irme, pero volveré pronto —dijo Eadan. Señaló una mesa en el centro de la habitación, donde una criada había dejado una bandeja de comida—. Hay comida y bebida si tienes hambre.

Fiona le dio un breve asentimiento de agradecimiento. Eadan continuó estudiándola. Aunque su cuerpo estaba tenso, su voz permanecía suave.

—¿Has decidido? ¿Te harás pasar por mi novia? ¿O quieres arriesgarte por tu cuenta?

Fiona se presionó los dedos en la sien. Había caído a través del tiempo para terminar en 1390. Hasta ahora, Eadan era su único aliado, y potencialmente el único que podía ayudarla.

—Me haré pasar por tu novia —susurró Fiona.

CAPÍTULO 7



Eadan intentó que la expresión en el rostro de Fiona no le afectara, aunque ella parecía como si acabara de sentenciarla a muerte. Si antes creía que su historia era falsa, ahora estaba seguro de ello. Nadie estaría tan ansioso por llegar a un convento. El temor, la cautela y el miedo nublaban su rostro. Una oleada de protección lo invadió; ¿de qué huía? ¿O de quién? Si pudiera lograr que se abriera con él, estaría encantado de ayudarla, pero solo después de terminar su compromiso con Magaidh y averiguar cuáles eran los verdaderos planes de Dughall.

—Fiona —dijo suavemente, extendiendo la mano para tocar su rostro. Ella levantó los ojos hacia él, y notó con preocupación que sus ojos marrones brillaban con lágrimas—. Solo tienes que fingir ser mi esposa por un breve tiempo, luego te ayudaré a llegar a tu destino.

—¿Y si no puedes? —preguntó ella, con la voz temblorosa.

—Haré todo lo que pueda —prometió.

Aunque aún parecía inquieta, le dio una sonrisa temblorosa. Eadan se dio cuenta de lo cerca que estaban, su aroma natural, que olía a miel y rosas, le cosquilleaba en las fosas nasales. El deseo fluyó a través de él mientras su mirada se posaba en su boca llena y sensual. Y no pudo evitarlo: sus manos bajaron de su rostro a su cintura, y la presionó contra él antes de capturar su boca con la suya.

Fiona respondió al instante, devolviendo su beso, y su excitación se disparó. Presionó su cuerpo exuberante aún más cerca, saqueando su boca con la suya. Cuando sus manos se elevaron hacia su cuello, agarrando su cabello, sintió que se endurecía contra sus calzones.

Sus manos se apretaron alrededor de su cintura mientras su lengua exploraba su boca, y ella gimió. El deseo había dejado de lado toda razón. En meros segundos sería incapaz de detenerse de llevarla a la cama, de cubrir el hermoso arco de su garganta con besos, de...

El sonido de Ronan aclarándose la garganta lo trajo de vuelta al presente, y abruptamente soltó a Fiona, quien parecía agitada y sin aliento. Fiona bajó los ojos, un hermoso rubor tiñendo sus mejillas.

Eadan se giró para enfrentar a Ronan, más irritado de lo que sabía que debería estar, especialmente cuando vio el destello de diversión en los ojos de su primo.

—Siento interrumpir —dijo Ronan, sin parecer en absoluto arrepentido. Hizo un gesto para que Eadan se acercara.

Eadan lo hizo de mala gana, sus sentidos aún ardiendo después de su beso con Fiona. Ronan bajó la voz.

—¿La moza aceptó tu plan?

—Aye —dijo Eadan.

—Me pregunto cómo la convenciste —dijo Ronan, con la boca temblando.

—¿Qué viniste a decirme? —preguntó Eadan, irritado.

—Encontré a un hombre dispuesto a ayudar con tu historia. Tuve que pagarle una buena cantidad de monedas —dijo Ronan, con un rastro de molestia.

El alivio llenó a Eadan, y su irritación con su primo se desvaneció. Ronan era inquebrantablemente leal y Eadan confiaba en él más que en nadie.

Se enderezó, mirando de nuevo a Fiona. Ella aún parecía agitada por su beso: su respiración seguía siendo rápida, su rostro enrojecido. Se obligó a no dejar que su mirada se detuviera en la plenitud de sus labios, o en la curva de sus pechos contra su corpiño. No debería haber besado a la tentadora moza; necesitaba concentrarse.

—Tengo un plan —le dijo—. Pero tendrás que interpretar tu papel. ¿Estás dispuesta?

Fiona tragó saliva y asintió rápidamente.

—Tendré que estarlo —dijo—. Dime qué hacer.



EADAN ESTABA de pie en el centro del gran salón, frente a los nobles de su clan, esperando que su expresión fuera apropiadamente sincera y arrepentida. Acababa de contarles toda una historia; solo podía esperar que creyeran su relato.

Todos lo miraban con asombro e incredulidad. La confusión llenaba la expresión de su padre, mientras que Dughall, Eadan notó con inquietud, lo estudiaba con sospecha.

—¿Quieres decirnos que ya estás casado? —exigió su padre—. ¿Y nunca pensaste en mencionarlo antes del compromiso?

—Pensé que había sido anulado. Fue una tontería; mi vergüenza es la razón por la que nunca se lo dije a nadie —dijo Eadan, tratando de adoptar una expresión de vergüenza—. Nunca pensé que la volvería a ver.

Por el rabillo del ojo, vio que la boca de Ronan temblaba, aunque había permanecido debidamente impasible mientras Eadan contaba su historia.

Eadan estaba bastante orgulloso de la historia que había inventado. Les había dicho que había viajado a Inglaterra hace dos años, lo cual era cierto. Pero la siguiente parte era pura invención.

Durante su tiempo allí, se había detenido en un pequeño pueblo aislado en la frontera con Gales donde había conocido a Fiona. Se habían enamorado y tontamente, impulsivamente, se habían casado con un sacerdote local. Pero se habían dado cuenta del error de su impulsividad y se habían separado antes de consumar el matrimonio, lo que lo invalidaba. La única persona a la que se lo había contado era Ronan; estaba avergonzado de haber hecho algo tan tonto y fuera de carácter.

Fiona había llegado al castillo anoche. Su futuro esposo la había rechazado después de descubrir que su matrimonio con Eadan aún era válido, ya que el sacerdote que los casó lo registró en los archivos de la iglesia y nunca lo eliminó.

Sin familia y sin tener a dónde ir, Fiona había venido aquí en busca de la ayuda de Eadan; el sacerdote se negaba a anular el matrimonio solo a petición de ella; quería también la petición de Eadan. Fiona, insistió, se dirigía a la Abadía de Jenloss; no tenía intención de interferir con su compromiso con Magaidh. Solo quería la anulación y luego seguiría su camino.

—Ya he enviado un mensajero con mi petición al sacerdote —dijo Eadan, intercambiando una breve mirada con Ronan. El hombre que Ronan había contratado se haría pasar por este mensajero; había acordado decir a los nobles que él había enviado el mensaje si preguntaban. —Pero puede que lleve tiempo obtener la confirmación de que el sacerdote ha eliminado el

matrimonio del registro —continuó Eadan—. Hasta entonces, el compromiso tendrá que ponerse en espera.

—Es conveniente que esta muchacha aparezca justo cuando estás a punto de casarte y poner fin a la disputa entre nuestros clanes —dijo Dughall, con los ojos entrecerrados—. ¿Cómo sabemos que no es una espía, aquí para acabar con nuestra tregua?

—Eso mismo pensé yo también. Os aseguro que la he interrogado, y no es una espía. Solo una muchacha asustada sin un lugar adonde ir —dijo Eadan. Se volvió hacia su padre—. El Clan Macleay se basa en el honor y el deber. Mientras esté casado con la muchacha, estoy obligado por honor a ayudarla.

—Sí —dijo su padre, tras una larga pausa—. Pero estoy decepcionado contigo, hijo. ¿Qué fue lo que te hizo casarte con ella?

—Fue la lujuria, me avergüenza decirlo —dijo—. Mi anterior novia es hermosa, nada comparado con Magaidh —añadió apresuradamente, mirando a Dughall, quien frunció el ceño. Esa era la parte más difícil de su elaborada mentira. Fiona hacía que sus entrañas se agitaran mientras que Magaidh lo dejaba frío—. No estaba pensando con la cabeza, padre.

—Todos podemos entender eso, ¿verdad? —añadió Ronan. Eadan estaba agradecido por la presencia de Ronan aquí, había seguido bien el juego—. ¿Haber visto a una muchacha de la que no podemos tener suficiente?

Todos excepto Dughall asintieron, algunos riendo con diversión.

—Quiero ver a la muchacha. A tu esposa sassenach —dijo Dughall, mirándolo con enojo.

Eadan asintió; había estado esperando esto, aunque su corazón se llenó de temor. Él y Ronan habían preparado a Fiona lo mejor que pudieron para el interrogatorio, pero aquí era donde todo podía desmoronarse.

—Está descansando, pero cuando esté... —comenzó, esperando que esto lo disuadiera.

—No. Quiero ver a la muchacha por mí mismo. Escuchar su versión de la historia.

La dura mirada de Dughall permaneció sobre él, y el estómago de Eadan se tensó. Asintió y se volvió hacia Ronan, quien también se había puesto tenso. Ronan salió del salón y después de varios momentos regresó con Fiona.

Podía notar que estaba aterrorizada; sus manos temblaban ligeramente a sus costados, y su piel se había puesto pálida, pero mantenía la cabeza alta mientras entraba en la habitación.

Eadan se volvió para enfrentar a los nobles. Una oleada de celos lo recorrió cuando uno de los nobles, McFadden, la miró con apreciación lujuriosa.

—Ya veo por qué te casaste con ella, Macleay —dijo.

—Sigue siendo mi esposa, McFadden —gruñó Eadan—. Hasta que sea anulado, la tratarás con respeto.

—Fiona —intervino el padre de Eadan, lanzando una mirada de advertencia a McFadden, antes de centrar su atención en Fiona—, cuéntanos cómo has llegado hasta nosotros.

—Mi... mi prometido me rechazó cuando se enteró de mi matrimonio —dijo Fiona, con la voz temblorosa.

—Tu acento es extraño, muchacha —dijo Dughall, con los ojos entrecerrados por la sospecha.

—Yo... viajé mucho cuando era niña —tartamudeó Fiona—. Mi padre era un comerciante ambulante antes de convertirse en granjero; me llevaba a mí y a mi madre en sus viajes. Aprendí muchas lenguas extranjeras.

—¿Y dónde está tu familia ahora? —presionó Dughall.

—No tengo familia. Todos murieron de la peste hace años. Usé mi última moneda para viajar

aquí; esperaba que Eadan me ayudara a conseguir la anulación y me enviara a la Abadía de Jenloss, donde deseo pasar el resto de mis días. Por favor —su voz se quebró, y una lágrima se derramó de sus ojos, una que él sospechaba era genuina—. No... no sé cómo he llegado a estar en esta si-situación, y solo quiero volver a mi propio... a un hogar.

Se llevó las manos a la boca, cerrando los ojos, con lágrimas brotando de debajo de sus párpados.

Eadan estuvo a su lado de inmediato, atrayéndola al círculo de sus brazos. Ella enterró su rostro en su cuello, y él la sostuvo cerca, incapaz de evitar presionar sus labios contra su cabello, susurrando palabras de consuelo. Su desesperación no era una actuación, y por un momento, Eadan olvidó todos los ojos que estaban sobre ellos. No deseaba nada más que quitarle su dolor.

—No hay nada más que decir —dijo su padre, poniéndose de pie, apoyándose en su bastón. Su expresión se había suavizado, y estudiaba a Fiona con simpatía—. Mi hijo está obligado por honor a la muchacha mientras sea su esposa. El compromiso queda en suspenso hasta que su matrimonio sea anulado y la enviemos a su camino.

CAPÍTULO 8



Cuando Eadan le contó su plan a Fiona por primera vez, ella pensó que estaba loco, pero él le pidió que confiara en él. Le dijo que probablemente querrían interrogarla, y ella trató de mantener la calma mientras esperaba fuera del salón mientras Eadan se dirigía a los nobles.

El beso de Eadan la había desorientado por completo; además, tenía que convencer a un grupo de highlanders del siglo XIV de que era una mujer inglesa caída en desgracia que necesitaba un hogar. Siempre había sido una pésima mentirosa, pero estaba decidida a improvisar. Necesitaba a Eadan como aliado en esta época; parecía ser su única forma de regresar.

Cuando entró en la sala llena de nobles de dos clanes —gente que llevaba siglos muerta en su época—, luchó por mantener la compostura. Pero se aferró a su táctica de mantenerse lo más cerca posible de la verdad, y cuando la locura de sus circunstancias la golpeó, las lágrimas fueron reales. No necesitaba fingir que estaba asustada y abrumada. No tenía idea de cómo había llegado a 1390 y estaba "casada" con un laird de las Highlands, por muy guapo que fuera. Solo quería regresar a su propia época.

La mayoría de los nobles parecían creer su historia, y vio alivio en los ojos azules de Eadan mientras la escoltaba fuera del salón. Una oleada de electricidad la recorrió ante su cercanía, y se obligó a apartarse de su agarre. Un breve destello de algo —quizás dolor— cruzó los ojos de Eadan, y él dejó caer sus manos a los costados mientras ella lo seguía por el pasillo y subía por una escalera de caracol.

Cuando llegaron al rellano superior, él miró alrededor para asegurarse de que estaban solos, antes de bajar la voz.

—Lo has hecho bien —dijo Eadan. Su tono se suavizó al continuar—: Y hablaba en serio cuando dije que te ayudaré a llegar a donde necesites ir una vez que todo esto haya terminado.

Sus ojos eran sinceros, y ella se relajó. No era como si él estuviera ofreciendo ayudarla sin nada a cambio, pero aun así, una oleada de gratitud la invadió, aunque no tenía idea de cómo la ayudaría a regresar al presente.

Eadan se giró, continuando por el pasillo hasta que llegaron a una gran cámara al final. Dentro, una mujer mayor de cabello rubio con mechones grises y ojos amables estaba de pie. Por su sencillo vestido y delantal, Fiona supuso que era una sirvienta. La mujer le dedicó una cálida sonrisa.

—Esta es Una. Ella te ayudará a instalarte y te mostrará el castillo. Vendré a buscarte antes de la cena —dijo, sosteniendo su mirada, y ella entendió su significado. Eadan necesitaría prepararla antes de que se sentara a comer con los otros invitados.

Eadan las dejó solas, y Fiona miró alrededor. La cámara parecía aún más grande que la de

Eadan, completa con una chimenea, una gran ventana arqueada por la que se filtraba la luz del sol, y una enorme cama con dosel en el centro. Era una habitación demasiado grande para ella sola.

—Sois la esposa del laird —dijo Una, como si le leyera la mente, dedicándole una cálida sonrisa—. Este es vuestro hogar mientras estéis aquí.

—Por ahora —dijo Fiona apresuradamente.

—A nadie le molestaría si os quedarais, mi señora —dijo Una, moviéndose hacia la gran cama, donde yacía un vestido—. Magaidh es un demonio en el cuerpo de una muchacha. Odia al laird, todos pueden verlo. Temo que lo mate mientras duerme.

Fiona parpadeó, sorprendida de que Una fuera tan abierta con ella, una virtual desconocida.

—Pero vos sois diferente, ya puedo notarlo. Hay una bondad en vos, y sois muy hermosa. Puedo ver por qué el laird se enamoró de vos. Espero que el laird os mantenga aquí.

Fiona negó con la cabeza; necesitaba dejar claro que no tenía intención de quedarse.

—Yo... tengo toda la intención de ir al convento —dijo Fiona—. No tengo planes de interferir con su compromiso.

Una apretó los labios pero asintió, centrando su atención en el vestido sobre la cama.

—El vestido que lleváis no es apropiado para la esposa del laird. Os ayudaré a vestiros, y luego...

—Eso no es necesario —dijo Fiona. Ya le parecía extraño tener una sirvienta dedicada, sería aún más raro que alguien la ayudara a vestirse.

Una la estudió, sorprendida, antes de que sus labios se curvaran en una sonrisa.

—Cuando Magaidh viene de visita, insiste en tener tres doncellas para ayudarla a vestirse —dijo, negando con la cabeza—. Supongo que vos sois diferente. Esperaré en el pasillo mientras os vestís. Cuando estéis lista, puedo mostraros el castillo.

Fiona suspiró. No tenía deseos de entrar en una rivalidad con esta mujer Magaidh, pero Una ya parecía apreciarla más. Podría ser más difícil mantenerse al margen del drama del compromiso entre Eadan y Magaidh de lo que había pensado.

Una salió de la habitación, y Fiona se vistió, sus manos temblando mientras se ponía la enagua, luego la túnica, y finalmente el vestido, que era de un azul profundo y estaba hecho de una tela más fina que la que llevaba antes.

Mientras se vestía, su mente daba vueltas. Los eventos del día habían pasado con tanta rapidez que apenas había tenido tiempo de procesarlo todo. Ahora, la pregunta más importante de todas se cernía en su mente: ¿cómo había llegado aquí? Recordaba la ráfaga de viento... y esa mujer. La misma mujer que había visto en el museo y en las ruinas del castillo. Esa mujer tenía algo que ver con su viaje en el tiempo, estaba segura de ello.

Fiona exhaló. Si volvía al sótano, podría ver si el portal seguía allí. El recorrido de Una por el castillo no podía haber llegado en mejor momento.

Después de vestirse, Una la examinó, dándole un gesto de aprobación antes de mostrarle el castillo, señalando las cámaras de arriba, luego el gran salón, las cocinas y el patio interior. Mientras caminaban, los sirvientes que pasaban la estudiaban con miradas curiosas; sospechaba que la noticia de su llegada ya se había extendido por todo el castillo.

Una vez que Una la llevó al patio exterior, señalando los establos cercanos, realmente le impactó: estaba en un auténtico castillo floreciente del siglo XIV. Por primera vez desde que había llegado, se permitió que una sensación de asombro la invadiera mientras observaba sus alrededores. El Castillo Macleay estaba hecho de piedra gris, sus torres almenadas se elevaban hacia el cielo azul despejado, rodeado de frondosos bosques, con vistas a un lago cercano. El

castillo podría haber estado en una postal de Escocia en su propia época.

Mi propia época, pensó Fiona, mientras la realidad la agarraba por la garganta. Necesitaba encontrar una manera de volver a su propio tiempo. Se dio cuenta de que Una no le había mostrado la parte inferior del castillo, el sótano, donde había llegado.

—Si no te importa, me gustaría caminar un poco. Solo... para aclarar mis ideas. Han pasado muchas cosas —dijo, cuando Una empezaba a llevarla de vuelta a su cámara.

—Por supuesto, mi señora. Podéis encontrarme en las cocinas si necesitáis algo.

Fiona se giró, fingiendo dirigirse de vuelta al patio. Una vez que Una estuvo fuera de vista, se volvió, dirigiéndose por el largo pasillo más allá del gran salón, llegando a la escalera que conducía al sótano.

Se detuvo, escuchando, pero no oyó a nadie abajo. Descendió las escaleras, levantando sus faldas para evitar tropezar.

Su corazón golpeaba contra su caja torácica mientras entraba en el sótano, mirando alrededor.

Pero... era un sótano ordinario. Solo lleno de reservas de hierbas, especias y barriles de vino y cerveza. Sin vórtice de viento. Sin mujer extraña. Sin señal reveladora de nada raro o sobrenatural.

Estoy atrapada. Una oleada de frustración mezclada con miedo la llenó, y se apoyó contra la pared, cerrando los ojos. Se quedó quieta cuando escuchó voces desde arriba, tal como las había oído la noche que llegó.

—¿Y ella está durmiendo en tu cama, entonces?

—No, Magaidh. Por supuesto que no.

Era Eadan, Eadan y esa mujer con la que estaba comprometido, Magaidh. Sabía que no debería escuchar a escondidas, pero algo la impulsó a la base de las escaleras donde escuchó atentamente.

—Nuestro matrimonio nunca se consumó. Solo le estoy mostrando amabilidad ahora. Ella no significa nada para mí; tengo toda la intención de casarme contigo.

—Mi padre dijo que es hermosa. ¿Estás seguro de que no la estás usando para terminar nuestro compromiso?

Había un toque de advertencia en el tono seductor de Magaidh.

—No —dijo él con fiereza. Desde donde estaba, Fiona podía ver sus sombras moverse. Sospechaba que Eadan le estaba tocando la mejilla, y una inapropiada oleada de celos la invadió —. Yo... —Su voz vaciló, como si se estuviera forzando a continuar—. Deseo casarme contigo.

—Bien —dijo Magaidh, con satisfacción moldeando sus palabras.

Fiona se mantuvo quieta mientras sus pasos desaparecían, apartando sus celos. Lo que Eadan dijera o hiciera con Magaidh no era de su incumbencia. Ella solo estaba fingiendo ser su novia hasta que pudiera averiguar cómo salir del maldito 1390 y volver a su propia época. Y eso era lo que haría. *De alguna manera.*

CAPÍTULO 9



Cuando Eadan vino a su habitación para llevarla a cenar, pareció detectar que algo andaba mal.

—¿Estás bien, muchacha? —preguntó, sus ojos azules recorriendo su rostro.

—Estoy bien —dijo Fiona, tratando de mantener un tono neutral. Resistió el impulso de preguntarle sobre su momento en el pasillo con Magaidh, recordándose a sí misma que no era asunto suyo.

Sus ojos le dijeron que no le creía, pero cambió de tema, dándole un breve resumen de qué decir en caso de que alguien hiciera demasiadas preguntas.

—Los invitados te mirarán fijamente y habrá chismes; trata de ignorarlos lo mejor que puedas —continuó Eadan—. Espero que la mayoría de las preguntas me las dirijan a mí.

—Tal vez pueda tomar mis comidas en mis habitaciones —dijo Fiona, incómoda ante la idea de enfrentarse a otras personas en esta época—. Si la gente va a hacer demasiadas preguntas...

—Parecerá más sospechoso si te escondo en tu habitación —dijo Eadan, negando con la cabeza—. No estarás aquí mucho tiempo, muchacha, y luego pasarán al siguiente chisme.

Fiona asintió, respirando profundamente para calmar su corazón acelerado. Se dijo a sí misma que esto era solo una comida; ya había hecho la parte difícil y les había contado su historia a los nobles, quienes parecían creerla, así que esto debería ser pan comido.

Aun así, su garganta se secó de ansiedad mientras Eadan la escoltaba desde su habitación hasta el gran salón.

Eadan tenía razón sobre las miradas. Tan pronto como entraron al salón, todos los ojos se volvieron hacia ella. Fiona tragó saliva, desviando la mirada de los invitados mientras Eadan le indicaba que tomara asiento a varios lugares de distancia de él. Por cuestiones de apariencia, no podía tener a la "esposa" que estaba a punto de despedir sentada a su lado.

Cuando comenzó la cena, trató de ignorar las miradas inquisitivas de los invitados, concentrándose solo en su comida y en el entorno. El salón era enorme, y debía haber al menos cincuenta invitados. Ella, Eadan y los nobles se sentaban en la mesa principal, mientras que varias otras mesas estaban situadas alrededor del salón para los demás invitados. Dos grandes chimeneas ubicadas en extremos opuestos del salón, junto con múltiples velas, proporcionaban una amplia iluminación para el gran espacio.

Fiona centró su atención en la comida. Para su sorpresa, la encontró deliciosa. A los invitados se les sirvió pollo asado, pan y una variedad de verduras con vino o cerveza. Por lo poco que sabía de historia medieval, había asumido que la comida sería insípida sin las especias modernas a las que estaba acostumbrada. En cambio, todo tenía un sabor más terroso, golpeando su lengua con una variedad de sabores.

Estaba a mitad de su comida cuando una mujer sentada frente a ella habló.

—¿Eres de Inglaterra, verdad? —preguntó la mujer—. Tu acento no es el mismo que el de los ingleses.

Fiona levantó la mirada. La mujer tenía rasgos afilados, como de halcón, con ojos oscuros y cabello negro como la tinta. La observaba con ojos fríos.

Fiona tomó aire y repitió la historia que les había contado a los nobles sobre sus viajes de niña, aprendiendo lenguas extranjeras que influenciaron su acento. Pero la expresión fría de la mujer permaneció, y el temor se acumuló en su estómago. Rezó para que no hiciera más preguntas.

—Me llamo Elspeth Graeme —dijo, con un tono frío—. Me encantaría conocerte mejor, antes de que te vayas. Mi hogar no está lejos del castillo. Deberías pasar a visitarme.

Fiona se quedó helada, el miedo la invadió ante la idea de salir del castillo. Instintivamente, sus ojos se dirigieron hacia Eadan, pero él estaba absorto en una conversación con Ronan. ¿La haría parecer más o menos sospechosa si se negaba?

—Eso sería encantador —dijo Fiona, con una sonrisa forzada—. Tendré que preguntarle a Eadan, por supuesto.

—Eadan lo aprobará; era amigo de mi difunto esposo.

Elspeth declaró esto de manera objetiva; sin tristeza detrás de sus palabras. Fiona tuvo que ocultar su asombro; parecía demasiado joven para ser viuda. No parecía tener más de veintitrés o veinticuatro años. Pero, de nuevo, la gente se casaba más joven —y moría antes— aquí que en su propia época.

—Solo quiero saber más sobre la mujer con la que se casó Eadan —continuó Elspeth, y Fiona no pasó por alto la vaga sospecha en su voz—. No es propio de él ser tan impulsivo; todo el castillo está hablando de ello.

—Fue una tontería —dijo Fiona—. Solo deseo que nuestro matrimonio sea anulado y continuar mi camino. No tengo ningún deseo de interferir con su compromiso.

Tenía la sensación de que tendría que repetir esta declaración muchas veces para que entendieran este punto. Elspeth pareció complacida con esta declaración, y Fiona se preguntó si era amiga de Magaidh. Quienquiera que fuese, Fiona no confiaba en ella ni un poco; había algo poco sincero en ella. Esperaba que Eadan pudiera sacarla de esta visita social.

Afortunadamente, la cena terminó sin más preguntas indiscretas de Elspeth o de cualquier otro invitado, y Eadan la escoltó de vuelta a su habitación. Le contó sobre la petición de Elspeth, esperando que él le dijera que la sacaría de eso. En cambio, sus ojos se llenaron de entusiasmo.

—Ella es miembro del Clan Macleay debido a su difunto esposo. Pero está muy unida a Magaidh y a muchos nobles del clan de Dughall —dijo—. Puede ser prudente que te hagas amiga de ella. Mientras estés allí, tal vez puedas obtener información sobre Dughall.

—No creo que vayamos a hacernos amigas —dijo Fiona, recordando la frialdad de Elspeth.

—Magaidh odia este arreglo tanto como yo. Estoy seguro de que se lo ha confiado a Elspeth —dijo Eadan, desestimando sus preocupaciones.

—Eadan, acepté hacerme pasar por tu novia. No soy una espía. Ya fue bastante difícil para mí responder la única pregunta que me hizo —protestó Fiona.

Eadan la miró, su expresión suavizándose.

—Tienes razón. Solo puedo imaginar lo difícil que ha sido esto para ti, pero lo has hecho bien. No tienes que preguntarle nada, pero creo que deberías hacer un esfuerzo por ser amable. Rechazar su invitación solo despertará sospechas. Haz una breve visita y eso debería satisfacerla.

Esto no hizo que Fiona se sintiera mejor. ¿Quién sabía qué tipo de preguntas le haría? Pero

fue sacada de sus pensamientos preocupantes cuando se dio cuenta de que Eadan no la estaba llevando por el pasillo familiar que conducía a su cámara; en su lugar, caminaba hacia la parte trasera del castillo.

—¿Adónde vas?

—Es una noche hermosa —dijo él, mirándola—. Pensé que tal vez querrías disfrutar del aire nocturno después del día que has tenido.

Le sonrió, sus ojos azules brillando, y una oleada de calor invadió a Fiona; por un momento, se olvidó por completo de Elspeth y su evidente antipatía.

Se dirigieron hacia la parte trasera del castillo hasta el patio interior. Afuera, el aire estaba húmedo con la promesa de lluvia. Él la condujo al patio exterior, llevándola justo más allá de la puerta.

Aquí, podía ver el paisaje circundante, y Fiona dejó escapar un suave jadeo. Las estrellas cubrían el cielo nocturno y la luz de la luna bañaba los árboles y el lago cercano en un resplandor casi etéreo. Le picaban las manos por su cuaderno de bocetos, sin desear nada más que grabar esta imagen en su memoria.

—Solía pintar —dijo ella, la confesión escapando de sus labios antes de que pudiera detenerla—. Paisajes justo como este. Me encantaría pintar algo así.

—¿Ah, sí? —dijo Eadan, mirándola con sorpresa—. Nunca he conocido a una muchacha que tuviera interés en la pintura.

Fiona se mordió el labio, preguntándose si había dicho demasiado. Hasta donde ella sabía, a las mujeres no se les permitía ser artistas en esta época. Pero Eadan no parecía enojado, parecía intrigado.

—U-un amigo de mi padre era pintor —dijo con cautela—. A veces me dejaba pintar. Lo disfrutaba. Me ayudaba a relajarme.

—Tal vez pueda conseguirte algunos materiales. Pergamino y pigmentos —dijo Eadan, sorprendiéndola—. Puede ser una manera de pasar el tiempo mientras estés aquí.

—Me gustaría eso —dijo Fiona, gratamente sorprendida.

Eadan sonrió, y otra oleada de calidez la invadió. Era distraídamente apuesto, y su sonrisa solo realzaba su belleza masculina. Sin querer, el recuerdo de sus labios sobre los de ella surgió en su mente, y tomó un respiro, forzando su atención de vuelta al paisaje circundante.

—Mi padre solía llevarme a cabalgar de noche, solo para que pudiéramos mirar las tierras —dijo Eadan, siguiendo su mirada—. Me recordaba mi responsabilidad con estas tierras. Me recordaba que un día, todo esto sería mío.

Fiona lo estudió, notando la tensión en sus ojos. Su necesidad de tener a una completa extraña fingiendo ser su novia mostraba lo desesperado que debía estar por proteger a su clan, y su corazón se apretó con simpatía.

—Espero que encuentres la información que necesitas —dijo ella—. Y quién sabe, tal vez Elspeth se encariñe conmigo.

—Tienes un corazón bondadoso, muchacha —dijo él, después de una breve pausa. La estudió, tan intensamente que ella sintió que sus mejillas se calentaban mientras él la evaluaba—. Y... puedes decirme de dónde eres realmente.

Fiona parpadeó asombrada. Eadan era perspicaz; debía haber percibido que su historia inventada era mentira. Sus ojos sondearon los de ella como si quisiera que le dijera la verdad, pero ¿cómo podía? ¿Cómo podía decirle que era del siglo XXI y que inexplicablemente había terminado en esta época? Pensaría que estaba loca, o peor aún, se dio cuenta con un escalofrío, que era una bruja. El siglo XIV no era exactamente conocido por su pensamiento progresista.

Así que desvió la mirada, centrándose de nuevo en el paisaje circundante.

—Estoy diciendo la verdad. Y-yo solo quiero llegar a la Abadía de Jenloss.

Por el rabillo del ojo, vio que Eadan se ponía tenso.

—Vamos a llevarte de vuelta a tu cámara —dijo, y ella supo que el breve momento de intimidad que acababan de compartir se había desvanecido.

CAPÍTULO 10



Eadan no sabía cuánto tiempo más podría soportar la presencia de Dughall. Había apretado los dientes tantas veces que temía morderse la lengua.

Era temprano a la mañana siguiente. Eadan, Dughall y sus hombres habían salido de cacería a los bosques que se extendían más allá de los terrenos del castillo. Lo había organizado antes de la misteriosa aparición de Fiona. Cuando planeó la salida, lo hizo con la esperanza de que Dughall se descuidara y revelara alguna pista de lo que tramaba.

Pero Dughall trataba a Eadan con una hostilidad apenas contenida; el aplazamiento del compromiso y la repentina aparición de Fiona debían de haberlo enfurecido. Había sido cortante y brusco con Eadan y sus hombres toda la mañana, y estaba poniendo a prueba la paciencia de Eadan. Cada vez que Eadan intentaba discutir sobre la tregua entre sus clanes y lo que eso implicaría, Dughall lo interrumpía e insistía en que no hablaran de asuntos del clan durante su tiempo de ocio.

Ahora, miraba con furia la calva de Dughall mientras este avanzaba con sus hombres, escudriñando el bosque en busca de ciervos, liebres o jabalíes que deambulaban por allí. Eadan sabía que Dughall no se tomaría a la ligera su "matrimonio" con Fiona, pero tenía que admitirse a sí mismo que no era Dughall quien le molestaba. Era el saber que Fiona le estaba mintiendo sobre quién era realmente. Tenía un buen instinto para detectar cuando la gente le mentía. Después de haberse sincerado con ella anoche, había una parte de él que esperaba que ella hiciera lo mismo.

Recordó cómo se veía anoche a la luz de la luna; el asombro en sus hermosos ojos marrones mientras contemplaba el paisaje, sus labios carnosos ligeramente entreabiertos, sus pechos presionando contra el corpiño de su vestido...

—Si esperas que te cuente su plan malvado, no está funcionando —dijo Ronan en voz baja, sacando a Eadan de su ensoñación lujuriosa. Caminaba cerca del lado de Eadan, con la mirada fija en Dughall.

—Aye, lo sé —gruñó Eadan—. Pero tenía que intentarlo.

Más adelante, Dughall se detuvo, haciendo un gesto para que guardaran silencio. Un ciervo pastaba en un claro más adelante. Todos los hombres se quedaron quietos mientras Dughall preparaba su arco, apuntando al flanco del ciervo. Logró la muerte, y el ciervo se desplomó de lado.

—Otra presa —dijo Dughall, volviéndose hacia Eadan con aire triunfal—. Necesitas ponerte al día, Eadan. El jefe del Clan Macleay debe ser un cazador fuerte. Demuestra lo buen luchador que es. Y quiero que mi Magaidh tenga un marido que la proteja.

Eadan se irguió; esta era la dirección en la que esperaba que fuera la conversación.

—Aye —dijo Eadan, avanzando hasta quedar al lado de Dughall—. Pero me temo que este asunto con Fiona podría llevar tiempo resolverlo. Conseguir una anulación con una novia extranjera es más complicado de lo que pensaba. Puede ser difícil encontrar al sacerdote que nos casó.

Observó a Dughall con atención, notando el breve destello de rabia en sus ojos verdes antes de que desapareciera. Dughall sonrió, aunque su rostro permaneció tenso.

—Eres un hombre honorable, Eadan —dijo—. Confío en que cumplirás tu palabra con mi hija una vez que hayas conseguido tu anulación.

—Es una lástima que tu esposa vaya a la Abadía de Jenloss —dijo Uisdean, uno de los hombres de Dughall, sacudiendo la cabeza—. Una hermosa muchacha con un cuerpo así no está hecha para la vida en un convento. Si necesita a alguien, tengo un lugar vacante en mi cama para...

Eadan reaccionó sin pensar. En un instante, tenía al hombre estampado contra un árbol, con la mano alrededor de su garganta. No fue hasta que los gritos de Ronan penetraron su neblina de furia que se dio cuenta de que le estaba cortando el aire a Uisdean.

Lo soltó, tambaleándose hacia atrás mientras Dughall y otro de sus hombres se apresuraban a ayudar a Uisdean a alejarse del árbol.

—¿Qué te ha entrado, Eadan? —rugió Dughall.

Eadan parpadeó, con los puños apretados a los costados, respirando varias veces para calmarse. Una furia ardiente había llenado cada parte de él cuando Uisdean habló de Fiona en su cama.

Dughall y sus hombres lo miraron con furia, y Eadan se maldijo a sí mismo. Debería haberse contenido. Esta no era la manera de lograr que Dughall se abriera con él.

—¿Estabas intentando matar a mi hombre?

—Lo... siento —dijo Eadan con los dientes apretados—. Fiona sigue siendo mi esposa. No permitiré que se hable de ella como si fuera una ramera.

—Una esposa de la que nadie sabía nada hasta el otro día. Una esposa por la que supuestamente ya no sientes nada —dijo Dughall, con los ojos llenos de sospecha.

—Habría reaccionado de la misma manera si hubiera insultado a Magaidh —mintió Eadan —. Tú mismo has dicho que soy un hombre de honor. Sabes que esto es cierto, Dughall.

Dughall no respondió, sus facciones tensas mientras miraba fijamente a Eadan.

—Creo que hemos terminado la cacería por hoy —dijo con rigidez.

Mientras regresaban al castillo, Ronan le lanzó una mirada de incredulidad. La frustración recorría su cuerpo, ¿en qué estaba pensando? Pero el solo pensamiento de lo que Uisdean había dicho sobre Fiona provocó otra oleada de furia que lo invadió.

Ofreció a Uisdean algo de cerveza o una comida en el castillo después de disculparse nuevamente, pero este lo rechazó con rigidez, y Dughall y sus hombres se marcharon en un ambiente de tensión.

—Eadan... —comenzó Ronan, tan pronto como los hombres se fueron, y lo acompañó por el largo corredor hacia su cámara.

—Sé que lo que hice fue una estupidez —dijo Eadan, mientras entraban en su cámara—. No necesito que me lo recuerdes.

Ronan guardó silencio, estudiándolo de cerca. —¿Estás seguro de que tu... arreglo... con Fiona es una forma de posponer el compromiso?

—Sí. Por supuesto —dijo Eadan, mirándolo con furia—. Ya sabes que llevo tiempo pensando en cómo librarme del compromiso. No hay nada más entre Fiona y yo, solo estaba

protegiendo su honor.

Eadan no sabía si intentaba convencerse a sí mismo o a Ronan, pero este no parecía convencido por sus palabras.

—Solo recuerda cuáles son tus objetivos, y matar a uno de los hombres de Dughall no es la manera de lograrlos.

Ronan lo dejó solo antes de que pudiera responder. Eadan se cambió la ropa de caza antes de dirigirse a su estudio privado, donde intentó concentrarse en los asuntos del día, revisando un montón de escrituras y rentas pendientes que necesitaba examinar. Pero le resultaba difícil concentrarse, su frustración por sus acciones durante la cacería seguía atormentándolo.

No levantó la vista cuando oyó un suave golpe en la puerta, pero se quedó inmóvil cuando el familiar y dulce aroma de Fiona llenó la habitación. Alzó la mirada para encontrarla vacilante junto a la entrada. Lucía encantadora con un vestido carmesí intenso y una capa de tartán, pero sus ojos estaban preocupados.

Olvidando sus propias preocupaciones, se puso de pie y se dirigió hacia ella, invadido por una oleada de protección.

—¿Fiona? ¿Qué ocurre?

—Estoy más nerviosa de lo que esperaba —dijo ella, esbozando una sonrisa temblorosa—, por mi reunión con Elspeth. El carruaje está esperando abajo, pero no quiero irme. Me... me he sentido segura en el castillo estos últimos días.

—Entonces no tienes que ir —dijo él rápidamente—. Diré que has caído enferma, pondré excusas.

Los ojos de Fiona se abrieron de sorpresa ante su concesión, y la culpa lo invadió. ¿Había sido tan inflexible? ¿Pensaba ella que no tenía elección en el asunto?

—No —dijo ella, tras una breve pausa—. Iré. Seguro que solo reprogramaría la reunión, y tenías razón: si no voy, solo levantará más sospechas. Simplemente acabaré con esto. Lo... lo siento por haberte molestado —dijo, luciendo avergonzada.

—No me has molestado —insistió él. Alcanzó su mano, y espirales de calor lo recorrieron al contacto con su piel—. Me estás ayudando, Fiona. Y por eso estoy agradecido.

Cuando sus ojos se encontraron con los de ella, el calor que lo había invadido con su contacto se encendió en llamas de deseo. Un dolor que no se había dado cuenta que tenía hasta ahora se hinchó, y se inclinó hacia adelante, capturando sus labios con los suyos.

Ella respondió, y su erección creció bajo el kilt mientras la atraía hacia sí, deleitándose en la sensación de sus pechos presionados contra su pecho. Saqueó su boca con la suya, sin desear nada más que bajar su corpiño y apresar uno de sus hermosos senos con su boca, levantar el dobladillo de su vestido para saborear la dulzura entre sus piernas, antes de hundirse en ella, reclamando su cuerpo como suyo.

Pero se obligó a terminar el beso y dar un paso atrás, apartando la mirada de su rostro sonrojado, sus labios entreabiertos, sus ojos cargados de deseo.

Cerró los ojos, alejándose de ella, recordándose lo que estaba en juego. Ya había enfurecido a Dughall al atacar a su hombre, y ahora estaba a punto de hacer el amor con la muchacha que solo debía fingir ser su esposa.

—Yo... lo siento —dijo él, con voz tensa y ronca—, no debería haber...

—Está bien —susurró Fiona. La miró, sin pasar por alto la breve expresión de dolor en sus ojos, antes de que se volviera hacia la puerta—. Tengo... tengo que irme.

CAPÍTULO 11



Electricidad recorría el cuerpo de Fiona al recordar el beso de Eadan, y se tocó los labios mientras el carruaje se alejaba del castillo. Se había olvidado por completo de su nerviosismo por la visita a Elspeth; en cambio, todo lo que podía pensar era en Eadan: su aroma masculino a especias y palo de rosa, su cuerpo alto y musculoso presionado contra el suyo. Había deseado que la desnudara y le hiciera el amor, y la decepción la invadió cuando él se detuvo.

Fiona exhaló, obligándose a volver al presente. *Es bueno que se haya detenido*, se dijo a sí misma. Sí, era el hombre más guapo que había visto jamás, y estaba innegable y locamente atraída por él. Pero había un problema evidente: él era de una época diferente, y ella necesitaba concentrarse en regresar a su propio tiempo, no en acostarse con el sexy montañés con el que fingía estar casada.

Quería reírse de la ironía de que el único hombre con el que tenía una química explosiva viviera cientos de años antes de que ella naciera. Con Derek no había habido chispa ni fuego. Con Eadan, su toque era como una llama que encendía su interior, abrasando cada parte de ella.

Tuvo que dejar de lado sus pensamientos tumultuosos cuando el carruaje se detuvo frente a una extensa casa señorial. Necesitaba concentrarse, convencer a Elspeth de que no era una amenaza, solo una mujer caída que quería seguir su camino. *A pesar de que acabas de besar a Eadan*, susurró una voz delatora en el fondo de su mente.

Un sirviente abrió la puerta del carruaje, ayudándola a bajar. Fiona tomó otra respiración para calmarse. *Puedes hacer esto, Fiona.* Todo lo que sabía sobre la mujer, por una breve conversación con Eadan, era que era una chismosa, era amiga de Magaidh, y que su matrimonio con su difunto esposo había sido más un arreglo del clan que otra cosa. Fiona sospechaba que era el equivalente del siglo XIV a una ama de casa rica y aburrida, y Fiona era un blanco fácil para aliviar su aburrimiento. Fiona tendría que tener cuidado de no darle munición para chismes.

Un sirviente la condujo al interior de la casa, por un largo pasillo ornamentado, y hasta una sala de estar. Fiona se quedó paralizada cuando vio que Elspeth no estaba sola. Otra mujer estaba sentada frente a ella, una hermosa pelirroja que le dirigió una mirada que brillaba con hostilidad.

El temor se enroscó en el pecho de Fiona; nunca había visto a Magaidh, pero no tenía duda de que era ella.

—¿No mencioné que Magaidh se uniría a nosotras? —preguntó Elspeth, con los ojos abiertos en una falsa disculpa, aunque parecía complacida por la evidente incomodidad de Fiona.

—No —dijo Fiona con tensión, aunque forzó una sonrisa—. No lo hizo.

—Fiona —dijo Magaidh, poniéndose de pie para acercarse a ella. Aunque estaba sonriendo, sus ojos permanecían fríos—. Soy Magaidh del Clan Acheson; la prometida de Eadan.

—Encantada de conocerla —dijo Fiona rígidamente—. Quiero que sepa que no tengo

intención de...

—No tienes intención de interferir con el compromiso. Sí, lo he oído —dijo Magaidh, aunque no parecía convencida—. Tu matrimonio secreto con mi Eadan es toda una historia entre nuestros dos clanes. Conozco a Eadan desde que era un muchacho. No tiene un solo hueso imprudente en su cuerpo.

—Ambas sabemos que fue un error —dijo Fiona, esperando parecer arrepentida, aunque le molestaba la forma en que Magaidh se refería a Eadan como suyo—. Solo deseo vivir una vida tranquila y piadosa en el convento. Estoy agradecida de que Eadan me esté ayudando.

Magaidh no dijo nada por un momento, ladeando la cabeza mientras estudiaba a Fiona.

—¿Cuál es el nombre del pueblo del que vienes?

—Kington —dijo Fiona, tratando de mantener su voz firme. Había visto el nombre del pueblo en un folleto de viaje que hojeó en su propio tiempo y le dijo a Eadan que era de allí. Asumió que existía en este siglo; Eadan no había parecido sospechar del nombre.

—Nunca he estado en Inglaterra. Pero incluso los sassenach que vienen de visita no tienen un acento como el tuyo —dijo Magaidh, estudiándola con sospecha.

Fiona apretó los puños a los costados. Necesitaba cambiar de tema, ya. Era demasiado fácil encontrar agujeros en su historia. Pero antes de que pudiera hablar, Magaidh continuó:

—Mi Eadan es el hombre más guapo del castillo, ¿no estás de acuerdo?

Esto era una trampa, y Fiona no iba a caer en ella.

—Una vez lo consideré apuesto, pero yo...

—Elspeth me contó cómo lo mirabas durante la cena anoche —interrumpió Magaidh, con una mirada letal en sus ojos. Dio otro paso adelante y extendió la mano para tomar el brazo de Fiona con un agarre brutal. Fiona hizo una mueca. El agarre de Magaidh no era gentil, probablemente dejaría un moretón.

—No sé lo que estás planeando, pero Eadan me pertenece. Puede que te estés quedando en su castillo, pero es conmigo con quien se casará. Todos sabemos que eres una ramera mentirosa. Estás aquí por Eadan, y no lo permitiré —siseó Magaidh.

Fiona luchaba por liberarse del agarre de Magaidh. Esto ya había salido mucho peor de lo que esperaba. Los ojos verdes de Magaidh estaban llenos de celos, lo que desconcertaba a Fiona. Eadan le había dicho que Magaidh odiaba este arreglo tanto como él. Pero no parecía ser el caso; Magaidh se mostraba genuinamente posesiva con Eadan.

Una oleada de ira desafiante recorrió a Fiona mientras el agarre de Magaidh se apretaba. No sabía si era por sus propios celos ante la forma posesiva en que Magaidh se refería a Eadan, o por su frustración al verse arrastrada al centro de todo esto, pero no pudo contener sus siguientes palabras.

—Escúchame bien —espetó—. No voy a tolerar amenazas tuyas ni de nadie. Ahora suéltame antes de que veas de lo que soy capaz.

Tanto Magaidh como Elspeth parpadearon sorprendidas, y Magaidh la soltó.

—Yo misma me iré —dijo, complacida por el asombro en sus ojos. Lanzándoles una última mirada desafiante, Fiona se dio la vuelta para salir de la habitación. Pero cuando el arrebato pasó, se dio cuenta de que oficialmente se había hecho dos enemigas en este tiempo.



CUANDO REGRESÓ AL CASTILLO, Fiona aún estaba alterada por su encuentro. Tendría que mantenerse fuera del punto de mira de Magaidh y Elspeth hasta que pudiera salir de aquí.

Se dirigía por el pasillo hacia su habitación cuando notó que el padre de Eadan, Bran, cojeaba con su bastón en dirección opuesta. Se movía con gran dificultad, tomando grandes bocanadas de aire.

Fiona se apresuró a su lado.

—¿Puedo ayudaros a llegar a algún sitio?

—Aye —dijo Bran, con una expresión de vergüenza cruzando su rostro—. Le di la tarde libre a mi sirviente. Pensé que podría llegar a mi estudio privado por mi cuenta. Ya no soy un joven fuerte.

Fiona tomó su brazo, y él se apoyó en ella mientras avanzaban por el pasillo hacia su estudio.

—¿Cómo estás encontrando todo, muchacha?

—Encantador. Todos han sido muy amables —mintió. No había necesidad de contarle sobre el drama de Magaidh y Elspeth—. Gracias por dejarme quedar aquí. Espero no estar causando demasiados problemas.

—Mi hijo es un hombre de honor, no te rechazaría, ni yo tampoco. Conseguiremos tu anulación y te enviaremos de vuelta.

¿Enviarme adónde? se preguntó Fiona. Si no podía regresar a su propio tiempo en el sótano donde había llegado, no tenía idea de dónde estaba otro portal.

Lo condujo a su estudio, ayudándolo a sentarse en su silla. La mirada de Bran se desvió más allá de ella, y Fiona se giró para seguir su mirada. Él observaba un retrato de una hermosa mujer de cabello oscuro y ojos azules. Eadan era la viva imagen de ella.

—Eadan adoraba a su madre, y ella a él —dijo Bran, con los ojos aún fijos en el retrato.

—Era hermosa.

—Aye. En efecto —dijo Bran, con una mirada de nostalgia mezclada con dolor cruzando su rostro. Fiona se dio la vuelta para marcharse, pero Bran puso su mano sobre la de ella—. Que Eadan se casara contigo en secreto nos sorprendió a todos. Pero una parte de mí se sintió aliviada.

—¿Aliviada? —preguntó Fiona, sorprendida.

—Desde que era un niño y su madre murió, Eadan siempre ha estado atado al deber; rara vez lo veo disfrutar de placeres, incluyendo el amor. Desde que he estado enfermo, ha asumido aún más responsabilidades. Estoy orgulloso de mi hijo, pero también quiero que disfrute de su vida. Su imprudencia al casarse contigo demuestra que es capaz.

Una oleada de culpa invadió a Fiona por su mentira, y bajó la mirada.

—Bueno, tal vez sea muy feliz con Magaidh —se obligó a decir. Esa mujer era horrible, de principio a fin. Como si leyera su mente, la expresión de Bran se ensombreció y suspiró.

—Se casa con ella por deber. Siento culpa por presionarlo, pero es la mejor manera de lograr la paz. Nuestros clanes han estado enemistados durante años, es la única... —Negó con la cabeza, dándole una mirada de disculpa—. Escúchame, cargándote con nuestros problemas.

—No es una carga —insistió Fiona—. No puedo agradecerles lo suficiente a usted y a su hijo por ayudarme.

Bran fijó sus ojos en ella, mirándola por un largo momento.

—Si las cosas fueran diferentes... —se interrumpió, sacudiendo la cabeza—. Puedes retirarte, muchacha. No es necesario que escuches los desvaríos de un viejo.

—No son los desvaríos de un viejo —dijo ella suavemente, sonriendo—. Pero lo dejaré tranquilo.

—Fiona —dijo él, cuando ella llegó a la puerta. Se volvió para mirarlo, tensándose al ver que su expresión se había oscurecido—. Si... si algo me sucediera, ¿cuidarás de Eadan? Sé que te

irás, pero si alguna vez te importó...

La inquietud la invadió. ¿Por qué Bran querría que Fiona, una forastera, cuidara de Eadan? Pero Bran le dirigía una mirada suplicante.

Tragó saliva, dejando a un lado su inquietud.

—Lo haré —dijo en voz baja, y salió de la habitación, cerrando la puerta tras de sí.

CAPÍTULO 12



Con gran dificultad, Eadan se mantuvo alejado de Fiona durante el resto del día; le había costado todo su poder de voluntad no besarla antes.

Cuando llegó la mañana siguiente, razonó que necesitaba verla para averiguar cómo había ido su reunión con Elspeth, pero al salir de su habitación, un sirviente lo interceptó, entregándole una carta.

—¿Qué es esto? —preguntó Eadan, desconcertado.

—El mayordomo me pidió que se la entregara —dijo el sirviente.

Eadan tomó la nota y despidió a su sirviente, volviendo a entrar en su habitación. Abrió la carta y se quedó helado al leer el mensaje garabateado en su interior.

Sé lo que Dughall está planeando. Encuéntrate conmigo en la parte trasera de los establos, ahora. No es seguro discutirlo en el castillo.

Eadan bajó la nota, con el corazón retumbando en su pecho. Conocía al mayordomo del castillo, Naoghas, desde que era un muchacho; había servido como mayordomo del castillo cuando su padre era el laird en funciones. Naoghas era taciturno pero directo; no era propio de él escribirle una carta a Eadan.

¿Por qué no era seguro discutirlo en el castillo? ¿Habría un traidor entre sus sirvientes? ¿Entre su clan?

Se dirigió fuera del castillo hacia los establos, tratando de mantener una expresión neutral, aunque el pánico ya fluía por sus venas.

Cuando llegó a los establos, los encontró vacíos.

—¿Naoghas?

Miró alrededor, pero no había señal de su mayordomo. Entró en los establos y se quedó paralizado.

En uno de los compartimentos vacíos, salpicaduras de sangre manchaban el suelo.



EADAN LLAMÓ a los mozos de cuadra y a varios de sus sirvientes, ordenándoles que buscaran a Naoghas por los terrenos. Pero el instinto de Eadan le decía que no lo encontrarían.

Regresó al castillo, con el pecho oprimido por la alarma. Encontró a Ronan en su habitación de invitados y le contó lo sucedido.

—Esto ha sido obra de Dughall —gruñó Eadan.

—Cálmate —le advirtió Ronan, aunque su propia expresión se había llenado de furia.

—¿Cómo puedo? Naoghas debe haber descubierto de alguna manera lo que el bastardo

estaba planeando, pero Dughall lo hizo matar. Creo que alguien en el castillo está trabajando con Dughall. Naoghas dijo que no era seguro hablar en el castillo.

—Sí —dijo Ronan, sombrío—, pero aún debemos tener cuidado. No podemos hacer acusaciones sin pruebas.

—Mi mayordomo puede estar muerto —espetó Eadan—. Tengo ganas de ir a por Dughall y atravesarlo con mi espada.

—¿Quieres otra guerra? Necesitamos pruebas de que fue él —respondió Ronan.

—Él ya ha declarado la guerra —dijo Eadan con amargura, pero sabía que Ronan tenía razón. No serviría de nada acusar a Dughall sin pruebas. Solo mencionaría la desaparición al puñado de nobles de su clan en los que confiaba implícitamente; ellos llevarían a cabo su propia investigación.

Una parte de él había esperado que sus instintos sobre Dughall estuvieran equivocados, que realmente quisiera la paz. Pero si había matado a Naoghas, Dughall no era un hombre de honor, un hombre con el que no quería tener ninguna relación.

Fiona vino a su mente, y el pánico se apoderó de él. Dughall no la quería aquí, eso estaba claro. ¿Intentaría hacerle daño también a ella?

—Quiero un guardia para Fiona. Osgar o Taran —dijo Eadan, nombrando a los dos hombres del clan en los que confiaba—. No debe andar sola por los terrenos del castillo.

—Sí —asintió Ronan. Extendió la mano para agarrar el brazo de Eadan, su voz vacilando con emoción—. Encontraremos a Naoghas, vivo o muerto. Y llevaremos al hombre que lo mató ante la justicia.

Después de acordar con Ronan una hora y un lugar donde podría reunirse con un puñado de sus hombres de confianza, Eadan salió a buscar a Fiona. El alivio fluyó a través de él cuando la encontró en su habitación, mirando por la ventana. Sin pensarlo, se acercó a ella mientras se giraba, atrayéndola a sus brazos. La sostuvo por un largo momento, con el alivio y el deseo chocando en su pecho.

—¿Eadan? —preguntó ella, parpadeando sorprendida cuando él la soltó—. ¿Estás bien?

Él la estudió, con el corazón palpitante, pero decidió no contarle sobre la desaparición de su mayordomo. No era asunto suyo y solo la preocuparía.

—Solo me alegro de verte —dijo apresuradamente. Era cierto; la vista de ella era como el sol disipando una niebla sombría. Pero notó que sus ojos marrones estaban llenos de conflicto—. ¿Qué ocurre?

Una nueva oleada de furia fluyó a través de él cuando ella le contó sobre su visita a Elspeth y su encuentro con Magaidh.

—Eadan, sé que dices que ella no te quiere, pero parecía genuinamente disgustada.

—No me quiere —la interrumpió—. Solo he visto odio en sus ojos desde que se arregló el compromiso, está manteniendo las apariencias. Parecería extraño si no actuara amenazada por ti.

Pero Fiona no parecía tan segura. Se mordió el labio, su mirada se detuvo en la sensual plenitud de su boca, la excitación surgiendo a través de él al recordar cómo se sentían sus labios contra los suyos. Desvió la mirada, dando un paso atrás.

—Y eso no es todo. Hablé con tu padre —dijo Fiona—. Me pidió que te vigilara, por si pasaba algo.

Eadan se quedó inmóvil, con la mente dándole vueltas. Así que su padre sospechaba que algo andaba mal. ¿Sospecharía de Dughall y el Clan Acheson?

—¿Crees... crees que tu vida está en peligro? —preguntó Fiona, con los ojos abiertos de preocupación.

—No lo sé —dijo él—, pero quiero que estés a salvo de ahora en adelante. Si alguien me está apuntando a mí, también te está apuntando a ti. Voy a poner un guardia en tu puerta, y no debes andar por los terrenos del castillo sola.

—¿Por qué? —suspiró Fiona—. Eadan, ¿ha pasado algo?

Un golpe en la puerta interrumpió el momento, y Eadan se sintió aliviado por ello; no quería arrastrar a Fiona más de lo que ya estaba en este asunto. ¿Cómo podría hacerle saber que no tenía que preocuparse por sus asuntos?

Recordó cómo Fiona le había hablado de su amor por la pintura. Con todo lo que había sucedido, se había olvidado de pedirle a los sirvientes que le trajeran sus materiales de pintura. Cualquier cosa para mantener su mente alejada de los problemas que no debían preocuparla y devolver la luz a esos hermosos ojos.

—Nada que te concierna —dijo finalmente, antes de ir a la puerta y abrirla de golpe, esperando encontrar a Una.

Pero en su lugar estaba Ronan, con expresión sombría.

—Dughall y sus hombres están aquí —dijo—. Quiere verte.

La furia se apoderó de él; ¿Dughall tenía el descaro de presentarse aquí después de haber hecho matar a su mayordomo?

—Dile a Osgar que se quede junto a su puerta —le dijo a Ronan, antes de volverse hacia Fiona, dándole una mirada de pesar—. Volveré pronto.



EADAN LLEGÓ AL SALÓN, frunciendo el ceño con preocupación cuando vio a su padre reunido con los otros nobles. Quería que su padre descansara más, no que participara en reuniones, especialmente en las que involucraban a la serpiente de Dughall.

Eadan saludó a Dughall y sus hombres con breves inclinaciones de cabeza antes de acercarse a su padre.

—Yo me encargo de esto —dijo en voz baja—. Necesitas descansar. El sanador dijo...

—Mientras esté vivo, participaré en las reuniones —dijo Bran, mirándolo con el ceño fruncido—. Aún no estoy muerto, muchacho.

Eadan suspiró. Su padre era terco; no tenía sentido tratar de hacer que se fuera.

Se irguió, moviéndose hacia el centro de la sala. Se encontró con los ojos de Dughall, quien le devolvió la mirada con serenidad. Eadan apretó los puños a los costados, reprimiendo su furia.

—¿Cuál es el propósito de tu visita? —preguntó Eadan, tratando de mantener un tono cordial.

—Estoy aquí por mi hija —espetó Dughall—. Tu *esposa* la visitó y la amenazó.

Los nobles comenzaron a murmurar entre ellos, y la furia de Eadan aumentó. Así que por eso Elspeth había invitado a Fiona a una visita; Elspeth y Magaidh habían atraído a Fiona a una trampa. *Y yo alenté la visita*, pensó, con una punzada de culpa.

—Mi esposa —dijo Eadan, sorprendido de lo fácil que era referirse a Fiona como su esposa —, fue invitada a la casa de Elspeth. Allí, fue emboscada por Magaidh y Elspeth después de que insistiera en que no quería más que seguir su camino al convento. La amenazaron; ella se defendió.

—¿Estás llamando mentirosa a mi hija? —exigió Dughall—. ¿Puedo recordarte que es de tu futura esposa de quien hablas?

Nunca, pensó Eadan, pero se contuvo.

—Hasta que mi matrimonio sea anulado, no permitiré que mi esposa sea insultada ni amenazada.

—Bran, creo que tu hijo ha olvidado que está prometido a mi hija —dijo Dughall furioso—. El laird parece bastante encariñado con esta esposa secreta. Casi mató a uno de mis hombres por simplemente elogiar su belleza. Eso no me parece un hombre que quiera...

—Deja a Fiona fuera de esto —siseó Eadan—. Estaba defendiendo su honor.

—No lo haré —respondió Dughall, mirándolo fijamente—. Me parece muy conveniente que ella aparezca, poniendo en espera tu compromiso con mi hija. Probablemente estés acostándote con la muchacha, llenando su vientre con tu hijo bastardo.

Eadan dio un paso adelante, con la furia ardiendo en él como un fuego abrasador, pero Ronan puso una mano restrictiva en su brazo. Los ojos de Dughall se estrecharon.

—Tienes un mes —dijo Dughall, con la voz tensa por la ira—. Un mes para anular tu matrimonio y enviar a la muchacha lejos. Luego honrarás el compromiso con Magaidh, o nuestros clanes volverán a estar en guerra.

CAPÍTULO 13



Una entró en la cámara de Fiona poco después de que Eadan se fuera, comunicándole que el laird enviaba sus disculpas, pero que no podría acompañarla para cenar esa noche y que sería mejor si cenaba en su cámara. Al principio, Fiona se sintió dolida, luego preocupada. Eadan parecía inquieto cuando había ido a su habitación antes para abrazarla, y sospechaba que había algo que no le estaba contando.

Cuando Una le trajo la cena, Fiona se forzó a sonreír y le dio las gracias, aunque un sentimiento de desamparo se había apoderado de ella. No se había dado cuenta de lo mucho que anhelaba las cenas con Eadan; se había convertido en un ancla en este tiempo.

A la mañana siguiente, Fiona se despertó con una renovada determinación. Necesitaba dejar de lado su atracción por Eadan y concentrarse en regresar a su propia época.

Se vistió y se dirigió de nuevo al sótano donde había llegado por primera vez, con la remota esperanza de que el portal hubiera reaparecido de alguna manera. Pero seguía teniendo el aspecto de un sótano ordinario: sin viento, sin indicio alguno de portal. Se marchó a regañadientes cuando entraron varios sirvientes, mirándola de forma extraña.

—Aquí estás —dijo Una cuando Fiona regresó a su cámara. Una hizo una pausa mientras guardaba los vestidos lavados en un baúl, mirándola con perplejidad—. ¿Dónde has estado?

—Solo... explorando —mintió Fiona. Observó a Una mientras reanudaba la tarea de guardar los vestidos, y de repente se le ocurrió una idea—. ¿Puedo preguntarte algo?

—Lo que sea, mi señora.

Acababa de darse cuenta de que era muy posible que no fuera la única persona que había atravesado el tiempo y llegado aquí.

Fiona dudó, mordiéndose el labio. Una no había mostrado más que amabilidad hacia ella, pero Fiona ciertamente no iba a decirle que era una viajera del tiempo.

—¿Ha... ha habido desapariciones por aquí cerca?

—¿Por qué lo preguntas? —inquirió Una, dejando un vestido y frunciendo el ceño con preocupación.

—Yo... he oído rumores —balbuceó Fiona. Debería haberlo pensado mejor antes de sacar el tema, pero continuó apresuradamente—: Y me preguntaba si sabías algo.

—Ah, la mayoría de los rumores son tonterías —dijo Una, desechándolos con un gesto, y el corazón de Fiona se hundió—. Pero —continuó, tras una breve pausa—, de vez en cuando, oigo rumores de personas que desaparecen alrededor de la aldea abandonada de Tairseach, no muy lejos de aquí. Incluso hubo rumores de personas que aparecían de la nada. Algunos creían que eran espías, otros pensaban que eran espíritus. Y otros creían que las *stiuireadh* tenían algo que ver con todo eso.

La mente de Fiona daba vueltas mientras luchaba por asimilar toda esa información.

—¿Las *stiuireadh*? —repitió.

—Aye —dijo Una—. Brujas druidas. Admito que tengo mis creencias, pero nunca he sido partidaria de las brujas. Hay quienes creen que las *stiuireadh* tienen algo que ver con los extraños sucesos alrededor de Tairseach. Nadie lo sabe con certeza, pero muchos creen que la aldea les perteneció alguna vez.

Fiona tragó saliva mientras todo el aire parecía escaparse de la habitación. ¿Brujas druidas? Recordó a la extraña mujer que la había seguido en su propia época. ¿Podría ser esa mujer una de ellas?

—Yo... creía que los druidas se habían extinguido hace mucho tiempo. Durante la época de los romanos —dijo Fiona, esforzándose por recordar datos que había aprendido en un curso de historia antigua que había tomado en la universidad.

—Esa es la creencia común, aye. Pero muchos piensan que los druidas supervivientes se mezclaron con la población, y algunos incluso tenían sus propias aldeas, siendo Tairseach una de ellas.

Fiona la miró fijamente, con el corazón acelerado. Recordó las ruinas de la aldea medieval donde había desaparecido en su propia época. Tal vez esta aldea era el portal, no el sótano del castillo. Y la mujer que la había seguido era una *stiuireadh*, o descendiente de una.

Una parte de ella quería estallar en una risa histérica. Días atrás, ni siquiera habría considerado tal idea. Pero eso fue antes de viajar seiscientos años al pasado. Ahora parecía que todo era posible.

—Ya veo —dijo Fiona, tratando de mantener un tono casual, aunque su voz tembló un poco —. ¿Dijiste que esta aldea está abandonada? ¿Dónde está?

—Oh, a medio día de viaje desde aquí; está en una de las partes más remotas de las Highlands. Lleva abandonada algún tiempo, nadie sabe exactamente por qué. Pero la gente de por aquí no se arriesga a establecerse allí.

Fiona consideró sus palabras, con la boca seca. Este Tairseach sonaba cada vez más como la misma aldea donde ella misma había desaparecido en su propia época.

Pero, ¿cómo podría llegar allí? Y otra pregunta rondaba su mente: si esta era efectivamente la aldea que había encontrado en su propia época, ¿cómo había terminado tan lejos de ella? Y si esa mujer que la había seguido en su propia época era una bruja druida, ¿la necesitaría para volver a su propio tiempo?

Bajo su emoción por posiblemente haber encontrado el portal, se cernía un conflicto. Varias imágenes de Eadan llenaron su mente: la forma en que sus ojos azules se iluminaban cuando sonreía, el seductor rumor de su voz, moldeada por su acento escocés, la sensación de su cuerpo duro y musculoso presionado contra el suyo. En su propia época, Eadan llevaba mucho tiempo muerto. Ante ese pensamiento, una punzada de dolor la atravesó y las lágrimas le escocieron los ojos.

—¿Qué ocurre, mi señora? —preguntó Una, con aspecto preocupado—. ¿Ha desaparecido alguien que conocéis en Tairseach?

—No —dijo Fiona, parpadeando para contener las lágrimas—. Solo... espero no estar causando demasiadas molestias al laird por estar aquí.

Era una mentira poco convincente, pero necesitaba pensar en algo en el momento. Los ojos de Una se suavizaron y dejó los vestidos, acercándose para dar un apretón reconfortante a las manos de Fiona.

—Nunca he visto al laird tan relajado y feliz como cuando está con vos —dijo Una, y el

dolor de Fiona se disipó, reemplazado por una pizca de alegría.

Una doncella entró, y Fiona se volvió. La criada dejó un pergamino y varios frascos pequeños, junto con un pincel de cerdas sobre una mesa lateral. Por un momento, la confusión invadió a Fiona, y entonces recordó cómo le había contado a Eadan sobre su amor por la pintura la noche que la llevó a contemplar las tierras que rodeaban el castillo.

—Lo recordó —dijo ella, radiante, mientras su tristeza de momentos antes se desvanecía por completo. El pergamino y los tarros debían ser materiales de pintura medievales.

—Aye —dijo Una, echando un vistazo a los materiales—. Hice que los sirvientes fueran a la aldea a buscar lo que pudimos. Temía que nos hiciera viajar a Edimburgo para conseguir vuestros suministros. —Lanzó una mirada astuta a Fiona—. Quiere haceros feliz mientras estéis aquí.

Fiona bajó la mirada, sonrojándose. ¿Acaso Una estaba haciendo de casamentera?

—Os ha reservado una cámara para que podáis hacer vuestra pintura —continuó Una, dedicándole una amplia sonrisa—. ¿A qué estáis esperando, mi señora?

Fiona siguió a Una desde su habitación y por el pasillo hasta otra gran cámara, dejando de lado su maraña de pensamientos sobre Tairseach, las brujas druidas y Eadan.

Una le dijo que era una cámara de invitados, pero Eadan se la había concedido para su uso mientras estuviera allí.

Cuando Una la dejó sola, Fiona miró a su alrededor con asombro. La cámara era tan grande como la suya y la de Eadan, pero no era el tamaño de la cámara lo que la llenaba de admiración. Era la impresionante vista desde la ventana.

Llevándose la mano a la boca, avanzó tambaleándose. Desde este punto de vista podía ver todos los terrenos verde esmeralda que rodeaban el castillo: los bosques, el lago resplandeciente bajo el sol de la mañana y, más allá en la distancia, las ondulantes montañas y colinas de las Tierras Altas.

—Dios mío —susurró Fiona. Otra sacudida de déjà vu la había golpeado, pero no había incertidumbre ligada a esa sensación. Sabía exactamente dónde había visto este paisaje antes.

En un cuadro ubicado en un museo de Aberdeen en el siglo XXI. El mismo cuadro que la había impresionado con un extraño reconocimiento. Ahora sabía por qué ese reconocimiento la había golpeado, esa vertiginosa sensación de déjà vu.

Era porque ella había sido quien lo había pintado, hacía más de seiscientos años en el pasado.

CAPÍTULO 14



Fiona respiró hondo varias veces para calmarse, con la mirada aún fija en el paisaje. Era impresionantemente hermoso, y había una magia en él, una magia que de alguna manera le permitía a ella, una persona nacida siglos en el futuro, estar aquí ahora.

Siempre se había considerado una persona práctica, pero no podía quitarse la sensación de que... *debía* estar aquí. Que todo en su vida —la muerte de sus padres cuando era niña, su tía distante que le había proporcionado lo necesario mientras crecía, pero nunca mucho afecto. Sus años de soledad, incluso su desastroso compromiso con Derek. Todo la había llevado hasta aquí. Hasta Eadan. Y el hecho de que ya hubiera pintado este paisaje parecía apuntar a eso.

Pero Fiona sacudió la cabeza, tratando de aferrarse a la razón. Era una causalidad básica. Ya había viajado a 1390 en su tiempo, así que todo lo que sucedía aquí ya había sucedido. De ahí el déjà vu cuando vio la pintura. Aún regresaría a su propia época, y Eadan manejaría el peligro que enfrentaba su clan y se casaría con una novia escocesa adecuada. Eso era todo.

Reprimiendo una oleada de emociones contradictorias, Fiona dejó los materiales de pintura sobre una mesa que estaba colocada en el centro de la habitación. Esto era lo que necesitaba. Un santuario, una forma de apartar su mente de las extrañas circunstancias en las que se encontraba.

Bueno, Fiona, reflexionó para sí misma mientras se sentaba a pintar. *Ya has pintado esto antes, así que debería salirte fácil.*

Se sumergió en su pintura, teniendo cuidado al trabajar con el pergamino y los pigmentos naturales, usando las yemas de huevo que el sirviente le había proporcionado como aglutinante. No era tan difícil trabajar con materiales de pintura medievales como había temido; de hecho, se sentía natural, como si lo hubiera hecho mil veces antes. Y lo había hecho antes.

El familiar aroma a palo de rosa de Eadan llenó sus fosas nasales, y se quedó quieta, volviendo al presente cuando él entró en la habitación, deteniéndose a su lado. Sus ojos estaban fijos en su pintura. Sintiéndose cohibida, dejó el pincel.

—No. No te detengas. Es hermosa, Fiona. De verdad —dijo él, regalándole una de sus sonrisas que derretían el corazón.

Una oleada de orgullo invadió a Fiona. Eadan estaba contemplando su trabajo con genuino asombro.

—Gracias —dijo ella.

—Siento haber tenido que dejarte ayer y no haber podido regresar —dijo Eadan, su sonrisa desvaneciéndose mientras se frotaba la sien.

—¿Ha pasado algo? —preguntó ella, estudiándolo con preocupación.

Él desvió la mirada, y ella supo que evadiría su pregunta. Extendió la mano para agarrarle el brazo.

—Puedes contármelo —dijo suavemente.

—Dughall sospecha de ti —dijo él, tras una breve pausa—. Me hizo prometer que conseguiría la anulación y te enviaría lejos en un mes o la tregua se acabará. —Cerró los ojos y ahora ella podía ver la tensión en todo su cuerpo—. Décadas de lucha se reanudarán, y todo por mi culpa. Una parte de mí piensa que debería seguir adelante con el compromiso y...

—No —dijo Fiona con firmeza. Pensó en la crueldad de Magaidh, en Bran pidiéndole que cuidara de Eadan. Algo no andaba bien. Y sabía que era egoísta, pero una ardiente oleada de celos la recorrió ante la idea de que Eadan se casara con Magaidh—. Hiciste bien en escuchar tus instintos.

—Parece que mis instintos solo han empeorado las cosas —dijo él, dirigiéndole una mirada de arrepentimiento—. No debería haberte arrastrado a todo esto.

Fiona se puso de pie, dándole un apretón de confianza en el brazo. Sus ojos azules se encontraron con los de ella, y el silencio entre ellos cambió, impregnándose de un deseo no expresado.

Se le secó la boca mientras sus ojos permanecían fijos, y el momento pareció suspendido en el tiempo, hasta que Eadan se inclinó lentamente hacia adelante, presionando sus labios contra los de ella.

Esta vez no hubo cautela, ni vacilación. Todo pensamiento racional se esfumó de la mente de Fiona cuando Eadan la atrajo contra su cuerpo. Cada parte de él la consumía mientras saqueaba su boca con su lengua: su aroma masculino, la sensación de su torso musculoso presionado contra sus pechos, la dureza de su excitación pegada a su centro.

—Fiona —susurró él, con un tono reverente, como si ella fuera una diosa a la que estuviera adorando—. Eres hermosa. La muchacha más hermosa que he visto jamás.

Su corazón se hinchó cuando él la levantó en sus brazos, al estilo nupcial; sus ojos se fijaron en los de ella mientras la llevaba a la cama.

La depositó en la cama, y ella gimió mientras él trazaba besos desde su mandíbula hasta el arco de su garganta, la curva de sus pechos. La provocó, besando la tela de su corpiño por encima de sus senos.

—Por favor, Eadan —gimió ella—. Por favor.

Él le dio una sonrisa burlona, pero accedió, tirando hacia abajo del corpiño de su vestido, luego de su túnica y ropa interior, hasta llegar a sus pechos. Gruñó ante la visión, contemplándolos con reverencia antes de inclinarse para capturar un pezón dolorido en su boca.

Ella gimió mientras él succionaba, su mano se dirigió al pelo grueso y ondulado de él mientras gemía alrededor de su pecho, antes de volverse para dedicar su atención al otro. La humedad se filtraba entre sus muslos y comenzó a temblar con la promesa del clímax.

—Aún no —susurró Eadan, finalmente apartando su boca de sus pechos para fijar su mirada azul llena de deseo en ella.

La desvistió, tortuosamente lento, antes de quitarse su propia ropa. Fiona lo contempló, sin aliento. Estaba tan hermoso desnudo como siempre había sospechado, con un torso ancho y musculoso. Jadeó ante su tamaño, hinchado y erecto de necesidad.

—Todo para ti, mi hermosa Fiona —susurró, antes de inclinarse para reclamar su boca con la suya.

Cuando la liberó de su beso, dejándola sin aliento, trazó besos por su pecho, el plano de su abdomen...

—Oh, Dios —jadeó Fiona, cuando su boca se cerró sobre su centro.

La habitación se oscureció a su alrededor mientras él la saboreaba, sus ojos azules nunca

abandonando los de ella, gimiendo de placer. Zarcillos de ardiente deseo se enroscaron a su alrededor mientras temblaba, agarrando las sábanas a sus costados, su respiración agitada, y dejó escapar un grito cuando llegó al clímax, y la boca de Eadan permaneció cerrada sobre ella mientras temblaba y se estremecía, antes de volver a la tierra.

Solo entonces Eadan trazó besos de vuelta por su cuerpo hasta su cuello, y hundió su enorme longitud dentro de ella. Fiona dejó escapar un largo gemido ante la dura sensación de él dentro de ella, y él le dio un momento para adaptarse a su tamaño antes de comenzar a moverse, sus ojos nublados por el deseo.

Fiona lo rodeó con sus brazos, sus dedos hundiéndose en la carne de su espalda mientras embestía, la cama golpeando contra la pared detrás de ellos, y todo en la habitación se desvaneció. Solo existían Eadan y la sensación de su cuerpo fuerte y esbelto sobre ella, sus cuerpos unidos en placer mutuo, ascendiendo hacia un lugar de liberación.

—Mírame, muchacha —jadeó Eadan, mientras la embestía contra la cama—. Mírame mientras me corro dentro de ti. Mientras te hago mía.

Los ojos de Fiona se encontraron con los suyos, y juntos sus cuerpos comenzaron a estremecerse, ascendiendo a ese lugar de placer donde nada más existe.

El cuerpo de Fiona continuó temblando mientras Eadan se quedaba quieto, repartiendo suaves besos a lo largo de su mandíbula.

Cuando se calmó, sin aliento, su mirada se posó en Eadan. Él la rodeó con sus brazos, manteniendo su cuerpo presionado contra el suyo mientras rodaba hacia un lado. Permanecieron quietos por un momento, los únicos sonidos en la cámara eran sus respiraciones agitadas.

—He querido hacer eso desde el momento en que te encontré en mi castillo, vistiendo ese vestido pecaminoso —confesó Eadan—. Eres una sirena, Fiona.

Fiona se sonrojó mientras él se sentaba, extendiendo la mano para apartar el cabello de su rostro. Su expresión se ensombreció y exhaló un suspiro.

—No deseo nada más que mantenerte a mi lado —dijo—. Pero las cosas se están volviendo peligrosas, y no es correcto retenerte aquí.

Una ola de dolor llenó a Fiona ante sus palabras. Él pareció sentir sus pensamientos, clavando su mirada en ella.

—No quiero hacerlo. Desearía que las circunstancias fueran diferentes —dijo—, pero me preocupa que Dughall o Magaidh intenten hacerte daño. Y... significas mucho para mí. Más de lo que me había dado cuenta. No podría soportar que te pasara algo malo.

Fiona cerró los ojos, un sentimiento sordo de angustia se apoderó de ella, aunque sabía que Eadan tenía razón. Además de sus sentimientos conflictivos sobre irse, ni siquiera sabía si podría regresar a su propio tiempo. ¿Y si el pueblo del que hablaba Una era solo eso, un pueblo? ¿Cómo sabría dónde encontrar el portal?

—¿Qué? —preguntó Eadan—. El convento debería...

—No voy a ir al convento.

No podía mantener la mentira, y no se había dado cuenta de cuánto deseaba abrirse a él hasta ahora.

Cuando abrió los ojos, se sintió aliviada de que Eadan no pareciera sorprendido ni enojado.

—¿Vas a decirme de dónde eres, entonces? —preguntó, con un tono suave.

Fiona tomó aire, incorporándose, buscando en sus hermosos ojos azules. Era hora de decirle quién era realmente.

Escudriñó su cerebro en busca de algún hecho que pudiera usar para probar que lo que le decía era verdad. Y entonces recordó algo. Había visitado un museo de historia en Aberdeen

unos días antes de llegar a esta época, y el guía había divagado interminablemente sobre el rey Roberto, que era rey en este tiempo. Estaba tan contenta de haber escuchado atentamente las palabras del guía.

—Sí —dijo—. Te lo diré. Pero necesito que escuches cada palabra.

CAPÍTULO 15



Eadan permaneció sentado en un silencio atónito, tratando de comprender lo que Fiona acababa de contarle.

Le había dicho que venía del siglo XXI y que había llegado a través de una especie de portal en las ruinas de un castillo en el pueblo de Tairseach. Utilizó términos extraños para describir la época de la que provenía —coches, tecnología, aviones— palabras que apenas penetraban en su aturdida mente.

Ahora, sus hermosos ojos estaban clavados en los suyos, con una súplica silenciosa en sus profundidades. Eadan tuvo que apartar la mirada. *Cristo*, pensó. *¿Estará loca la moza?*

Aunque debería haber estado preocupado, una sensación de traición lo invadió. Si no estaba loca, era una manipuladora. ¿Podría ser después de todo una de las espías de Dughall?

—No me crees.

Forzó su mirada de vuelta a Fiona. Sus ojos se habían llenado de lágrimas, destrozándole el corazón. Se puso de pie, tirando de su ropa con manos temblorosas.

—Por supuesto que no —continuó ella, con la voz vacilante—. No te culpo. Yo tampoco me creería.

Se volvió para mirarla, tratando de formar palabras, pero necesitaba determinar qué Fiona era: loca o manipuladora. Era la viva imagen de la belleza, mirándolo con absoluta sinceridad en sus ojos, aferrando las sábanas contra sus exuberantes pechos.

Se obligó a apartar la mirada de ella, apretando los puños a los costados, su corazón endureciéndose. Por esto no tenía relaciones; nunca debería haberse permitido preocuparse por ella.

—¿Eadan?

—Arreglaré el transporte para donde quieras ir —dijo con rigidez, sin mirarla todavía. Loca o manipuladora, aún quería mantenerla a salvo, tonto como era. Y si realmente era una espía, lo mejor era que la enviara lejos cuanto antes.

—Eadan, espera... —su voz se ahogó en un sollozo mientras él se dirigía a la puerta. Vaciló, con la mano en el pomo. *Ya te ha debilitado*, susurró una voz fantasmal. Aun así, se demoró, esperando que ella continuara—. Yo... puedo decirte algo. Algo que te hará creerme. —Tomó aire—. El rey Roberto. Está enfermo, ¿verdad?

—Aye —dijo Eadan, confundido. ¿Por qué mencionaba al rey Roberto?—. Pero se espera que se recupere, y...

—No se recuperará, Eadan. Mañana es diecinueve de abril. Morirá, y su hijo ascenderá al trono como el rey Roberto III. Fui a un museo de historia antes de... llegar aquí.

—¿Museo? —repitió desconcertado.

—Es como una biblioteca. Guarda registros históricos. Son comunes en mi época —dijo ella —. Ahí es donde aprendí esto. —Hizo una pausa, estudiando su expresión tensa—. Es... es importante para mí que me creas.

Eadan la estudió, sintiendo un escalofrío envolverlo. Ella tenía suerte de que él no fuera un hombre supersticioso, y de que no sintiera un particular afecto por el rey, quien no había acudido en ayuda de su clan cuando lo habían necesitado en años pasados. Era peligroso hablar de la muerte del rey.

Pero había algo en sus ojos, una desesperación aguda que lo hizo dudar. Se dijo a sí mismo que era un tonto por creerle, por caer en lo que podría ser una trampa. Pero había una parte de él que quería —necesitaba— creerle. Porque, que Dios lo ayudara, sus sentimientos por ella iban más allá del deseo. Nunca había sentido por otra mujer lo que sentía por ella. Y sospechaba que nunca lo haría.

Intentó mantener su voz áspera mientras decía:

—Pondré un guardia en esta puerta hasta que pueda confirmar tu historia. No debes salir.

Fiona palideció, pero asintió. Y Eadan se obligó a salir de la habitación.

~

CUANDO SE REUNIÓ con varios hombres de confianza de su clan en su estudio privado, mantuvo la discusión centrada en sus sospechas sobre Dughall y su conexión con la desaparición de Naoghas. Pero Eadan apenas podía concentrarse, sus pensamientos aún consumidos por Fiona y su loca historia. Ronan notó su preocupación, lanzándole largas miradas.

Después de dar a sus hombres las órdenes de investigar la desaparición, Ronan se quedó atrás. Eadan consideró contarle la historia de Fiona, pero decidió no hacerlo. Pensaría que Eadan estaba loco por siquiera considerarlo.

—¿Estás bien, Eadan? —preguntó Ronan.

—Aye —mintió Eadan—. Solo quiero resolver este asunto con Dughall.

Ronan mantuvo su mirada fija en él, como si detectara que su primo no estaba siendo sincero, antes de dejarlo en paz.

Fue difícil mantenerse alejado de Fiona durante el resto del día, pero necesitaba mantener la distancia hasta que pudiera confirmar su historia.

Para su irritación, Magaidh vino al salón para la cena. Se sentó a su lado, dándole una sonrisa recatada, pero él pudo ver el odio que brillaba en sus ojos. Eadan apretó los dientes; había esperado que Dughall la mantuviera alejada del castillo.

—¿Dónde está tu esposa? —preguntó Magaidh con fingida inocencia, sus ojos recorriendo el salón.

—No se encuentra bien —dijo con rigidez. Quería confrontarla sobre sus mentiras a su padre acerca de la visita de Fiona, pero se contuvo. No tenía sentido provocarla, no cuando estaba investigando secretamente a su padre. Pronto, si Dios quería, la farsa de su compromiso terminaría.

—Perdona mis celos —dijo ella, bajando la mirada. Él podía ver que estaba tratando de parecer arrepentida—. Es difícil para mí. Hay una moza viviendo en el castillo por la que te preocupas.

Esta vez, cuando lo miró, sus ojos eran casi sinceros, pero Eadan sabía que no era así.

—Pronto se irá. —Fue difícil decir las palabras, y una espiral de dolor lo llenó mientras las pronunciaba. Aunque pudiera estar loca, o ser una espía, no quería enviarla lejos.

Logró terminar el resto de la comida, obligándose a mantener una conversación trivial con Magaidh, aunque la tensión se palpaba en cada línea del diálogo. No pudo evitar compararlas: Fiona era generosa y amable, Magaidh fría y manipuladora. Fiona poseía una belleza natural que se realzaba con sus amplias y francas sonrisas, mientras que la belleza de Magaidh era severa, sus sonrisas tensas y llenas de astucia. Recordó el genuino asombro en los ojos de Fiona al contemplar el paisaje fuera del castillo; nunca había visto a Magaidh mirar algo de esa manera. Pero no había comparación entre Magaidh y Fiona, ni siquiera se acercaban. Jamás había sentido la más mínima necesidad o deseo por Magaidh, ni por ninguna otra mujer, de la forma en que lo sentía por Fiona.

Una oleada de calidez y deseo lo invadió al recordar cómo ella había gemido y suspirado bajo su cuerpo mientras le hacía el amor. Apretó los puños a los costados, exhalando un suspiro.

Tienes que alejarte de la muchacha, se dijo a sí mismo. *Hasta que sepas que está diciendo la verdad.*

Pero no siguió su propia directiva. Después de excusarse de la mesa antes de que comenzara la habitual sesión de bebida, se dirigió a la habitación de Fiona, incapaz de contenerse. Uno de sus hombres, Osgar, estaba de pie fuera de su puerta y lo miró con sorpresa cuando se acercó.

—Puedes retirarte —le dijo a Osgar.

Fiona estaba sentada en una mesa en el centro de su habitación, pintando sobre un trozo de pergamino. Levantó la vista cuando él entró, y su pecho se tensó al ver la mirada de recelo en sus ojos. Sus ojos solían iluminarse cada vez que él entraba en la habitación.

—¿Te... te envió Una las comidas? —preguntó con brusquedad.

—Sí —dijo Fiona, poniéndose de pie. Las comisuras de su boca se curvaron en una sonrisa —. De hecho, me dio demasiada comida.

Eadan no pudo evitar sonreír. Una le había tomado cariño a Fiona, podía notarlo. Su sonrisa se desvaneció mientras se acercaba, tomándola por los brazos y escrutando sus ojos.

—¿Me estás mintiendo, muchacha? —Sabía que era débil por preguntar, pero no quería creer que Fiona fuera capaz de tal engaño.

—Ojalá lo estuviera —susurró Fiona—. Pero ya verás. Mañana, el rey morirá. Confirma la noticia como puedas.

Escudriñó sus ojos, pero solo vio sinceridad en ellos.

Eadan se quedó con ella esa noche, simplemente sosteniéndola en sus brazos mientras ella se quedaba dormida. Se había dicho a sí mismo que se mantendría alejado hasta confirmar su historia, pero era como si alguna fuerza lo atrajera hacia ella. Sus ojos recorrieron sus hermosos rasgos, y su corazón se encogió. *¿Qué me has hecho, muchacha?*

CAPÍTULO 16



Era tarde la noche siguiente cuando llegó un mensajero del castillo del rey en Dundonald con la noticia de que el rey Robert había muerto y su hijo le sucedería.

Eadan leyó la carta con manos temblorosas, pero no fue la sorpresa lo que lo embargó. Fue la culpa. Una parte de él había sabido, por imposible que fuera, que Fiona decía la verdad. Ella le había dicho la verdad y él había dudado de ella.

Recordó con un escalofrío una pregunta que ella le había hecho la noche que la conoció. *¿En qué año estamos?* Con todo lo que había pasado con Dughall, se había olvidado de esa extraña pregunta; la había enterrado en un rincón de su mente. Pero ahora le venía con la fuerza de un golpe de espada.

Corrió por el pasillo hacia la habitación de Fiona. Cuando la encontró vacía, el pánico lo invadió. ¿Se había ido y regresado a su propia época? O peor aún, ¿uno de los hombres de Dughall había entrado en el castillo y se la había llevado?

Se giró al oír pasos y el alivio lo inundó al ver a Fiona acercándose a la habitación desde el extremo del pasillo, con Ronan a su lado. Ella se tensó al verlo, y la mirada defensiva que cruzó su rostro le partió el corazón.

—Necesitaba aire. Ronan se apiadó de mí. Yo...

—No importa —dijo él, avanzando para tomarle la mano—. Ronan, déjanos solos.

Ronan le obedeció, pero Eadan vio una irritante mirada de diversión en los ojos de su primo mientras llevaba a Fiona a la habitación, cerrando la puerta tras de sí.

Sin poder contenerse, la apretó contra la puerta, inclinándose para besarla, respirándola. Fiona permaneció rígida solo por un momento antes de responder, rodeándolo con sus brazos y presionando su hermoso cuerpo contra el suyo. Quería mantenerla cerca de él para siempre, pero se obligó a retroceder.

Cuando se separaron, ambos estaban sin aliento. Ella lo estudió, con esperanza llenando sus ojos.

—¿Me crees? —susurró.

—Sí —susurró él—. Acabo de recibir noticias del castillo del rey. Pero incluso si no las hubiera recibido, debería haberte creído. Soy un necio. Debería haberte creído en cuanto me lo dijiste. Lo siento.

—Ahora lo haces —dijo Fiona, con alivio inundando su expresión mientras le daba una sonrisa temblorosa—. Eso es todo lo que me importa.

Pero la euforia de que Fiona lo perdonara se desvaneció rápidamente. Ella no pertenecía a esta época y él no tenía derecho a retenerla aquí. Tomó aire, obligándose a decir sus siguientes palabras.

—Ahora es aún más urgente que te saquemos de aquí y te devolvamos a tu propia época. Puedo acompañarte a Tairseach.

El conflicto ardió en los ojos de Fiona. Eadan extendió la mano para acunar su rostro.

—Estás a salvo en tu propia época. Es demasiado peligroso para ti aquí.

Fiona se mordió el labio, como si fuera a protestar, pero le dio un brusco asentimiento.

—Tienes razón —susurró.

Una pesadez se apoderó de Eadan mientras él y Fiona se escabullían del castillo. Salieron por la parte trasera, y él hizo que Fiona se cubriera la cabeza con la capa de cuadros para ocultarse.

Mientras se alejaban del castillo, su tumulto aumentó. Un dolor había comenzado a crecer en su pecho, uno que sospechaba que continuaría expandiéndose después de que ella se hubiera ido. Esta misteriosa muchacha del futuro se había incrustado en su corazón y no sabía cómo la removería. No quería hacerlo.

Eadan trató de concentrarse en la sensación de las manos de ella alrededor de su espalda mientras cabalgaban, en su aroma natural a miel que esperaba memorizar. Se obligó a ignorar la opresión en su estómago, agarrando las riendas con tanta fuerza que sus nudillos se tornaron blancos. Eadan tuvo que recordarse, repetidamente, que esto era lo mejor, que Dughall podría hacerle daño; no importaba que una vez que ella se hubiera ido, su corazón volvería a su jaula de aislamiento, probablemente para no emerger nunca más.

Pronto llegaron a la aldea abandonada de Tairseach, y un escalofrío recorrió la espina dorsal de Eadan. Como muchos que vivían en la zona, había oído historias sobre Tairseach, sobre cómo la gente desaparecía allí. Muchos creían que había magia oscura en juego, o que antiguas brujas druidas tenían algo que ver con las desapariciones. Eadan no había caído presa de las mismas creencias, pero la inquietud lo llenaba cada vez que oía rumores sobre la aldea.

Pero ahora conocía la razón de las desapariciones. Tairseach era un portal a través del tiempo.

Detrás de él, el agarre de Fiona se apretó mientras guiaba al caballo a través de la aldea vacía, pasando por las viejas cabañas y talleres en ruinas hasta que llegaron a los restos del castillo en el borde de la aldea.

Desmontaron, y Eadan ató el caballo a un árbol mientras Fiona se enfrentaba rígidamente al castillo. Se volvió para mirar hacia la aldea, con una expresión de silencioso asombro en su rostro.

—Se veía similar en mi época —murmuró. Se giró, señalando la base del castillo con manos temblorosas.

—Ahí es donde sucedió —dijo—. En mi época. Estaba siguiendo a una mujer, terminé en el sótano, hubo un viento... y de alguna manera llegué a tu castillo.

Eadan volvió a maldecirse por no haberle creído de inmediato. Había una genuina mirada atormentada en los ojos de Fiona.

—Entonces este debe ser el camino de regreso —dijo, tratando de mantener la voz firme.

Fiona se tensó al mirarlo, sus ojos llenándose de... ¿dolor? ¿Anhelo? Pero la mirada desapareció rápidamente cuando se volvió para enfrentar el castillo, dando un paso tembloroso hacia adelante.

—¿Oyes eso? —respiró—. ¿Ese viento?

Eadan frunció el ceño, negando con la cabeza. El día estaba perfectamente quieto, ni siquiera una ligera brisa agitaba la hierba.

—No.

Fiona tragó saliva, aún estudiando el castillo.

—Debe ser el portal.

Eadan asintió, tratando de mantener una expresión estoica aunque el dolor en su corazón crecía. *Vete*, le instó silenciosamente a Fiona. *Antes de que haga algo insensato como intentar convencerte de que te quedes.*

Pero sería egoísta convencerla de quedarse. Tenía que volver a concentrarse en recopilar pruebas contra Dughall, encontrar a su mayordomo, mantener a su clan a salvo del Clan Acheson. Fiona no pertenecía a esta época. No pertenecía a su lado.

—Entonces deberías irte —dijo, odiando cómo su voz temblaba.

Los ojos de Fiona brillaban con lágrimas cuando volvió a mirarlo. Abrió la boca para decir algo, antes de quedarse en silencio de nuevo.

Él se adelantó, obligándose a darle solo un breve beso.

—Cuídate y sé feliz, Fiona —susurró.

—Tú también —dijo ella con voz temblorosa, parpadeando para contener las lágrimas.

Fiona se dio la vuelta y se dirigió al castillo. Eadan la vio marcharse, apretando los puños a los costados, obligándose a quedarse quieto, a no correr tras ella... hasta que desapareció dentro del castillo.

No esperaba el repentino dolor que le atravesó el pecho como un fuego abrasador, y tuvo que soltar un suspiro brusco y cerrar los ojos.

Es lo mejor, se recordó, pero eso no alivió su dolor. El mundo que lo rodeaba ya parecía más sombrío con su ausencia. No sabía si volvería a sentir la alegría natural que lo llenaba cada vez que ella estaba cerca.

Empezó a volverse hacia su caballo, pero se quedó paralizado cuando vio un movimiento por el rabillo del ojo.

Era Fiona. Salió del castillo a zancadas hacia él, con un brillo decidido en los ojos.

—Fiona... —comenzó, sorprendido.

—Hicimos un trato —dijo ella—. Yo te ayudo, *luego* tú me ayudas a volver.

—Ya me has ayudado —dijo él, aunque la esperanza y el deleite lo invadían—. Te has hecho pasar por mi novia, y...

—Pero aún no sabes qué se trae Dughall entre manos. Todavía tenemos tiempo antes de su plazo. Aún puedes reunir pruebas de que está actuando en contra tuya y de tu clan. Puedo ayudar, haciendo más que solo fingir ser tu novia. Solo entonces me iré. No sé cómo será en esta época, pero en la mía... un trato es un trato.

Fiona levantó la cabeza con desafío, como si esperara que él protestara. Admiración, alegría, alivio y una emoción que no pudo identificar lo recorrieron. Dio un paso adelante, tomando ambas manos de ella.

—Aye —dijo, sonriendo—. Un trato es un trato.

CAPÍTULO 17



Cuando Fiona había entrado en las ruinas del castillo, había escuchado el vórtice de viento desde su base, el mismo viento que había oído el día en que fue transportada aquí. Pero algo la detuvo; era como si sus pies estuvieran anclados al suelo.

Esto es lo que querías, se había dicho a sí misma. *Volver a tu propio tiempo.*

Pero no estaba lista para dejar este tiempo. Se había dado la vuelta y salido del castillo, con determinación creciendo dentro de ella. Y aunque las palabras que le dijo a Eadan eran ciertas —quería ayudarlo— también sabía que eran una excusa. Quería quedarse con *él* todo el tiempo que pudiera. La conexión que tenía con Eadan iba más allá de lo físico; era como si una parte de ella anhelara su presencia. Su voz profunda y retumbante, sus ojos azul cerúleo, la forma en que la miraba cuando creía que ella no se daba cuenta —no solo con deseo, sino con afecto y un toque de anhelo. Sabía en su corazón que nunca volvería a tener una conexión así con nadie, y era su suerte que su hombre perfecto fuera un laird escocés del siglo XIV.

Pero Fiona trató de no pensar en esto mientras Eadan la llevaba de vuelta a su caballo. Se inclinó hacia adelante, deleitándose con la sensación de su fuerte cuerpo contra el suyo mientras cabalgaban de regreso al Castillo Macleay. No había parte de ella que sintiera ni un ápice de arrepentimiento mientras las ruinas del castillo y Tairseach se desvanecían en la distancia detrás de ellos. En cambio, al acercarse al castillo de Eadan, sintió como si estuviera regresando a casa.

De vuelta en el castillo, Eadan la condujo a su cámara, donde cerró la puerta tras ellos.

—Mientras esté aquí, creo que debería trabajar en las cocinas —dijo ella, volviéndose para mirarlo.

—¿Por qué? —preguntó Eadan, con aire desconcertado.

—Si Dughall ya contrató a uno de tus sirvientes para espiar, supongo que se ha acercado a otros. Si me congracio con los sirvientes en las cocinas, podrían estar más dispuestos a confiar en mí.

—No lo sé —dijo Eadan, sacudiendo la cabeza—. Puede que trate bien a mis sirvientes, pero no se sentirían cómodos haciéndose amigos de la esposa del laird.

—No exactamente amigos —dijo Fiona—, pero lo suficientemente cómodos como para eventualmente confiar en mí. Si pregunto. Solo se necesita uno.

Pero Eadan todavía parecía dudar.

—Vale la pena intentarlo —insistió ella—. Me quedo aquí para ayudar, ¿recuerdas?

—Aun así tendré un guardia contigo en todo momento —dijo Eadan, después de una pausa —. Y no debes vagar por los terrenos sola, Fiona.

—Tendré cuidado —dijo ella—. Lo prometo.

Eadan la estudió, con admiración llenando su expresión mientras sacudía la cabeza.

—No sé si eres tonta o valiente, muchacha —dijo finalmente, dando un paso adelante para acunar los lados de su rostro.

—¿Tal vez ambas? —preguntó ella, con la respiración entrecortada por su cercanía.

—Aye —gruñó Eadan, antes de inclinarse para reclamar su boca con la suya. Manteniendo sus brazos alrededor de ella, caminó hacia atrás con ella hasta la cama.

—Quédate quieta, mi Fiona —susurró, y su corazón se elevó ante la posesividad de sus palabras. Le costó todo su poder permanecer quieta mientras él la despojaba de su ropa.

Cuando se quitó la túnica y el kilt, el deseo se arremolinó en ella. Su torso musculoso brillaba a la luz de la chimenea, sus ojos azules ardiendo de lujuria, sus labios entreabiertos mientras examinaba su cuerpo desnudo. Era tan hermoso.

No pudo evitarlo. Desobedeciendo su orden, se sentó, salpicando de besos el plano de su amplio pecho musculoso, bajando, bajando aún más, hasta que tomó su dura longitud erecta en su boca.

—Cristo, Fiona —jadeó él, mientras ella se deleitaba con la sensación de tenerlo en su boca, lamiendo a lo largo de su longitud, antes de chuparlo entero—. Vas a matarme.

Ella sonrió alrededor de su miembro y continuó succionándolo, mientras las manos de él se enredaban en su cabello, sus dientes apretados con lujuria contenida, sus ojos llenos de deseo crudo.

—Quiero correrme dentro de ti —gruñó, liberándose de su boca con gran esfuerzo.

Se sentó en la cama junto a ella, levantándola y hundiéndola suavemente sobre su erección.

Fiona dejó escapar un gemido de placer ante la sensación de él llenándola, y envolvió sus brazos alrededor de su cuello, mirándolo a los ojos mientras él agarraba su trasero. Sus ojos permanecieron fijos el uno en el otro mientras Fiona lo cabalgaba, y las manos de Eadan vagaron de su trasero a sus pechos, acariciándolos antes de llevar cada pezón dolorido a su boca. Fiona jadeó y echó la cabeza hacia atrás, sintiendo el inicio de su orgasmo arremolinarse profundamente en su vientre.

—Aye, mi Fiona —susurró él—. Córrete para mí, muchacha. Mi sirena.

Y Fiona lo hizo, su cuerpo temblando con su liberación, mientras Eadan gemía su propio orgasmo, su agarre apretándose mientras se derramaba dentro de ella.

Fiona enterró su rostro en su cuello, todavía bajando de las alturas vertiginosas a las que Eadan la había llevado. Eadan la mantuvo en sus brazos, retirándose de ella mientras se movía para acostarse en la cama. Cuando se tumbaron de lado, él extendió la mano para acariciar su cabello revuelto.

—Soy un tonto por no haber pensado en esto antes, pero no hemos tenido cuidado. No quiero enviarte de vuelta con un bebé en tu vientre.

Su pecho se apretó ante la mención de su regreso a su propio tiempo, pero forzó una sonrisa.

—No hay necesidad. En mi tiempo, hay formas sofisticadas —y efectivas— de evitar que las mujeres queden embarazadas.

Había recibido una inyección anticonceptiva durante años, aunque una parte de ella se preguntaba si resistiría un evento sobrenatural como el viaje en el tiempo. Y perdería su efecto en unas pocas semanas. Una chispa de deleite la atravesó, solo por un momento, ante la idea de tener un hijo de Eadan... de tener un verdadero matrimonio con él.

Pero rápidamente desechó ese pensamiento. Eadan tenía sus deberes como señor y futuro jefe del Clan Macleay. Conociéndolo, tan pronto como se resolviera este asunto con el Clan Acheson, se casaría con una novia escocesa adecuada. El dolor la golpeó ante ese pensamiento y tragó saliva.

Cuando volvió a mirar a Eadan, vio un destello de lo que parecía ser arrepentimiento en sus ojos antes de que desapareciera. Parpadeó. No podía querer que ella tuviera su hijo... ¿o sí?

—Cuéntame más —dijo Eadan abruptamente, desviando la mirada—. Sobre tu época.

Fiona se apoyó sobre su codo, pensando por un momento. ¿Cómo resumir el siglo veintiuno?

—Es ruidoso —dijo, después de un momento—. Mucho más ruidoso que esta época. Encuentro el silencio aquí más pacífico. La tecnología, que creo que mucha gente en esta época equipararía con magia, domina el futuro. Hace las cosas más convenientes. Pero creo que ha causado menos conexiones personales. Todos tienen un dispositivo tras el cual esconderse.

Él la escuchó mientras le contaba todo lo que podía sobre la era moderna, sus hermosos ojos llenos de asombro. Ella sospechaba que se necesitaba mucho para que un hombre racional como Eadan expresara genuina sorpresa, y se deleitó con la mirada de asombro infantil en su rostro cuando le describió los aviones.

Pero su expresión se oscureció de repente y se apoyó sobre un codo, estudiándola con intensidad.

—¿Qué? —preguntó ella, sobresaltada por su repentino cambio de humor; era como nubes de tormenta ocultando el sol.

—¿Hay alguien esperándote? ¿En tu época? —preguntó él.

Fiona sonrió, el deleite recorriéndola ante los inconfundibles celos en sus ojos.

—No —dijo ella—. Estaba comprometida, prometida a alguien. Pero me traicionó con otra mujer, y lo terminé.

—Es un idiota —dijo Eadan, extendiendo la mano para trazar su rostro con la punta de su dedo—. ¿Por qué cualquier hombre iría a otra parte cuando puede tener esto?

Su mano bajó de su rostro a su garganta, a la curva de su pecho, su abdomen. Fiona se estremeció de deseo mientras su dedo se deslizaba más abajo, hasta que lo presionó en su centro húmedo y dolorido.

—Quédate quieta, muchacha —susurró, besando su camino hacia abajo por su abdomen—. Quiero oírte gritar mi nombre.

Y lo hizo.

~

A LA MAÑANA SIGUIENTE, cuando Fiona se ofreció a ayudar en las cocinas, Una parecía tan horrorizada que tuvo que contenerse para no reír.

—¡Esposa distanciada o no, eres la señora del castillo! —jadeó Una.

—Insisto —dijo Fiona con firmeza—. Quiero ganarme mi sustento mientras esté aquí.

—¿Ganarte tu sustento? —preguntó Una, pareciendo aún más horrorizada—. Como esposa del señor...

—Eadan dio su bendición —dijo Fiona, dándole una mirada firme.

Los hombros de Una se hundieron y le dio un asentimiento reluctante. Fiona podía entender su vacilación; los roles sociales eran mucho más estratificados en esta época.

Una miró el fino vestido que estaba a punto de entregar a Fiona para que se lo pusiera, dejándolo con un suspiro.

—Bueno, tendremos que vestirte con algo un poco menos... fino —refunfuñó Una.

Se fue y regresó con un simple vestido marrón oscuro hecho de lana. Fiona lo encontró mucho más cómodo que los vestidos más elegantes con los que Una solía vestirla, y consideró pedir usar ropa como esta más a menudo, pero sospechaba que eso le daría un ataque al corazón

a Una.

Una vez vestida, siguió a Una a las cocinas. Antes de que entraran, las cocinas zumbaban con risas y conversaciones. Pero tan pronto como entró, fue como si un disco se rayara. Toda conversación se detuvo y todos se volvieron para mirarla, con la boca abierta.

—La señora Macleay ha ofrecido su ayuda hasta que se vaya —dijo Una rígidamente, mirándolos a todos con dureza—. Se la tratará con el máximo respeto.

Las cocinas permanecieron en silencio mientras Una la conducía hacia la cocinera principal, una mujer de mediana edad llamada Isla que se limpió las manos en su delantal y mantuvo la mirada baja. Parecía reacia a que Fiona hiciera algo, pero finalmente le dio una pequeña bandeja de verduras para cortar.

Mientras Fiona se ponía a trabajar en un pequeño rincón, los sirvientes permanecieron callados. Cuando la conversación se reanudó, fue en voz baja. Fiona se sentía como si fuera la maestra estricta y los sirvientes estudiantes cautelosos. Sabía que les tomaría tiempo acostumbrarse a ella, pero no tenía meses para eso. Tendría que encontrar una manera de ganarse su simpatía para que al menos uno de ellos se abriera a ella. Dado que todos evitaban incluso mirarla, no sabía cómo iba a suceder eso.

Sus pensamientos se dirigieron a Eadan y a su decisión de quedarse. Aquí estaba, cortando verduras en una cocina medieval, cuando podría estar de vuelta en su propio tiempo, tomando un largo baño en su bed-and-breakfast, recuperándose de su viaje a través del tiempo. Pero la idea de dejar a Eadan hacía que su corazón se contrajera.

Durante tantos años había mantenido su corazón cerrado, y había una parte de ella que prefería las cosas de esa manera. Pero ahora que había visto el otro lado de abrirse a alguien, lo bien que se sentía, ¿cómo podría volver a ser como era antes?

Pero no importaba. Se recordó por millonésima vez que Eadan tenía sus deberes con el Clan Macleay, y ahí es donde permanecería su enfoque.

Solo sabía que cuando regresara al siglo veintiuno, dejaría una parte de su corazón atrás... con un hombre de otra época.

CAPÍTULO 18



—No podemos tenerte como espía, Eadan. Eres el señor del castillo y llamas demasiado la atención —dijo Ronan.

Eadan fulminó con la mirada a su primo. Acababa de reunirse con sus hombres de confianza en su estudio privado, y estos se habían marchado. Estaban espiando a Dughall y a sus hombres para Eadan, pero no habían encontrado nada. Y seguía sin haber rastro de Naoghas, vivo o muerto. Cansado por la falta de progreso, Eadan había propuesto espiar él mismo.

—Podría ser discreto —dijo Eadan, pasándose la mano por el pelo con frustración.

—Es una idea descabellada y lo sabes. Tus hombres están haciendo todo lo que pueden —dijo Ronan—. Y... tengo que decirte. Corren rumores sobre ti y Fiona.

—¿Qué rumores? —preguntó Eadan, poniéndose tenso.

—Que parecéis muy cercanos para dos personas que intentan anular su matrimonio.

—Eso no es asunto de nadie —dijo Eadan, evitando la mirada de Ronan—. Pronto se habrá ido.

Pero Ronan era perspicaz; clavó una mirada intensa en Eadan.

—¿Qué está pasando entre tú y la muchacha? —preguntó Ronan—. Puedes contármelo, Eadan.

Eadan vaciló. Él y Fiona habían acordado mantener su secreto entre ellos. Todo el mundo pensaría que estaba loca, y los que no, la acusarían de brujería. Eadan confiaba en Ronan con su vida, pero no revelaría su secreto a nadie. Exhaló un suspiro, decidiendo contarle una verdad a medias.

—Me importa Fiona. Más de lo que debería —insinuó Eadan, aunque sus palabras se quedaban cortas. Fiona había llenado su mundo de luz, de alegría. Temía el día en que tuviera que separarse de ella.

—¿Te has acostado con la muchacha?

—Eso no es asunto tuyo —gruñó Eadan. No quería que Ronan, ni ningún hombre, pensara siquiera en su Fiona en pleno éxtasis.

—Lo has hecho —dijo Ronan, negando con la cabeza—. Reconozco los celos cuando los veo. Sospeché de tus sentimientos por la muchacha cuando atacaste a Uisdean. Fiona es hermosa, de eso no hay duda. Pero no dejes que te distraiga, Dughall...

—No estoy distraído. Estoy haciendo todo lo posible para derrocar a Dughall —replicó Eadan.

Ronan apretó los labios, pero le hizo un gesto rápido con la cabeza antes de dejarlo solo.

Eadan se dejó caer en su silla. Acababa de mentir a Ronan; Fiona *sí* lo estaba distrayendo. Recordó su exuberante cuerpo retorciéndose bajo el suyo, la dulzura de su sexo, su nombre en

sus labios cuando llegaba al clímax, y la excitación lo invadió por completo. Pensó en su diversión cuando intentaba explicarle el concepto de "ordenador", su suave risa que le recordaba a las campanas, la determinación en sus ojos cuando le dijo que se quedaría para ayudarlo.

Eadan se frotó la sien. No era de extrañar que la gente del castillo se diera cuenta de cómo se comportaba con Fiona. Por mucho que lo intentara, no podía quitarle los ojos de encima cuando estaba en su presencia.

Aun así, volverá a su propio tiempo, se dijo. Esta situación con Dughall se resolvería y ella saldría de su vida para siempre. Se la imaginó en ese futuro lejano, casándose eventualmente con otro hombre, y sus puños se cerraron a los costados. Alejó el pensamiento, sintiendo celos y dolor ante la idea de su Fiona con otro hombre.

Eadan se obligó a concentrarse en la lectura de los papeles que Naoghas había dejado sobre las peticiones de tierras de varios nobles del clan.

Cuando un sirviente le notificó que se estaba sirviendo la cena, apartó los papeles, con tantas ganas de ver a Fiona que tuvo que contenerse para no salir prácticamente corriendo hacia el gran salón.

Pero antes de que pudiera irse, Ronan entró, con la boca en una línea sombría. Sujetaba por el brazo a un sirviente varón que temblaba. Eadan reconoció al sirviente como Maon; había trabajado en los establos del castillo Macleay durante muchos años.

Los ojos de Eadan se abrieron con sorpresa cuando Ronan arrojó a Maon al suelo, mirándolo con furia.

—¿Qué estás haciendo? —exigió Eadan, fulminando a Ronan con la mirada. No toleraría el maltrato a sus sirvientes, y la conmoción lo invadió ante el comportamiento de Ronan. Su primo siempre había tratado a los sirvientes con amabilidad.

—Este hombre —escupió Ronan— estaba siguiendo a tu esposa. Ha admitido que es un espía de Dughall.

La furia recorrió a Eadan. Se agachó, arrastrando a Maon por el cuello de su túnica, con la mano en la empuñadura de su espada.

—P-por favor, mi señor... —balbuceó Maon.

—¿Por qué seguías a mi esposa? —gruñó Eadan.

—Dughall... me pagó. Quería que la siguiera... no para hacerle daño, lo juro. Debía seguirla e informarle.

Eadan aflojó un poco el agarre en el cuello de Maon.

—¿Cuánto tiempo llevas siguiéndola?

—Es... es solo el primer día —dijo—. Por favor... —Los ojos de Maon brillaron con lágrimas —. Tengo un hijo enfermo y no podemos pagar al curandero. De otro modo, nunca lo habría hecho. Piedad, mi señor. Por favor.

Eadan miró al hombre, sintiendo compasión, lo que amortiguó su ira. Reconocía a un hombre desesperado cuando lo veía. Tuvo suerte de no haber hecho daño a Fiona o Eadan no se sentiría tan misericordioso.

—¿Cuánto te está pagando? —preguntó Eadan.

Cuando Maon le dijo la cantidad, Eadan maldijo. *Ese bastardo*, pensó. ¿Dughall gastaba tanto dinero para espiar a Fiona?

—Te pagaré el doble —dijo Eadan, tras una pausa, ignorando la maldición y la mirada de incredulidad de Ronan. Los ojos de Maon se agrandaron mientras continuaba—: Fingirás seguir espiando a Fiona, pero esta vez, le darás información falsa a Dughall. Dile que Fiona está ansiosa por irse, que mantenemos la distancia y que sospecho de otro clan. Me informarás a mí o a

Ronan a la misma hora todos los días en los establos. Independientemente de si me ayudas o no, conseguiré un curandero para tu hijo. Pero —dijo, entrecerrando los ojos—, si me entero de que le has contado algo de esto a Dughall y me traicionas de nuevo, no dudaré en destruirte. ¿Entendido?

—Sí —dijo Maon, con una expresión entre aterrorizada y aliviada—. Entiendo.



A Eadan le desagradaba hacerlo, pero cenó en su habitación. Si Dughall tenía más espías trabajando en su castillo, no quería arriesgarse a que informaran sobre su comportamiento alrededor de Fiona. No sería capaz de ocultar sus sentimientos por ella, su preocupación.

Pero cuando se hizo tarde y el castillo quedó en silencio, fue a la habitación de ella.

Su corazón se alegró al verla; se estaba cambiando para ponerse el camisón. Ella se quedó inmóvil al verlo, con una expresión de alivio en su rostro.

—No te vi en la cena —dijo ella—. Yo... pensé que me estabas evitando.

—Lo estaba haciendo —admitió él, y una mirada de dolor cruzó el rostro de ella—. Pero no por la razón que piensas.

Le contó sobre el sirviente que la había estado siguiendo. Ella palideció, hundiéndose en la cama.

—Por esto es importante que tengas cuidado. Creo que Dughall te hará daño. Fiona —vaciló, forzándose a continuar—, ¿estás segura de que quieres quedarte? Dughall es...

—Te di mi palabra —dijo Fiona, con los ojos brillantes, y otra oleada de admiración lo invadió—. Un trato es un trato.

Ella sostuvo su mirada, y él asintió cediendo.

—¿Cómo te fue en las cocinas? —preguntó él.

Ella pareció complacida de que cambiara de tema, aunque suspiró.

—Los sirvientes actuaban como animales asustados a mi alrededor —dijo—. Intenté entablar conversaciones, pero solo obtuve respuestas de una palabra.

—Están acostumbrados a Magaidh —dijo él con tono sombrío—. Ella los trataba con desprecio. Dales algo de tiempo, se encariñarán contigo.

Sabía que debería irse y volver a su propia habitación, pero había dejado de escuchar a la lógica desde el momento en que le hizo el amor por primera vez.

Se acercó, extendiendo la mano para detenerla cuando ella empezó a atarse el camisón, sintiendo calor extenderse por su cuerpo al tocar su piel desnuda.

—No necesitarás vestirte, sirena —dijo con voz ronca, antes de que su boca reclamara la de ella.

CAPÍTULO 19



Fiona intentaba concentrarse en picar las verduras, pero las imágenes de la apasionada noche que había compartido con Eadan llenaban su mente. Sus labios sobre su piel, sus cuerpos desnudos fundidos mientras él se movía dentro de ella. Se había quedado despierta después de que él se escabulló de su habitación para evitar ser visto por la mañana, incapaz de dejar de fantasear con despertar a su lado cada mañana.

Aunque no llevaba mucho tiempo en 1390, no se sentía tan desorientada como cuando llegó por primera vez, y para su sorpresa, no había echado tanto de menos las comodidades del futuro. Sí, a veces extrañaba internet o su teléfono móvil. Pero era refrescante pasar el tiempo pintando, o paseando por los terrenos del castillo, o simplemente conversando con Eadan.

Lo único que realmente extrañaba de su época era Isabelle, y su corazón se encogía al pensar en lo preocupada que debía estar su amiga. Tan pronto como pudiera, intentaría averiguar cómo hacerle saber a su amiga que estaba bien. ¿Podría enviar una carta a través del portal, con la esperanza de que algún turista extraviado tropezara con el pueblo y se la hiciera llegar?

Pero Fiona desechó la idea. No había necesidad de hacer tal cosa, porque ella misma volvería a su propio tiempo, donde pertenecía, aunque un atisbo de temor la invadió ante ese pensamiento.

—Cuidado, mi señora —dijo una voz vacilante, y Fiona levantó la mirada. Una joven de cabello rubio fresa y amables ojos azules, que no podía tener más de diecinueve o veinte años, estaba allí, señalando el cuchillo que Fiona sostenía.

Miró hacia abajo, parpadeando. Había estado tan absorta en sus pensamientos que no se había dado cuenta de lo cerca que estaba su dedo de la hoja.

—Gracias —dijo, sonriendo—. Ah, espera —añadió apresuradamente, antes de que la joven pudiera alejarse. Era la primera vez que una sirvienta en la cocina le hablaba sin que se lo pidieran.

Fiona había escuchado las conversaciones de los sirvientes. Al principio era difícil entender los marcados acentos escoceses, pero ahora se había acostumbrado a ellos y escuchaba atentamente sus discusiones. Esta joven, cuyo nombre era Sorcha, estaba enamorada de uno de los mozos de cuadra, pero temía que él no correspondiera sus sentimientos.

Sorcha se quedó inmóvil, pareciendo aterrorizada. Fiona sonrió para tranquilizarla.

—Perdóname, pero he escuchado algunas de tus conversaciones sobre Taran, el joven que trabaja en los establos —dijo Fiona en voz baja—. Y... creo que deberías hablar con él sobre cómo te sientes. Yo... yo también estuve enamorada de un hombre que trabajaba en los establos cuando era más joven.

Fiona odiaba la mentira, pero necesitaba congraciarse de alguna manera. Sin embargo, no

obtuvo la reacción que esperaba. Sorcha se sonrojó, bajando la mirada.

—Lo... lo siento, mi señora —dijo—. Sé que debería centrarme en mi trabajo; no volveré a hablar de tales asuntos mientras trabajo.

Fiona la miró, atónita. Sabía con certeza que Eadan trataba a sus sirvientes con amabilidad; lo había visto invitar a los sirvientes a sentarse a su lado durante las cenas en el gran salón y preguntar por sus familias. Su padre, Bran, también era amable con ellos. Solo podía adivinar que era Magaidh quien había infundido el temor de Dios en estos pobres sirvientes.

Miró a su alrededor, notando que otro silencio había caído sobre la cocina. Los sirvientes evitaban su mirada, atendiendo sus tareas.

Suspirando, Fiona dejó el cuchillo y se movió al centro de la cocina. Ya era suficiente.

—Disculpen —dijo, esperando a que todos los ojos cayeran reluctantemente sobre ella—. No estaré aquí por mucho tiempo; solo estoy trabajando en las cocinas para ganarme el sustento. No soy su señora, no realmente. Por favor, hablen libremente entre ustedes. Lo insisto. Ailde, me alegro de que tu hija se sienta mejor. Le pediré al señor si puede enviar comida extra a tu casa. Ros, espero que puedas asistir al festival de primavera. Laise, espero que tus cosechas mejoren cuando cambien las estaciones. Si no lo hacen, estoy segura de que Eadan estaría encantado de ayudar.

Había recogido estos detalles escuchando sus conversaciones y esperaba que no se ofendieran. Por un momento, un silencio atónito llenó las cocinas, con muchos de los sirvientes mirándola con los ojos muy abiertos. Pero para su alivio, vio que muchos de ellos se relajaban. Un par incluso le dirigieron sonrisas vacilantes.

Satisfecha, regresó a su mesa de cortar, donde Sorcha permanecía, con los ojos muy abiertos.

—Como decía —continuó Fiona—, si yo fuera tú, le diría a Taran cómo me siento.

La mirada asombrada de Sorcha se desvaneció y se sonrojó.

—¿Qué... qué hicisteis vos? —preguntó Sorcha.

—¿Sobre qué?

—El muchacho que os gustaba.

Una ola de alivio invadió a Fiona y sonrió. Sorcha se estaba abriendo a ella.

—Nunca se lo dije —dijo Fiona. Sin querer, sus pensamientos se dirigieron a Eadan, y su corazón se encogió—. Él... él se casó con otra. Me quedé con el corazón roto. Por eso te insto: dile cómo te sientes. Antes de que sea demasiado tarde.

De nuevo, otra imagen de Eadan apareció en su mente. La forma en que sus ojos se iluminaban cuando reía. La mirada de asombro en su rostro cuando ella le contaba sobre el siglo XXI.

¿Sentía más por Eadan que solo deseo? ¿Lo quería más que solo como amigo? Ante ese pensamiento, Fiona dejó caer el cuchillo y respiró temblorosa. Sorcha se apresuró a recogerlo y se lo entregó.

—Hay una forma más rápida de cortar —dijo Sorcha, dándole una sonrisa servicial—. Aquí, dejadme ayudaros.

Después de ese día, los sirvientes se relajaron más a su alrededor. A lo largo de la siguiente semana, sus discusiones fueron menos cautelosas. Todavía eran muy conscientes de su presencia, y nunca discutían sobre Eadan ni los otros nobles cerca de ella, pero al menos ya no la trataban como si fuera una reina malvada.

Sorcha fue la que más se abrió con ella. Se enteró de que era hija única de una madre anciana y que estaba en conflicto con sus sentimientos por Taran, ya que sería mejor para ella casarse con un hombre con mejores perspectivas. Fiona escuchaba con atención, cuidando de no imponer sus

opiniones modernas, recordándose a sí misma que estaba en otra época. Pronto, muy pronto, esperaba preguntarle a Sorcha si había notado algún comportamiento extraño entre los otros sirvientes. Pero tendría que esperar el momento oportuno.

Eadan continuaba visitando su cámara cada noche, y ella esperaba con ansias el tiempo que pasaban juntos; él le contaba sobre sus deberes como laird, su lenta investigación sobre Dughall y su mayordomo desaparecido, y ella le hablaba sobre su tiempo en las cocinas. Él ya casi no le preguntaba sobre su propia época, y ella se alegraba. Hablar de su propio tiempo era como resaltar el reloj que marcaba el tiempo que les quedaba juntos, contando los días hasta que se separarían. Intentaba no concentrarse demasiado en sus crecientes sentimientos por Eadan, sentimientos que sabía que iban mucho más allá del deseo. Era demasiado doloroso pensar en ello, así que apartaba todos los pensamientos sobre sus sentimientos cada vez más profundos.

Pero después de que pasara otra semana, la presión se había intensificado. Pronto se cumpliría el plazo y Eadan tendría que enviar a Fiona lejos y reanudar su compromiso con Magaidh, o arriesgarse a una guerra entre los clanes. Pero Eadan no había conseguido las pruebas necesarias para convencer a los nobles de su clan de que Dughall estaba detrás de la desaparición de Naoghas.

—Creo que debería ir a hablar con Magaidh —dijo Fiona, cuando regresaron a su cámara después de la cena una noche.

—¿Qué? ¿Estás loca? —exigió Eadan, mirándola con incredulidad.

—Ella me odia —dijo Fiona, pensando en voz alta—. Apenas pudo contenerse la última vez que hablamos. Creo que se le escapará algo. Algo que puedas usar contra Dughall.

—No irás a la mansión de Dughall —espetó Eadan, sin parecer convencido por su argumento —. Es peligroso y te lo prohíbo.

—¿Me lo prohíbes? —replicó ella, sintiendo cómo la ira ardiente la invadía.

—No me importa cómo sean las cosas en tu época, pero aquí mi palabra es ley. No permitiré que te enfrentes a Magaidh. Yo... temo por ti, Fiona —dijo él, con la voz temblorosa, y la ira de ella se desvaneció cuando vio la preocupación en sus ojos—. Ya estás haciendo más que suficiente al congraciarte con los sirvientes. Yo me encargaré de Dughall y de Magaidh.



PERO RESULTÓ que no tuvo que ir a ver a Magaidh. Magaidh vino a verla a ella.

Una nerviosa Una vino a buscarla a las cocinas al día siguiente, diciéndole que tenía una visita.

—¿Quién? —preguntó Fiona con sorpresa, quitándose el delantal mientras seguía a Una fuera de las cocinas.

—Magaidh.

Fiona vaciló, su corazón latiendo salvajemente en su pecho. Eadan estaba fuera del castillo con Ronan; de lo contrario, habría ido primero a él.

Respiró hondo, obligándose a estar tranquila. Podía manejar a Magaidh por sí misma.

Magaidh la esperaba en una gran sala de estar al lado del gran salón. Su boca se tensó con disgusto al ver a Fiona, junto con una mirada de sorpresa por su sencillo vestido de campesina.

—Hola, Fiona —dijo Magaidh. Hablaba con tensión, como si cada palabra fuera forzada—. He venido a disculparme.

Fiona parpadeó, asombrada. Magaidh no parecía en absoluto conciliadora; la hostilidad irradiaba de ella en oleadas.

—¿Disculparte? —repitió Fiona.

—Te amenacé. Sé que te vas pronto y que no tienes intención de desafiarme por Eadan. Deseo ofrecerte mi amabilidad antes de que te vayas —dijo Magaidh con rigidez.

Fiona la estudió. La mujer mentía descaradamente. ¿Para qué había venido realmente?

—Acepto tus disculpas —dijo Fiona, tratando de forzar calidez en su tono—. Yo... espero que ustedes dos encuentren la felicidad.

¿Y si Eadan no encontraba las pruebas que necesitaba y terminaba casándose con Magaidh después de todo? Sabía que él deseaba la paz para el Clan Macleay más que nada. La idea de que Magaidh se casara con Eadan la llenaba tanto de celos como de repulsión.

Fiona tragó saliva, bajando la mirada. Cuando volvió a mirar, los ojos de Magaidh se habían estrechado, sus puños se apretaban a los costados.

—Lo sabía —respiró Magaidh—. Lo amas.

—¿Qu-qué? —jadeó Fiona.

—Te enferma, ¿no es así? La idea de nosotros juntos. Puedo verlo en tus ojos. No tengo duda de que se ha acostado contigo; Eadan tiene necesidades como cualquier otro hombre. No es que yo no tenga mis propios amantes.

Un escalofrío recorrió a Fiona mientras Magaidh la miraba con furia, no solo por su propia admisión de tener amantes, sino por el puro odio que emanaba de la mujer.

—¿Por qué has venido aquí? —preguntó Fiona, tratando de mantener firme su voz.

Magaidh dejó escapar un suspiro brusco, pareciendo aún más furiosa porque ella no había negado acostarse con Eadan. Pero, ¿qué sentido tenía negarlo? Magaidh no le creería y Fiona era terrible ocultando sus sentimientos por Eadan.

—Para ver si te acuestas con mi prometido.

—No estáis prometidos —dijo Fiona entre dientes apretados—. Se ha suspendido desde mi llegada.

Aunque no estaba legalmente casada con Eadan, se dio cuenta en ese momento de lo *real* que se sentía su falso matrimonio. Cuán natural. Ya no se sentía como una farsa, y una oleada de posesividad la invadió. Ya no iba a fingir amabilidad con esta mujer.

—Eadan es *mi* marido —continuó con fiereza.

—Amé a Eadan una vez —dijo Magaidh, sus ojos verdes brillando de furia—. Hasta que me di cuenta de que no le importaba. Solo debes saber que no eres la única mujer con la que Eadan se ha acostado. Habrá muchas más, si no las hay ya. No te engañes pensando que eres especial para él. Yo cometí ese error una vez.

Magaidh salió furiosa, dejando a Fiona sola, con la incertidumbre unida al dolor de corazón asentándose sobre ella como un gran peso.

CAPÍTULO 20



Cuando Eadan regresó al castillo, la frustración corría por sus venas. Él y Ronan habían interrogado a un hombre en el pueblo que creían tenía información sobre Naoghas. Resultó ser un borracho que solo buscaba una recompensa fácil.

Eadan apretó los dientes, pasándose la mano por el pelo. El plazo de Dughall se acercaba rápidamente; necesitaba pruebas para presentar a los nobles, y pronto.

Se dirigió a la habitación de Fiona. Solo estar en su presencia lo calmaría.

Pero cuando la encontró en su cámara, sentada en la mesa y pintando, supo de inmediato que algo andaba mal. Sus hombros estaban tensos, su boca comprimida en una línea apretada, y no levantó la vista cuando él entró.

—¿Fiona? —preguntó, alarmado—. ¿Qué sucede?

Cuando ella levantó la mirada, el tumulto acechaba en sus ojos. Dejó el pergamino y se puso de pie.

—Magaidh me hizo una visita —dijo con voz temblorosa—. Ella... ella adivinó que hemos hecho el amor. Y mencionó que tiene sus propios amantes.

Eadan cerró los ojos y maldijo. No sabía cómo Magaidh lo había descubierto, a menos que Dughall tuviera otro espía trabajando en el castillo.

—¿Fiona? —preguntó, cuando abrió los ojos de nuevo. Fiona aún parecía conmocionada—. ¿Dijo algo más?

Fiona dudó, mordiéndose el labio. Pero negó con la cabeza.

—Bueno, solo puedo suponer que no le ha dicho a su padre. De lo contrario, Dughall ya estaría aquí —murmuró—. Y el hecho de que te dijera que tiene otros amantes...

—¿Te importa? —preguntó Fiona, estudiándolo de cerca—. ¿Que tenga otros amantes?

—No —respondió Eadan, frunciendo el ceño. ¿Era eso lo que la tenía molesta? ¿Pensaba que le importaba Magaidh?—. Es un alivio. Siempre he sabido que no le importo ni este arreglo. Esto solo lo prueba.

—Me dijo que una vez le importaste. Que... que solía amarte —dijo Fiona, con celos evidentes en sus ojos.

Eadan se acercó, acunando su rostro.

—Incluso si eso fuera cierto, lo cual dudo, ya no es así, te lo aseguro. Y yo no tengo sentimientos por ella. Esa muchacha me hiela la sangre. Solo hay una muchacha que tiene mi atención —dijo, bajando la voz a un susurro ronco.

Fiona palideció, apartándose de él.

—Fiona... —comenzó, sorprendido.

—Yo... voy a volver a las cocinas —dijo ella, sin mirarlo todavía—. Estaba avanzando con

una de las criadas de la cocina. Podría saber algo.

Se fue antes de que él pudiera detenerla. Eadan frunció el ceño, viéndola marchar. Fiona le estaba ocultando algo, y estaba decidido a averiguar qué era.

~

A LA MAÑANA siguiente se reunió con Ronan en su estudio, contándole sobre la visita de Magaidh.

—Dijo algo que molestó a Fiona, algo que Fiona no quiere compartir conmigo —gruñó Eadan—. Le dirá a su padre que me he acostado con Fiona.

—Si eso fuera cierto, sabes que Dughall ya estaría aquí, furioso. Creo que fue algo más mezquino. Creo que Magaidh está celosa de tu muchacha y quería inquietarla.

—Pues lo logró —dijo Eadan. Por primera vez en semanas, no había pasado la noche con Fiona, sospechando que su frialdad hacia él no se había derretido—. No reanudaré mi compromiso con Magaidh, incluso si no encontramos pruebas contra su padre. Es una farsa.

—Eso no es prudente —dijo Ronan, negando con la cabeza—. Es importante que no dejemos ver que creemos que algo anda mal. Necesitamos hacer esto de manera oficial; es la mejor forma de evitar un derramamiento de sangre innecesario. Nuestra investigación puede ser lenta, pero avanzará. Atraparemos a Dughall si no actuamos precipitadamente. —Ronan hizo una pausa, negando con la cabeza, mirando a Eadan con repentina diversión—. No puedo creer que te esté diciendo a ti, el hombre más racional y cumplidor del deber que conozco, que no actúes precipitadamente. Creo que tu muchacha te está afectando más de lo que te das cuenta.

Eadan lo miró con dureza, aunque su primo lo había juzgado correctamente.

—Tráeme a Maon —dijo Eadan, desviando la mirada. No quería que la conversación se centrara en sus crecientes sentimientos por Fiona—. Quiero ver si ha averiguado algo.

—Hice lo que me pediste y le dije a Dughall lo que me dijiste que dijera —dijo Maon, momentos después, después de que Ronan lo trajera a su estudio—. Pero Dughall quiere que siga vigilando a tu esposa.

—Bien —dijo Eadan secamente—, pero necesito que averigües más de Dughall, cualquier prueba que puedas obtener de sus maquinaciones. Tan pronto como la tenga, te enviaré a ti y a tu familia a un lugar seguro.

Una mirada de alivio y esperanza llenó los ojos de Maon, y se dio la vuelta para irse.

—Es solo un mozo de cuadra —dijo Ronan, una vez que estuvieron solos—. No un espía experto. No puedes esperar que él...

—Se nos acaba el tiempo —interrumpió Eadan—. Menos de dos semanas hasta el plazo de Dughall. Necesitamos hacer lo que sea necesario para obtener pruebas.

Eadan intentó concentrarse en su trabajo una vez que Ronan se fue, pero sus pensamientos estaban consumidos por Dughall, las intrigas de Magaidh y, como siempre, Fiona. Temía que la distancia que ella había mostrado el día anterior continuara, y no podía soportarlo. Necesitaba su calidez. La necesitaba a ella. Quería estar cerca de ella durante el tiempo que les quedara juntos.

Eadan se quedó inmóvil al notar algo por la ventana. Se levantó y se acercó a ella.

Afuera, Fiona y su padre paseaban por los terrenos del patio interior. Al principio, la ira recorrió su cuerpo ante la visión. Le había dicho que no deambulara sola por los terrenos del castillo; su padre no era una protección adecuada. Pero se relajó cuando vio a uno de sus hombres, Osgar, siguiéndolos a una distancia prudente.

Salió de su estudio para dirigirse al patio. Al acercarse, notó que Fiona y su padre parecían

sumidos en una profunda conversación; Bran parecía más relajado de lo que Eadan lo había visto en meses. Aunque Magaidh nunca había sido grosera con Bran, lo trataba con una cortesía fría y distante.

De repente, Fiona se rio de algo que Bran dijo, y Eadan no pudo evitar sonreír. Una calidez genuina emanaba de ella hacia su padre.

Fiona pareció sentir sus ojos sobre ella y se detuvo, girándose para mirarlo. Sonrió, pero él vio un leve recelo en sus ojos.

—Vi a tu padre salir a caminar. Me pidió que lo acompañara —dijo ella, tensando su cuerpo, como si esperara que él la reprendiera.

—Aye, ya veo. ¿Puedo caminar con vosotros? —preguntó Eadan, volviéndose para mirar a su padre.

—Puedes —dijo Bran, con los ojos brillando de diversión—. Pero solo si puedes tolerar las historias que le estoy contando a Fiona sobre cómo te comportabas de muchacho.

Eadan dejó escapar un gemido exagerado mientras continuaban caminando, y Fiona se volvió para mirarlo con diversión.

—Tu padre me dice que no has cambiado mucho desde que eras niño. Ronan siempre fue el juguetón, tú el serio.

Eadan frunció el ceño. Siempre había sabido que era el siguiente en la línea para ser el jefe del Clan Macleay y laird del Castillo Macleay. Eso había puesto un enorme peso sobre sus hombros, ¿cómo más se suponía que debía comportarse?

—Deberías pasar tiempo pintando con Fiona antes de que tenga que irse. Le dije que nunca he visto a una muchacha que pinte.

La sorpresa llenó a Eadan. No podía imaginarse pintando, rara vez tenía tiempo para el ocio. Pero Bran tenía una mirada esperanzada en sus ojos, y Eadan no rechazaría la oportunidad de pasar más tiempo con Fiona.

—Aye. Lo intentaré —dijo, encontrándose con los ojos de Fiona con una sonrisa, pero ella desvió la mirada. El estómago de Eadan se tensó; iba a descubrir la verdadera razón de su distancia.

Mientras continuaban caminando por el patio, con la voz de su padre baja mientras seguía entreteniendo a Fiona con historias de su infancia, se encontró deseando que las circunstancias fueran diferentes. Que Fiona fuera realmente su esposa, que no hubiera un clan rival con el que lidiar, que pudiera dejar de lado el deber.

Pronto, pudo notar que Bran había comenzado a cansarse. Él y Fiona ayudaron a su padre a volver a su habitación. Se quedó atrás, observando con inquietud cómo las criadas de Bran lo ayudaban a meterse en la cama; el breve paseo lo había agotado más de lo que debería.

No le había contado a Bran sobre su investigación sobre Dughall, ni sobre la desaparición y probable asesinato de Naoghas; temía que debilitara la ya frágil salud de su padre. Mientras estudiaba a su padre ahora, decidió que haría venir a otro sanador para que lo examinara.

Fiona se dio la vuelta y comenzó a irse, devolviéndolo al presente, pero él extendió la mano para agarrarla del brazo, caminando con ella hacia su habitación.

—Eadan... —espetó Fiona, retorciéndose en su agarre, pero él no la soltó hasta que estuvieron dentro de su habitación.

—Quiero saber qué te pasa, muchacha. Has estado actuando de forma extraña desde la visita de Magaidh. ¿Qué te dijo?

—Te dije lo que me dijo —dijo Fiona, bajando la mirada.

—Fiona —dijo él suavemente, dando un paso adelante—. Puedo leerte bien. ¿Qué más te

dijo?

Fiona pareció deshincharse, cerrando los ojos. Cuando los abrió de nuevo, el dolor llenaba sus profundidades marrones.

—Magaidh me dijo que podrías tener otras amantes. Yo... sé que no es asunto mío, no soy tu verdadera esposa. Pero creo que es justo que sepa si las tienes.

Eadan la miró con incredulidad. ¿Cómo podía pensar que tenía otras amantes cuando tenía acceso a su hermoso cuerpo cada noche? La idea de acostarse con alguien más lo llenaba de repulsión. Se había acostado con mujeres en el pasado, pero nunca había tenido más de una amante a la vez. Ronan a menudo lo había animado a encontrar más muchachas para acostarse.

Pero pronto el alivio reemplazó su incredulidad. Fiona estaba celosa. No era porque se estuviera alejando de él como había temido. Era porque se sentía posesiva con él.

Sin decir una palabra, dio un paso adelante, levantándola en sus brazos.

—¡Eadan! —jadeó ella, pero él pudo ver el deseo encenderse en sus ojos.

—No he mirado a otra muchacha desde que llegaste a mi castillo, con ese vestido pecaminoso —dijo, caminando con ella hacia su cama—. Has consumido cada parte de mí, sirena. La idea de otra muchacha en mi cama me llena de ira. La idea de ti con otro hombre —continuó, con celos fluyendo a través de él mientras la bajaba a la cama—, me llena de rabia. Mientras estés aquí, eres mía, Fiona. Toda mía. Y yo soy tuyo.

Reclamó su boca con la suya mientras bajaba su cuerpo sobre el de ella. Fiona se aferró a él, envolviendo sus brazos alrededor de su cuerpo. Él levantó la cabeza, mirando fijamente sus ojos marrones como el cedro.

—Solo te veo a ti, mi sirena. Mi Fiona.

Los ojos de Fiona se llenaron de emoción. Él levantó su vestido y se liberó de sus calzones, hundiendo su dura longitud en ella, reclamando de nuevo su boca con la suya. Ella gimió de deseo cuando él comenzó a moverse dentro de ella.

Le hizo el amor a fondo, explorando cada centímetro de sus encantadoras curvas con sus manos y boca hasta que ella gritó su nombre.

Después, mientras yacían entrelazados y sin aliento, se preguntó cómo podría vivir alguna vez sin su sirena, su Fiona, que había consumido no solo su cuerpo, sino también su corazón.

CAPÍTULO 21



Has consumido cada parte de mí.

Las palabras de Eadan resonaban en su mente, y Fiona se sentía como si flotara en el aire a la mañana siguiente. Le costó todo su esfuerzo no tararear mientras se acomodaba para trabajar en su mostrador en las cocinas.

Una había notado su buen humor cuando le había llevado la ropa lavada a la habitación de Fiona, pero Fiona había evadido su mirada inquisitiva, diciéndole que solo estaba ansiosa por llegar al convento. Una solo pareció divertida, y Fiona se preguntó si sabía la verdadera fuente de su alegría. Ella y Eadan trataban de ser discretos, pero no dudaba que sus sirvientes de confianza supieran sobre sus encuentros amorosos, y lo aprobaban.

Fiona sabía que debería estar más preocupada por el conocimiento de Magaidh sobre la verdadera naturaleza de su relación con Eadan, pero él le había dicho que se encargaría de ello. Además, estaba demasiado consumida por la alegría de sus palabras de la noche anterior como para preocuparse por Magaidh.

No le des demasiadas vueltas a lo que dijo, le advirtió una voz fantasma en su mente, y su alegría se atenuó. No debería asumir que sus sentimientos por ella iban más allá del deseo. Los de ella ciertamente lo hacían; la fuerza de sus celos ante la posibilidad de que Eadan tuviera otras amantes lo demostraba.

Un agradable tarareo sacó a Fiona de sus pensamientos, y levantó la vista de las zanahorias que estaba cortando. El tarareo provenía de Sorcha, quien sonreía mientras echaba trozos de carne en una olla humeante.

Sorcha levantó la mirada, se encontró con los ojos de Fiona, y su sonrisa se ensanchó.

—Seguí tu consejo y le dije a Taran lo que sentía —dijo Sorcha en voz baja, acercándose a ella—. Vamos a ir juntos al festival de primavera.

—Me alegro por ti —dijo Fiona, radiante—. Tendrás que contarme cómo va.

Si es que aún estoy aquí, añadió en silencio, con el corazón encogido. Intentó no pensar demasiado en el temor que la invadía ante la idea de irse.

Fiona salió de las cocinas alrededor del mediodía y, mientras caminaba por el pasillo, se quedó paralizada al pasar por la despensa. Dentro, escuchó varias voces susurrando, incluida la de Sorcha. No podía distinguir lo que decían, pero estaba claro que no querían que nadie los oyera.

Fiona siguió caminando, escondiéndose tras la esquina de la despensa, fuera de la vista. Después de varios momentos, escuchó que la puerta de la despensa se abría.

Fiona salió rápidamente de detrás de la esquina, viendo a Sorcha salir de la despensa, con aspecto conmocionado.

—Sorcha —dijo Fiona, esperando que su voz sonara tranquila—. ¿Puedes ayudarme con algo?

Sorcha parpadeó, dirigiendo a Fiona una mirada sobresaltada antes de forzar una sonrisa.

—Aye —dijo, girándose para seguir a Fiona.

Fiona guió a Sorcha por el pasillo hasta el sótano, descendiendo las escaleras. Fiona miró alrededor del espacio vacío, asegurándose de que estuvieran solas, antes de enfrentarse a Sorcha.

—Te oí en la despensa —dijo Fiona, tratando de mantener su voz firme. Esto era arriesgado, pero valía la pena intentarlo—. Lo escuché todo.

Los ojos de Sorcha se agrandaron, y se llevó la mano a la boca, sus ojos llenándose de lágrimas.

—Po-por favor, señora —dijo Sorcha, y Fiona trató de no estremecerse. Había perdido la cuenta de cuántas veces le había pedido que la llamara por su nombre—. No sabía que lo estaban haciendo, y no tuve parte en ello, lo juro. Me enteré hace solo unas noches.

El corazón de Fiona latía con fuerza, y tragó saliva. ¿Cómo podría obtener más información de Sorcha sin revelar su ignorancia? Decidió que si permanecía en silencio, tal vez Sorcha revelaría más por sí misma.

Estaba en lo cierto. Sorcha comenzó a hablar, sus palabras saliendo en una apresurada confusión.

—Todos amamos al padre del laird... Solo puedo imaginar que Dughall les pagó una buena suma para hacerlo —dijo Sorcha—. Se supone que el veneno debe actuar lentamente, pero el padre del laird está enfermando más de lo que debería, y Dughall está furioso. Quiere que su muerte parezca natural.

Fiona se aferró a la pared para mantenerse firme, su corazón acelerándose. Por supuesto. Dughall debía haber sobornado a los sirvientes para envenenar al padre de Eadan. Eadan le había expresado su preocupación por la salud inexplicablemente deteriorada de su padre.

—¿Quié-quiénes son los dos sirvientes? —preguntó Fiona.

—Por favor, señora —dijo Sorcha, negando con la cabeza, aterrorizada—. Si Dughall se entera...

—¡La vida de Bran está en juego! —gritó Fiona, el miedo enroscándose en su interior ante la idea de la muerte lenta y dolorosa del amable anciano—. Te mantendré a salvo, tienes mi palabra. Pero necesito saber sus nombres.

Sorcha hizo una pausa, con los ojos abiertos de miedo.

—Sorcha —dijo Fiona—. Puedes salvar su vida. Por favor.

—Brice y Parlan —susurró Sorcha, sus lágrimas cayendo libremente ahora.

Fiona reconoció los dos nombres. Brice y Parlan realizaban tareas menores en las cocinas: acarreaban sacos de especias y trozos de carne, ayudaban al cocinero y al resto del personal de cocina a preparar los guisos y las comidas más grandes para el gran salón. Nunca hablaban ni miraban a Fiona; parecían evitar incluso estar cerca de ella. Tal vez era por esto.

—Solo lo sé porque los vi poniendo algo en la comida cuando pensaban que las cocinas estaban vacías —continuó Sorcha—. Dijeron que Dughall... y Magaidh... amenazaron a sus familias si no lo hacían. Dughall ya hizo matar al mayordomo Naoghas, me dijeron. Si... si Dughall se entera de que te lo dije...

La simpatía se filtró a través del aturdimiento horrorizado de Fiona mientras Sorcha se interrumpía, llorando. En esta época, los sirvientes no tenían muchas opciones. La vida era dura, brutal y corta. Esto no era culpa de Sorcha, ni de Brice y Parlan. Todo esto era culpa de Dughall y Magaidh. El odio la invadió al pensar en ellos, y sus puños se cerraron a sus costados. Se

alegró de haber decidido quedarse. Quería ayudar a Eadan a derrotarlos.

—Sorcha —dijo con suavidad—. No estoy enojada contigo. Pero tenemos que decírselo al laird.

—No —sollozó Sorcha—. No puedo perder mi puesto... mi madre morirá sin mi salario.

—El laird es bondadoso; no te culpará.

—Por favor, Fiona —suplicó Sorcha—. ¿Puedes... puedes conseguir la palabra del laird de que mostrará clemencia? Entonces le diré lo que sé.

Fiona dudó. Sabía que Eadan mostraría clemencia a Sorcha, pero la joven parecía aterrorizada.

—Conseguiré su palabra —dijo finalmente Fiona—. Y luego te buscaré. Tú le cuentas lo que me has dicho a mí.

—Sí —dijo Sorcha, aunque el miedo aún acechaba en sus ojos.

—Sigue trabajando en las cocinas, que nada parezca fuera de lo normal. ¿Cómo vas a regresar a casa?

—Taran me llevará en su caballo —dijo Sorcha, secándose los ojos.

—Bien. Ten cuidado y mantente alerta. Te mandaré llamar cuando tenga la palabra de Eadan.

Sorcha asintió y se dio la vuelta para marcharse. Pero dudó, dirigiendo una mirada preocupada al rostro de Fiona.

—Debería tener cuidado, mi señora. Magaidh la odia. Amaba al laird una vez, y está celosa de usted. Yo... creo que quiere que usted muera.



EL MIEDO y la ansiedad la invadieron mientras se apresuraba hacia el estudio de Eadan, pero un sirviente apenado le dijo que había salido del castillo con Ronan. Se dio la vuelta y se dirigió inmediatamente a la habitación de Bran. No había tiempo que perder.

—Está durmiendo, mi señora —dijo una sorprendida doncella al entrar en la habitación de Bran.

—Solo me sentaré a su lado —dijo Fiona con una sonrisa forzada. Tendría que interceptar manualmente la próxima comida que le trajera su doncella.

Miró la forma dormida de Bran. Estaba pálido, su respiración entrecortada. De nuevo, la furia la invadió al pensar en Dughall envenenándolo. Pero una oleada de miedo reemplazó su ira: si estaban envenenando a Bran, ¿qué planeaban hacerle a Eadan?

No sabía cuánto tiempo había estado sentada allí cuando la puerta se abrió de golpe y entró Eadan. Ella se puso de pie de un salto, tomándole la mano y llevándolo lejos de la cama, donde le contó lo que había averiguado de Sorcha, incluyendo la confirmación de que Dughall había hecho matar a Naoghas.

Eadan palideció, un destello de dolor cruzó su rostro, antes de ser reemplazado por ira.

—Vamos a ver a Una —dijo con voz tensa—. Ella ama a Bran, y confío en ella.

Fiona asintió, y juntos fueron a ver a Una. La encontraron en una de las habitaciones vacías dirigiendo a varias doncellas. Se enderezó al ver a Eadan y Fiona, haciendo salir a las doncellas de la habitación.

—Necesito que interceptes cualquier comida enviada a las habitaciones de mi padre, sin que lo vean los otros sirvientes —dijo Eadan.

—¿Puedo preguntar por qué, mi señor? —preguntó Una, con los ojos abiertos por la conmoción.

—Es mejor que no lo sepas —dijo él, con la boca en una línea sombría.

Una miró a Fiona, temblando.

—Sí —dijo—. Tiene mi palabra.

—No hables de esto con nadie —dijo Eadan—. Y Una... ten cuidado.

—Sí —repitió Una, aunque se había puesto más pálida—. Lo tendré.

Tan pronto como salieron de la habitación, Eadan caminó tan rápido por el pasillo que Fiona casi tuvo que correr para alcanzarlo. Podía ver la furia contenida en los puños apretados de Eadan, su respiración agitada y sus hombros tensos.

—Ahora vamos a buscar a Sorcha y a esos otros dos sirvientes —dijo Eadan, dando una breve mirada a Fiona—. Los llevaré ante los nobles del clan, y les dirán lo que Dughall les hizo hacer. Necesito que me digan dónde está el cuerpo de Naoghas, ya que merece un entierro apropiado. —Se detuvo a medio paso, el dolor llenando de nuevo su expresión. Fiona extendió la mano para tomar la suya.

—Lo siento, Eadan —susurró.

—Naoghas no merecía tal final —dijo él, con la voz temblorosa—. Pero no hay tiempo para el duelo. Necesito decírselo a los nobles. Han visto lo enfermo que ha estado mi padre, su rápido declive. Debería ser prueba suficiente.

—Espera —dijo Fiona, extendiendo la mano para agarrar su brazo, deteniendo su avance por el pasillo—. ¿Les mostrarás clemencia? Le di mi palabra a Sorcha.

La boca de Eadan se tensó, pero asintió. —Sí. Dughall ya ha ido tras varios de mis sirvientes. Él es el culpable.

Cuando llegaron a las cocinas, todos los sirvientes guardaron silencio al ver a Eadan. Fiona miró alrededor, el pánico fluyendo a través de ella cuando no vio a Sorcha, ni a Brice y Parlan.

—¿Dónde está Sorcha? —exigió Eadan—. ¿Brice? ¿Parlan?

—No hemos visto a Sorcha desde el mediodía, mi señor —dijo Isla—. Brice y Parlan se fueron a traer los sacos de cebada, pero aún no han regresado.

—Díganme dónde están sus casas —dijo Eadan, con tono tenso—. Enviaré hombres a buscarlos. Necesito hablar con cada uno de ellos, es urgente.

La inquietud se convirtió en pavor en el estómago de Fiona. Se encontró con la mirada preocupada de Eadan. Que los tres sirvientes no regresaran a las cocinas no era una coincidencia.

CAPÍTULO 22



Fue más tarde esa noche, justo antes de la cena, cuando Ronan vino a ellos con las noticias.

Brice y Parlan habían desaparecido; no habían regresado a sus hogares. Habían encontrado a Sorcha, golpeada e inconsciente en el bosque cerca de la aldea. Estaba viva pero gravemente herida e incapaz de hablar, recuperándose actualmente en la cabaña de su madre.

Fiona se llevó la mano a la boca con una mirada horrorizada, y Eadan dejó a un lado su propia furia y dolor para rodearla con sus brazos, dando a Ronan un silencioso asentimiento para que los dejara.

Fiona hundió el rostro en el hueco de su cuello y lloró.

—Descubriremos quién hizo esto, y serán castigados —susurró Eadan, acariciándole el cabello.

—Es mi culpa —dijo Fiona, apartándose y mirándolo con ojos llenos de lágrimas—. Yo soy quien hizo que Sorcha me contara lo que estaba pasando. Si nunca hubiera venido a esta época, esto no habría sucedido.

—No sabés eso —dijo él con suavidad—. Los dos sabemos quién tiene la culpa aquí. Dughall.

Fiona no pareció consolada por esto, la culpa impregnaba su expresión. Él levantó la mano para acunar su rostro. No había nada que quisiera hacer más que consolarla, sostenerla en sus brazos y mantenerla cerca, pero necesitaba poner la seguridad de ella —su vida— por encima de sus propias necesidades.

—Voy a encargarme de esto. Ahora que sé que ha atacado —y matado a mis sirvientes— —se interrumpió, su voz temblando con dolor e ira puros—. No hay forma de saber qué más hará Dughall. Necesito enviarte de vuelta a tu propia época.

—No —dijo Fiona, sacudiendo la cabeza—. Todavía puedo ayudar. Dughall y Magaidh...

—Han demostrado que recurrirán a la violencia. Por favor, Fiona. Es peligroso para vos aquí.

—Eadan Macleay —dijo Fiona en un tono firme, dando un paso atrás y enderezando los hombros—, si estaba decidida a ayudarte antes, ahora lo estoy aún más. Sorcha —su voz se volvió ronca por el dolor, pero continuó— Sorcha no merecía ser golpeada. Estaba asustada y solo intentaba hacer lo correcto. No te dejaré que me envíes lejos hasta que hayas llevado a Dughall ante la justicia. Y para eso, todavía necesitamos pruebas.

Una oleada de emoción llenó a Eadan ante la ferocidad en sus ojos y su corazón se hinchó. Esta mujer apasionada y feroz tenía su corazón. Sabía que debería insistir en que se fuera, pero su expresión no admitía discusión.

—Entonces te quedarás en tu habitación... por ahora —dijo, ante el destello de renovado

desafío en sus ojos—. Y te voy a dar una daga para que uses; escóndela en tu corpiño. También voy a poner hombres en tu puerta.

—Pero quiero ayudar.

—Por ahora, la mejor forma de ayudar es mantenerte fuera de peligro. Voy a reunir a mis hombres de confianza y contarles lo que sabemos, luego convocaré una reunión de los nobles. Tengo al menos un sirviente que puedo usar como prueba contra Dughall —dijo, pensando en Maon. Había dudado en usar a Maon como evidencia contra Dughall, temeroso de que sus hombres no confiaran en su palabra cuando Maon revelara que había espiado para Dughall. Pero ahora no tenía elección—. No puedo arriesgarme a que Dughall dañe a más de mis sirvientes... o a cualquier otra persona. Esto termina ahora.

—Espera... —dijo Fiona, cuando él se dirigía hacia la puerta—. Tal vez haya algo más que puedas intentar.

Eadan la miró con recelo.

—¿Qué?

~

Esto es una locura, pensó Eadan, apretando los dientes mientras se inclinaba sobre su caballo, golpeando los costados de sus flancos.

Iba de camino a ver a Magaidh. Había sido idea de Fiona; ella había insistido en que Magaidh realmente tenía sentimientos por él —o al menos los había tenido una vez— y tal vez podría usar sus antiguos sentimientos para apelar a su humanidad, para que confesara lo que ella y su padre habían hecho. Como mínimo, podría deslizarse y proporcionarle información que pudiera usar.

Eadan no creía que esto funcionaría; Magaidh ya había demostrado cuán cruel era. Pero si existía la más mínima posibilidad de evitar una guerra total entre sus clanes y simplemente llevar a Dughall ante la justicia, valía la pena intentarlo.

Así que había dejado a Fiona con dos de sus hombres de confianza en su puerta. Había traído a Ronan con él, quien también pensaba que esta era una idea loca. Eadan miró a su primo, que cabalgaba a su lado, con la boca en una línea sombría. Ronan le dio una mirada cautelosa que decía: *Más vale que esto funcione.*

Sus espías le habían informado que Dughall estaba fuera de su mansión, así que sabía que era seguro para una breve visita. Mientras Eadan desmontaba de su caballo, tuvo que reprimir el impulso de incendiar la mansión de Dughall. Este era el hombre que había envenenado a su padre, herido y matado a sus sirvientes. Sería difícil mantener una fachada educada con su hija, una participante voluntaria en sus planes.

La sirvienta que abrió la puerta pareció sobresaltada y palideció al verlo, pero los condujo a él y a Ronan a la sala donde Magaidh estaba sentada sola, trabajando en su bordado. Se volvió para despedir a Ronan con un gesto antes de entrar.

—Eadan —dijo ella, dejando caer su bordado sorprendida y poniéndose de pie de un salto. Forzó una sonrisa, aunque era tensa y no llegaba a sus ojos—. No te esperaba.

Eadan respiró hondo, tratando de componer su expresión en una de neutralidad, aunque otra oleada de furia se había apoderado de él. Era la imagen de la inocencia con su bordado, una serpiente disfrazada. Había ayudado a Dughall a organizar el envenenamiento de su padre.

—Estoy aquí para disculparme —mintió, forzando las palabras a salir de sus labios—. Yo... sé que he estado distante y... y no he sido cálido contigo desde que se arregló nuestro

compromiso.

Algo brilló en los ojos de Magaidh, un breve momento de emoción pura, antes de desaparecer.

—Has sido amable y me has tratado con justicia —dijo ella con rigidez—. No hay necesidad de disculparse, mi señor.

—Yo... sé que una vez te importé. Quizás cuando éramos más jóvenes, y nunca lo noté —dijo con cautela. Esta vez, la mirada de vulnerabilidad en los ojos de Magaidh fue inconfundible, y ella bajó la vista—. Sé que ya no te importo, y lo entiendo. Pero... pero si alguna vez te importé, puedes ayudarme ahora.

—¿Cómo? —preguntó Magaidh, con la voz tensa por la sospecha.

—Puedes ayudar a nuestros clanes a evitar un derramamiento de sangre. Solo necesito que seas honesta conmigo.

Los ojos de Magaidh se oscurecieron y se enderezó.

—Sí —dijo—. Una vez me importaste. Pero podía ver que tú no sentías nada por mí. Nunca me miraste de la manera en que miras a esa sassenach —escupió, con odio llenando sus ojos al mencionar a Fiona.

—Magaidh, mi atención solo ha estado en mi clan. Si te he causado daño...

—No me des tu falsa simpatía. Sé que te acuestas con la muchacha. No importa. Lo hecho, hecho está. Nos casaremos de todas formas. Tú tendrás a tu puta, y yo tendré a mis amantes. Pero —continuó, su expresión llenándose de una frialdad letal—, sabemos que ella está mintiendo sobre algo. Creo que es una espía, quizás para los ingleses, o de donde sea que realmente venga. Mi padre no dejará que tu puta se vaya hasta que la interroguemos más. Sus mentiras serán descubiertas y la colgarán. Pero padre es misericordioso. Le dará una muerte rápida a la manera francesa. Por la espada.

El pánico lo invadió ante sus palabras. *Debí haber enviado a Fiona lejos. Debí haber insistido.* Pero una furia fría y dura quemó sus venas, calmando su pánico. No dejaría que se acercaran a Fiona. Moriría primero.

Miró con furia a Magaidh, llenándose de repulsión ante su suposición de que aún se casarían. Dughall había declarado la guerra en el momento en que propuso este compromiso, en el momento en que envenenó a su padre y fue tras sus sirvientes. Ya no había necesidad de fingir.

Dio un paso adelante, y Magaidh se estremeció ante la mirada de feroz ira en sus ojos.

—No vuelvas a amenazar jamás a la mujer que amo —gruñó. Hubo un destello de dolor en los ojos de Magaidh ante su declaración, luego furia, mientras él continuaba—: Y sí, me acuesto con ella. Quiero que sea mi esposa por el resto de mi vida. ¿Quieres saber por qué nunca me importaste, Magaidh? Por tu crueldad. Estás llena de rencor y odio. Fiona no es más que bondad, y esa es una de las razones por las que tiene mi corazón. Lo que tú y tu padre están haciendo, termina hoy.

Se dio la vuelta y salió furioso de la habitación antes de que ella pudiera responder, la furia aún fluyendo por su cuerpo. Ronan estaba justo fuera del salón; había estado escuchando a escondidas. Le dio a Eadan un asentimiento impresionado.

—Así que se acabó la paz, ¿eh?

—Sí —dijo Eadan, mientras se dirigían fuera de la casa señorial para montar sus caballos—. Necesitamos convocar una reunión con los nobles una vez que estemos en el castillo. Nuestra tregua con el Clan Acheson ha terminado.

Mientras cabalgaba de vuelta al castillo, con el corazón martilleando contra su caja torácica, Eadan se dio cuenta de que su confesión a Magaidh era la primera vez que admitía ante alguien,

incluyéndose a sí mismo, que amaba a Fiona. Y así era. La hermosa muchacha que había irrumpido en su vida desde el futuro tenía su corazón, su cuerpo, su alma. Por primera vez en su vida, había algo que significaba tanto, más, para él que su clan. Ella lo había obligado a abrir su corazón, a dejar entrar el amor. A dejarla entrar a *ella*. No deseaba nada más que hacerla su esposa de verdad, compartir su vida con ella.

Pero necesitaba protegerla. Mientras Dughall estuviera vivo y persiguiendo a su clan, Fiona no estaría a salvo en esta época.

CAPÍTULO 23



Fiona caminaba de un lado a otro, sintiéndose inútil y enfadada con Eadan por obligarla a permanecer en su habitación. Uno de sus hombres, Osgar, le había proporcionado una pequeña daga tal como Eadan había prometido. Ahora, la daga descansaba en su vaina debajo de su corpiño, y se estremeció ante la idea de tener que usarla.

Normalmente, podía calmarse pintando, y lo había considerado, pero su ansiedad era demasiado grande. También estaba preocupada por Eadan. Aunque había sido idea suya que él fuera a ver a Magaidh como último intento para evitar una batalla total, ¿y si Dughall tenía a sus hombres apostados allí? ¿Y si atacaban a Eadan?

Estaba a punto de dirigirse a la puerta y exigir que sus guardias la dejaran salir de su habitación cuando la puerta se abrió de golpe y Eadan entró a zancadas. El alivio la inundó, pero se quedó inmóvil al ver la expresión oscura y decidida en su rostro.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

Eadan no respondió. En su lugar, la atrajo hacia sus brazos y se apoderó de su boca en un beso. La conmoción y el deseo la recorrieron en espiral, y se quedó sin aliento cuando la soltó.

—Eadan...

—No fue bien —admitió él, con brusquedad—. Yo... le dije que te amaba, Fiona.

Fiona se quedó paralizada. Miró sus ojos y la alegría se apoderó de ella al ver la certeza que vio en ellos, ahuyentando todas sus demás emociones.

No se había permitido creer que la profundidad de sus sentimientos por él fuera amor, queriendo mantener las barreras alrededor de su corazón erguidas, para protegerse de salir herida. Pero en el fondo sabía que lo amaba, y una parte de ella lo había amado desde el momento en que lo vio por primera vez en el pasillo fuera de la bodega.

Pensó en la extraña soledad que la había atormentado toda su vida, esa sensación de vacío, la sensación de que pertenecía... a *algún otro* lugar, pero sin poder determinar dónde era ese lugar. Bueno, ahora tenía su respuesta. No era *dónde* pertenecía. Era *cuándo* pertenecía.

Aquí.

—Yo también te amo, Eadan Macleay —susurró.

—Fiona —dijo él con voz ronca, dando un paso adelante para acunar su rostro entre sus manos, con felicidad pura en sus ojos—. Quiero que te quedes conmigo en esta época, más que nada, pero Dughall...

—Este conflicto con Dughall terminará. Elijo quedarme, Eadan. En esta época. Contigo.

—¿Estás segura? —preguntó, escrutando sus ojos.

—Sí —susurró. Todo en su vida la había llevado a este momento... a él—. Con todo mi corazón, sí.

—Mi Fiona —murmuró, sacudiendo la cabeza—. Todo lo que quiero eres tú. Cuando esto termine, quiero hacerte mi esposa. Mi esposa de verdad.

El corazón de Fiona se elevó, y sonrió a través de sus lágrimas.

—Y yo quiero que seas mi verdadero esposo.

Él reclamó su boca con la suya, y ella se inclinó hacia su beso. Por varios momentos, el mundo a su alrededor se desvaneció. Dughall, Magaidh, los guardias fuera de su puerta. Solo existía Eadan, su lengua explorando su boca, su cuerpo presionado contra el de ella, su aroma masculino infundiendo sus sentidos.

—Mi Fiona —susurró, cuando se apartó reluctante—. Cuando esto termine, te tendré en mi cama durante días.

—¿Es eso una promesa? —preguntó Fiona, y Eadan se rió entre dientes. Pero su expresión se volvió seria.

—He convocado una reunión con los nobles. Les voy a contar lo que Dughall ha hecho, y entonces nosotros...

Se quedó inmóvil al escuchar el sonido de múltiples cascos de caballos entrando en el patio. Eadan y Fiona se volvieron, apresurándose hacia la ventana.

Un frío pavor la invadió ante la visión. Dughall y más de una docena de sus hombres entraban a caballo en el patio.

—Dios mío —susurró.

—Quédate aquí —ordenó Eadan, dirigiéndose hacia la puerta.

—Espera —protestó Fiona. No había manera de que se quedara en esta habitación mientras Eadan se enfrentaba a Dughall—. Voy contigo.

—Fiona, ahora no es...

—Tengo mi daga —le interrumpió—. Y hay una despensa contigua al gran salón; puedo esconderme allí fuera de la vista. Pon un guardia conmigo si quieres, pero voy contigo.

Una mirada de admiración mezclada con ansiedad cruzó su expresión, pero le dio un asentimiento reluctante.

—Te quedas en la despensa —dijo con firmeza—. Y si se vuelve peligroso, vuelves a Tairseach y a tu propia época.

Eadan mantuvo su mirada, esperando que ella estuviera de acuerdo. Lo hizo, a regañadientes, pero no tenía intención de dejarlo.

Ronan y varios de sus hombres estaban fuera de la puerta, a punto de llamar cuando Eadan y Fiona salieron. Sus ojos se abrieron con sorpresa cuando Fiona salió con Eadan, pero ella les dio una mirada dura y desafiante, uniendo su mano con la de Eadan.

—He enviado un mensaje a los nobles. Deberían llegar pronto. Si Dughall y sus hombres atacan, nos respaldarán —le dijo Ronan a Eadan mientras todos caminaban por el pasillo hacia las escaleras—. En cuanto vi que venían los hombres de Dughall, le envié un mensaje a Una para que sacara a los sirvientes del castillo; están saliendo por la parte trasera. Y hay dos hombres en la puerta de tu padre. Pero no creo que a Dughall le importen ninguno de ellos.

Miró a Eadan a los ojos, su implicación era clara. Dughall estaba aquí por Eadan. Un escalofrío de pavor recorrió a Fiona.

Cuando llegaron al gran salón, Eadan se volvió hacia ella, llevando su mano a sus labios. Una ola de miedo la invadió; Dughall podía estar en el terreno de Eadan, pero sus hombres superaban en número a los de Eadan.

—Mantenla a salvo —dijo Eadan, apartando la mirada de ella hacia Osgar—. Si... si me matan, sácala de aquí, llévala a Tairseach.

—Eadan... —protestó Fiona, horrorizada por sus palabras, pero Eadan ya se alejaba de ella, con los hombros tensos mientras se dirigía al gran salón con Ronan y los demás.

Fiona miró a Osgar, el hombre que Eadan había dejado para protegerla. Si la orden de Eadan de llevarla a una aldea abandonada le causó confusión, no lo demostró. En su lugar, le hizo un gesto para que lo siguiera, con el rostro estoico.

Entraron en la despensa contigua al gran salón, y Fiona se dirigió a la puerta, abriéndola una rendija.

Desde su posición, podía ver a Eadan caminando hacia Dughall y sus hombres, que estaban de pie en el centro del salón, con las manos en la empuñadura de sus espadas. Fiona tragó saliva, sintiendo que la ansiedad le oprimía el pecho ante la escena.

—Si estáis aquí por mi visita a Magaidh... —comenzó Eadan, deteniéndose a varios metros frente a Dughall.

—Estoy aquí para enfrentarte por tus mentiras. Nos ha mentido a todos —rugió Dughall, mirando más allá de Eadan hacia Ronan y los otros hombres—. Hablé con vuestro "mensajero". Me dijo que tú y tu primo le pagasteis para que se hiciera pasar por un mensajero que fue a Inglaterra a buscar una anulación de un sacerdote. Un sacerdote que no existe —dijo Dughall, elevando la voz—. ¡Para un matrimonio que no existe!

Un miedo helado recorrió a Fiona. Este era el momento que había temido desde que aceptó el plan de Eadan. El descubrimiento de que todo era una mentira.

No podía dejar que él cargara con la culpa. Dio un paso adelante, pero Osgar la retuvo.

—Necesito ayudarlo... —susurró, luchando contra su firme agarre.

—Debéis quedaros —dijo Osgar con firmeza—. Solo empeoraréis las cosas para el laird.

Eso hizo que Fiona se quedara quieta, y volvió a centrar su atención en Eadan y Dughall, con el corazón acelerado.

—Para asegurarme, envié a mi propio mensajero a Kington. Los aldeanos de allí nunca oyeron hablar de una Fiona, un Eadan, o un matrimonio entre ellos en los registros de la iglesia —continuó Dughall, con creciente furia—. Inventasteis un matrimonio para librarte del compromiso. Te burlaste de la paz que te ofrecí.

Los hombres de Dughall lanzaron gritos de acuerdo. Eadan, que había permanecido en silencio durante la diatriba de Dughall, aunque su cuerpo estaba rígido de tensión, dio un paso adelante.

Los hombres de Dughall adoptaron posturas defensivas. Eadan levantó las manos, con las palmas hacia arriba, pero sus ojos estaban llenos de furia cuando habló.

—Aye. Es cierto —dijo Eadan. Detrás de él, sus propios hombres, excepto Ronan, se quedaron paralizados por la sorpresa. Al lado de Fiona, Osgar también se quedó inmóvil—. Fiona vino a mi castillo buscando refugio. Pero ella no es la culpable. Yo la obligué a hacerse pasar por mi esposa.

El horror dejó a Fiona inmóvil. ¿Qué estaba haciendo? Él no la obligó a hacer nada. Volvió a dar un paso adelante, pero Osgar la retuvo.

—Pero lo hice por desesperación. Sabía que algo no estaba bien con vuestra oferta de paz. Habéis querido nuestras tierras desde que tengo memoria. Pero ahora entiendo cuál era vuestra verdadera intención desde el principio. Contratasteis a mi propio sirviente, Maon, para espiar a Fiona. Habéis estado envenenando a mi padre. Cuando Naoghas se dio cuenta de lo que estabais haciendo, intentó decírmelo, pero lo matasteis. Cuando Fiona se enteró por mi sirvienta Sorcha de que estabais envenenando a mi padre, hicisteis que golpearan a la pobre chica, y ahora faltan otros dos sirvientes.

Dughall no pareció indignado por sus palabras ni sorprendido por las acusaciones. Pero algunos de sus hombres sí, intercambiando miradas de confusión e incredulidad. Pero Dughall apretó el puño a su lado mientras Eadan continuaba.

—Acabo de darme cuenta de por qué queríais que me casara con Magaidh. Si mi padre muere por vuestro veneno, yo sería el jefe del clan, dueño de las tierras. Ronan no puede heredar porque no es un heredero directo. Pero si yo muriera sin heredero... las tierras del Clan Macleay irían a parar a mi esposa y su familia. Las mismas tierras por las que nuestros clanes han estado peleando. Magaidh me quiso una vez, pero no dudaría en envenenarme después de que nos casáramos. Por eso no os esforzasteis más en poner fin a lo mío con Fiona, aunque debíais saber que nos estábamos acostando. Eso alimentaría los celos de vuestra hija, le facilitaría matarme cuando llegara el momento.

Por la expresión en el rostro de Dughall, Fiona pudo ver que Eadan había adivinado correctamente. La ira y la incredulidad se arremolinaron en su interior; recordó la mirada de puro odio en el rostro de Magaidh cuando la confrontó. No tenía duda de que Magaidh era capaz de matar a Eadan.

—Mi padre está postrado en cama; vuestro veneno lo ha enfermado, y no puede estar aquí por eso. Me alegro de que no pueda ver esto. Sois vos quien se burló de la paz que mi padre intentó sembrar con vos. Vuestras intrigas y vuestros asesinatos de inocentes terminan ahora, Dughall.

Las facciones de Dughall se contorsionaron de rabia, y desenvainó su espada.

—Cuando mueras, tomaré el control de tu clan. Me acostaré con tu puta sassenach, y luego averiguaré quién es en realidad —rugió Dughall.

Las palabras de Dughall parecieron romper el apenas contenido control de Eadan, y los dos hombres se lanzaron el uno contra el otro, con las espadas extendidas.

Mientras los hombres en el salón comenzaban a luchar, Osgar se volvió hacia ella.

—Quedaos aquí —ordenó, y luego salió corriendo de la despensa para unirse a la pelea.

La adrenalina fluyó por Fiona mientras alcanzaba la daga escondida en su corpiño. No era rival para los corpulentos highlanders que luchaban en el salón, pero si llegaba el momento, haría lo que pudiera para ayudar a Eadan.

Fiona se puso rígida de repente cuando sintió a alguien en la despensa detrás de ella. Pero antes de que pudiera girarse, una mano firme la rodeó por la cintura y una daga se presionó contra su garganta.

—No te muevas, puta sassenach —siseó la furiosa voz de Magaidh en su oído.

CAPÍTULO 24

La furia invadió a Eadan mientras se abalanzaba hacia Dughall, pero varios de los hombres de este lo rodearon en un círculo protector.

Eadan oyó un gruñido detrás de él y se giró cuando Uisdean, uno de los hombres de Dughall, el mismo al que había atacado por la forma lujuriosa en que habló de Fiona, se lanzó contra él. Uisdean levantó su espada, y sus hojas chocaron al comenzar a luchar.

—Después de que Dughall termine con tu puta sajona, yo me tomaré mi turno con ella —siseó Uisdean.

La ira hirviente de Eadan se convirtió en un infierno, y dejó escapar un gruñido enfurecido mientras sus movimientos se aceleraban, pero Uisdean igualaba cada uno de los movimientos de Eadan con los suyos propios. Cuando Eadan falló una parada vital, Uisdean se abalanzó, apuntando su espada directamente al corazón de Eadan. Este esquivó justo a tiempo, pero se lanzó hacia adelante, hundiendo su espada en el vientre del hombre.

Uisdean soltó un rugido de dolor, cayendo al suelo, su espada repiqueteando en el suelo. Sus ojos se cerraron, pero aún estaba vivo, su respiración dolorosa y entrecortada. Eadan no mataría a un hombre que no pudiera defenderse, pero le costó todo su autocontrol no atravesarlo con su espada por amenazar a Fiona.

Pero aún quedaba pelea por delante. Se giró, buscando a Dughall entre la masa de cuerpos luchando. Lo localizó en el extremo opuesto del salón, su espada chocando con la de Ronan.

Eadan se precipitó hacia ellos y se unió a su primo en la pelea. Dughall era un espadachín experto y luchaba fácilmente contra ambos, sus movimientos llenos de rabia. Cuando dos de los hombres de Dughall se unieron a la pelea, arrinconando a Eadan y Ronan contra la pared trasera del salón, Eadan se dio cuenta con creciente pánico de que varios de sus hombres estaban ahora heridos o muertos; Dughall y sus hombres los superaban en número y estaban a punto de vencerlos.

No sabía si los nobles a los que Ronan había enviado a buscar llegarían a tiempo, pero su preocupación no era por él o su clan. Era solo por Fiona. Solo podía rezar para que ella hubiera atendido sus palabras y huido del castillo para llegar a Tairseach. No podía soportar la idea de lo que le pasaría si ella estuviera aquí cuando él cayera ante la espada de Dughall.

El pensamiento le dio un impulso de fuerza y determinación renovadas. Sus movimientos se aceleraron, la hoja de su espada chocando con la de Dughall mientras se lanzaba hacia adelante. Los ojos de Dughall brillaron, el odio en ellos crudo, y Eadan se preguntó cómo Dughall había mantenido su civismo a su alrededor durante tanto tiempo.

Los hombres de Dughall se acercaron a Ronan, y su primo le dio una mirada tranquilizadora pero feroz mientras se giraba para enfrentarlos, dejando a Eadan luchar contra Dughall por su

cuenta.

Dughall se lanzó hacia adelante, apuntando la punta de su hoja a la garganta de Eadan. Este evadió, apenas, pero la hoja rozó su piel, y la sangre brotó de la herida.

—¿Dónde disfrutaré de tu puta sajona después de que caigas ante mi espada? —se burló Dughall, balanceando de nuevo su espada hacia la garganta de Eadan—. ¿En la misma cama donde la tuviste? ¿Quizás aquí en el salón donde maté a su traidor amante?

Eadan apenas lograba evadir los cortes de Dughall. Sabía que Dughall lo estaba provocando con sus palabras, y estaba funcionando. La furia que ardía en sus venas hacía temblar su agarre en la empuñadura de su espada, y luchaba por concentrarse.

Dughall era rápido, su puntería peligrosamente precisa. Eadan echó un vistazo rápido alrededor del salón: Ronan y sus hombres estaban demasiado ocupados luchando contra los hombres de Dughall para venir en su ayuda.

Eadan apretó su agarre en la empuñadura de su espada, obligándose a concentrarse, a no dejar que las amenazas de Dughall sobre Fiona lo desviaran. Tenía que hacer que el próximo golpe de su espada contara.

—O quizás la tomaré en cada habitación del castillo antes de que mis hombres la tomen. Tal vez no la haga colgar. La mantendré como la puta personal del Clan Acheson.

Tan pronto como Dughall habló, sucedieron dos cosas. Los nobles que Ronan había enviado a buscar irrumpieron en el salón, cayendo sobre los hombres de Dughall y sacando sus espadas. Y la rabia que llenó a Eadan ante las palabras de Dughall lo impulsó hacia él; no podría haberse detenido aunque lo intentara. Eadan se lanzó hacia adelante con su espada, moviéndose más rápido de lo que jamás lo había hecho durante una pelea. Dughall podría haber sido un excelente luchador, pero Eadan tenía una ventaja: su relativa juventud.

Los ojos de Dughall se abrieron de par en par cuando la hoja de Eadan hizo contacto con la carne de su abdomen. Eadan atravesó a Dughall con su espada, golpeando la espada de Dughall fuera de sus manos mientras este se hundía en el suelo.

Cuando Dughall estaba de espaldas, Eadan dio un paso adelante, presionando su hoja contra el pecho de Dughall.

—¿Te rindes, Dughall? —gruñó, luchando por contenerse de matar al hombre—. Es el derecho del Clan Macleay llevarte ante la justicia.

Dughall lo miró con furia, y a pesar de su dolor, el odio permaneció en sus ojos.

—Nunca —escupió Dughall, agarrando su abdomen sangrante—. El Clan Macleay no merece sus tierras ni sus propiedades, y tú no mereces ser laird.

Eadan apretó los dientes, presionando su hoja con más fuerza contra el pecho de Dughall. Las amenazas que Dughall había hecho hacia Fiona giraban en su mente, y fantaseó con atravesar a Dughall directamente con su espada, dejándolo desangrarse lenta y dolorosamente hasta la muerte.

Pero cuando miró hacia arriba, vio que gran parte de la lucha había cesado. Los nobles que habían venido en su ayuda habían ayudado a herir o masacrar a los hombres de Dughall.

Miró hacia abajo a Dughall, apretando el puño. La pelea había terminado. Y por mucho que quisiera matar al viejo, él era el laird y pronto sería el jefe del clan. Había un proceso que el clan seguía para llevar a los hombres ante la justicia, uno que él seguiría.

Eadan retrocedió, apartando su mirada de Dughall mientras Ronan se acercaba.

—Encerrad a Dughall y a sus hombres supervivientes en la torre —dijo—. Que un curandero atienda a los heridos.

Pero mientras Ronan asentía, volviéndose hacia los hombres de Eadan y haciendo gestos para

pedir ayuda, Dughall alcanzó su espada descartada en un movimiento sorprendentemente rápido para un hombre herido. Se puso débilmente de pie, aún agarrándose el abdomen sangrante, y lanzó un tajo con su espada, apuntando al corazón de Eadan-

Ronan se giró, soltando un grito horrorizado, pero Eadan esquivó el ataque de Dughall. Antes de que pudiera volver a blandir su espada, Eadan se lanzó hacia adelante, hundiendo su espada en el pecho de Dughall.

Dughall cayó de rodillas mientras Eadan sacaba la espada. Jadeó, luchando por respirar, antes de caer al suelo de costado, con los ojos abiertos y sin vida.

—Maldito necio —gruñó Eadan.

—Es lo mejor —murmuró Ronan, al llegar al lado de Eadan, con la respiración aún entrecortada por la tensión—. Si lo hubiéramos encarcelado, el bastardo habría seguido tramando tu muerte desde su celda.

Eadan asintió; Ronan tenía razón. El odio de Dughall era más profundo de lo que había pensado.

Mientras sus hombres reunían a los supervivientes de Dughall, Eadan se apresuró hacia la despensa contigua al gran salón, buscando a Fiona. Pero cuando no la encontró dentro, el pánico lo invadió.

Salió al pasillo, a punto de ordenar a sus hombres que buscaran a Fiona por los terrenos del castillo, cuando oyó un grito de dolor.

Se quedó helado, con un frío pavor atravesándole el pecho. Era la voz de Fiona.

Girando sobre sí mismo, corrió por el pasillo en dirección al grito, subiendo a toda prisa por la escalera de caracol. Cuando llegó arriba, encontró a Fiona y Magaidh al final del estrecho pasillo, justo al lado de la ventana, atacándose mutuamente con sus dagas. Magaidh atacaba a Fiona con la ferocidad de un gato salvaje, mientras que los movimientos de Fiona eran más defensivos; estaba tratando de repelerla.

Eadan cargó hacia ellas y Magaidh se volvió, con los ojos abiertos de par en par al verlo. Agarró a Fiona por detrás con una fuerza sorprendente, arrastrándola hacia la ventana al final del pasillo.

—¡Magaidh, no! —gritó, con el pánico creciendo mientras se apresuraba hacia ellas.

—¡Simplemente deberías haberte casado conmigo, Eadan! —gritó Magaidh. Nunca la había visto tan desquiciada; sus ojos verdes estaban feroces, su respiración salía en jadeos frenéticos—. Deberías haberme amado a mí, ¡no a esta ramera!

—¡Detén esto, Magaidh! —suplicó, mientras Magaidh alcanzaba la ventana, aún sujetando a Fiona, que luchaba por liberarse del agarre de Magaidh—. Todo será perdonado. Solo... déjala ir.

—¡Me encarcelarás o me enviarás a un convento! —escupió Magaidh—. Las cosas iban bien antes de que ella apareciera aquí. Necesita morir.

—No, Magaidh —dijo, tratando de mantener la voz calmada.

Fiona encontró su mirada, y vio algo en sus ojos que lo hizo dudar. Aunque parecía aterrorizada, también había una determinación acechando en sus profundidades.

Se dio cuenta de que sus forcejeos eran solo una demostración. Estaba usando su mano libre para mover lentamente su daga hacia la pierna de Magaidh. *Mantenla hablando*, decían sus ojos.

—Es mi culpa. Yo... debería haberte hablado de mis dudas sobre el compromiso —dijo, volviendo su atención a Magaidh, con el corazón latiendo frenéticamente contra su pecho—. No culpes a Fiona por esto.

—Tú nunca... —comenzó Magaidh, pero en un movimiento rápido, Fiona cortó la pierna de Magaidh. Magaidh aulló de dolor, soltando su agarre sobre Fiona.

Pero antes de que Fiona pudiera escapar de su alcance, Magaidh la agarró de nuevo y la empujó por la ventana abierta.

Fiona soltó un grito sorprendido y aterrorizado, extendiendo la mano hacia Magaidh para amortiguar su caída, y ambas se desplomaron por la ventana.

No, pensó Eadan, con el horror invadiendo su ser. Fiona no sobreviviría a semejante caída. *Por favor, Dios. No.*

Pero justo antes de que llegara a la ventana, Fiona se alzó temblorosamente sobre el alféizar, y él casi cayó de rodillas de alivio.

Ella se giró, extendiendo sus manos por la ventana, y se dio cuenta de que estaba ayudando a Magaidh a volver adentro.

Se unió a ella, encontrando a Magaidh aferrada al alféizar. Mientras él y Fiona trataban de alcanzar a Magaidh, esta soltó un gruñido enfurecido, alzando una mano para intentar arrastrar a Fiona por la ventana. Pero perdió el agarre, resbalando del alféizar y cayendo al suelo de abajo con un grito.

Fiona retrocedió tambaleándose de la ventana, conmocionada, y se giró, enterrándose en sus brazos. Eadan la abrazó con fuerza, su corazón aún latiendo con el pánico y el miedo remanentes.

—Se acabó —susurró, acariciando su cabello—. Se acabó, Fiona.

Ella lo miró, con lágrimas y alivio llenando sus ojos.

—Pensé... —susurró—. Temía que no sobrevivieras. Y luego Magaidh me arrastró aquí arriba y me atacó...

—Luchaste bien —dijo—. Estaba decidida a matarte. Y yo quería sobrevivir... por ti. Aún tenemos una vida que compartir, Fiona.

Fiona parpadeó para contener las lágrimas y le dio una sonrisa temblorosa.

—Te amo, Eadan —susurró.

Él se inclinó hacia adelante, presionando su boca contra su frente, su mandíbula, sus labios.

—Y yo te amo a ti, mi fuerte y valiente Fiona. Siempre.

CAPÍTULO 25

Un mes después

—¡Ay, Fiona! —suspiró Una, contemplándola—. Estás preciosa.

Fiona se giró para observar su reflejo en el espejo que Una había traído a su habitación. Vestirse de blanco para las bodas aún estaba a siglos de distancia, así que había elegido un vestido de seda azul que Una había encargado a una costurera de Edimburgo. A petición de Eadan, llevaba el cabello suelto sobre los hombros.

Sonrió a su reflejo, sintiendo una oleada de alegría en el pecho. Hoy era el día en que oficialmente se casaba con Eadan.

Los acontecimientos del último mes habían pasado como un borrón. Los miembros del clan Acheson que habían confesado participar en la conspiración de Dughall habían sido exiliados o encarcelados; los hombres que asesinaron a Naoghas fueron condenados a muerte por Eadan y sus nobles. Los sirvientes que habían servido platos envenenados a Bran y Parlan fueron encontrados en un pueblo cercano; habían huido por miedo. Eadan los perdonó cuando regresaron al castillo para ser interrogados; habían actuado bajo coacción, ya que Dughall había amenazado con matar a sus familias si no seguían sus órdenes.

Eadan había descubierto a través de las diversas confesiones de los miembros del Clan Acheson que sus instintos eran correctos; Dughall tenía la intención de que Magaidh lo matara después de que se casaran y heredara sus tierras. Dughall planeaba luego casarla con uno de sus hombres, dando esencialmente al Clan Acheson dominio sobre el Clan Macleay. Los miembros del clan que quedaron libres de implicación en la conspiración habían jurado lealtad al Clan Macleay. Bran había renunciado oficialmente como jefe, y Eadan era ahora el jefe del clan. Eadan le dijo que creía que con Dughall fuera, los dos clanes habían encontrado finalmente la paz.

Mientras Eadan se ocupaba de estos asuntos del clan, Fiona había visitado a Sorcha en el pueblo a diario. Eadan había dispuesto que un curandero la atendiera diariamente, y se recuperó completamente de sus heridas después de dos semanas. Durante la última visita de Fiona, Sorcha le dijo con lágrimas de felicidad en los ojos que Taran le había propuesto matrimonio y que se casarían a finales de mes.

Después de salir de la cabaña de Sorcha, había escrito una larga carta a Isabelle, una que esperaba que le llegara en el presente. Fiona no quería arriesgarse a entregarla ella misma, aún no estaba segura de cómo funcionaba el viaje en el tiempo. Temía que si atravesaba el portal de nuevo, no podría volver a esta época, a Eadan. Y ese no era un riesgo que estuviera dispuesta a correr. Planeaba dejar la carta en el portal, con la esperanza de que llegara a Isabelle en el futuro

a través de la próxima persona que tropezara con Tairseach. En la carta, le decía a Isabelle que no se preocupara, que era feliz y que no la buscara. A propósito la mantuvo vaga; no había manera de que pudiera decirle a Isabelle que estaba en el siglo XIV sin que Isabelle asumiera que había perdido la cabeza. También esperaba que a Isabelle no le pareciera *demasiado* extraño que su carta estuviera escrita en pergamino. Pero era lo mejor que podía hacer dadas las circunstancias.

Juntos, Fiona y Eadan habían viajado a Tairseach para entregar la carta. Al acercarse al castillo, Fiona había oído el sonido del viento: el portal. Hizo que Eadan le cogiera la mano mientras se dirigía al sótano en ruinas para dejar la carta, temerosa de que el portal la arrastrara a través del tiempo. Pero no pasó nada, no hubo ningún tirón en su cuerpo como antes. Aun así, se apresuró a salir del sótano con Eadan, agarrando fuertemente su mano.

Cuando regresaron a Tairseach al día siguiente, la carta había desaparecido. El alivio la invadió, y rezó para que hubiera sido enviada a través del tiempo, que algún otro turista errante encontrara la carta y la enviara a la dirección de Isabelle en Chicago.

Mientras ella y Eadan abandonaban Tairseach por última vez, pensó en aquella misteriosa mujer que la había seguido en su propia época. Sospechaba que era en efecto una stiuireadh, una de las rumoreadas brujas druidas de las que Eadan y Una habían hablado. Eadan le dijo que nadie sabía mucho detalle sobre su magia, así que solo podía adivinar cómo había influido en la llegada de Fiona aquí. Tal vez era un punto de referencia, guiando a viajeros como ella hacia el pasado. Después de todo, si Fiona no la hubiera visto en las ruinas del castillo, nunca habría entrado en ellas.

Pero eso no explicaba el impulso de Fiona de girar a la derecha en el camino bifurcado que la llevó a Tairseach en su propia época. Finalmente había aceptado que probablemente nunca sabría cómo funcionaba todo esto. Ahora, solo podía sentir gratitud; estaba justo donde pertenecía.

De ahora en adelante, ayudaría a Eadan a dirigir el castillo, continuaría pintando e incluso entrenaría a jóvenes aspirantes a artistas del pueblo. Esperaba con ansias su vida aquí.

—Quiero casarme contigo, formalmente —le había dicho Eadan, cuando regresaron al castillo—. Quiero que todos en el castillo, en el pueblo, en Escocia, sepan que eres mi esposa.

Fiona sonrió, la alegría la invadió al ver el amor en los ojos de Eadan.

—De acuerdo —dijo, inclinándose para besarlo—. Solo tengo una petición.

Él había pensado que su petición era extraña, pero se la había concedido. Quería casarse con él en el sótano donde había llegado por primera vez. Era un lugar significativo para ellos: era donde había llegado por primera vez a esta época, donde había escuchado su voz por primera vez, donde había dado los primeros pasos hacia su destino de estar con él. Una y los otros sirvientes habían pasado las últimas dos semanas transformando el sótano en un espacio festivo, y ella no podía esperar para ver lo que habían hecho con él.

Ahora, Una le apretó las manos, devolviéndola al presente.

—¿Estás lista, mi señora? —preguntó, radiante.

Dándole una amplia sonrisa, Fiona asintió, y siguió a Una hasta el sótano.

Al entrar Fiona, jadeó. El lugar había sido completamente transformado. Ya no había sacos de cebada ni jarras de cerveza y vino. En su lugar, flores blancas decoraban varias mesas largas dispuestas a lo largo de las paredes. Una multitud de velas iluminaba el espacio, otorgándole un resplandor tenue y romántico. Bran, Ronan, Sorcha, Taran y una docena de otros nobles y sirvientes estaban reunidos. Bran le dedicó una sonrisa amable cuando entró, y ella se la devolvió. Había temido que Bran quisiera una novia escocesa noble y adecuada para su hijo, pero Bran le había dicho que lo único que quería era la felicidad de Eadan, y Fiona lo hacía más

dichoso de lo que jamás lo había visto.

La mirada de Fiona encontró a Eadan, de pie en el centro del sótano junto a un sacerdote. Se le cortó la respiración; se veía dolorosamente apuesto con su túnica oscura y su kilt de tartán ceñido. Podía ser el laird del Castillo Macleay, jefe del Clan Macleay, pero en este momento, era simplemente el hombre que amaba. El hombre con quien no podía esperar para comenzar su vida.

Sus ojos azules se iluminaron al verla, y todos los demás en la habitación se desvanecieron mientras ella se acercaba a él. Sus miradas permanecieron fijas mientras pronunciaban sus votos, y cuando el sacerdote anunció que estaban casados, Eadan acunó su rostro con sus manos, sus ojos llenándose de emoción. Se inclinó hacia adelante para reclamar su boca con la suya, sellando su futuro con un beso.

CAPÍTULO 26



Ronan estaba de pie en la parte trasera del gran salón, observando cómo Eadan y Fiona bailaban, con los ojos fijos solo el uno en el otro. Los invitados se habían trasladado del sótano al gran salón para un festín que celebraba el matrimonio de Eadan y Fiona. Observó la amplia sonrisa de Eadan mientras hacía girar a una risueña Fiona en sus brazos. Nunca había visto a su primo tan feliz; Eadan había sido demasiado serio y atado al deber antes de que Fiona entrara en su vida. Se alegraba de ver a Eadan permitiendo que la alegría entrara en su vida, especialmente después de la terrible experiencia con Dughall.

Su mirada se deslizó hacia Fiona, quien se sonrojó cuando Eadan se inclinó para susurrarle algo al oído. Podía notar que la muchacha era amable y genuina, y no sospechaba nada malicioso sobre ella. Pero sospechaba que había más en Fiona de lo que Eadan le había contado. Ronan había presionado a Eadan para que le dijera de dónde venía realmente Fiona, pero la expresión de Eadan se ensombreció.

—Te lo diré algún día —había dicho, con un tono sombrío—. Pero dudo que me creas.

Eadan había cambiado de tema cuando Ronan intentó insistir, y se negó a seguir discutiendo el asunto.

—Está feliz.

Ronan se giró para encontrar a Bran a su lado, apoyado en su bastón. Ronan se enderezó, buscando una silla con la mirada, pero Bran lo detuvo cortésmente con un gesto.

—No hay necesidad, me voy a mi habitación. Este viejo necesita descansar. Pronto me retiraré a una de las casas señoriales de los Macleay; Eadan y su bella esposa no necesitarán a un viejo rondando una vez que empiecen su familia.

—Te quieren, Bran —protestó Ronan—. No querrán que te vayas.

—No depende de ellos —dijo Bran, negando con la cabeza—. Ya no soy el laird, ya no soy el jefe. Es hora de que me retire, de que tome el aire y descanse. Después de este lío con Dughall y el Clan Acheson... —Un destello de arrepentimiento cruzó sus ojos. Ronan sabía que Bran se sentía culpable por todo lo que había sucedido, deseando haber escuchado las advertencias de Eadan sobre Dughall.

—No podías saberlo —dijo Ronan—. Yo tampoco creí a Eadan cuando me contó sus sospechas. Ya ha terminado. Tenemos paz.

—Sí —dijo Bran, después de una larga pausa—. Espero que te llamen para asumir algunas de las responsabilidades de Eadan, ahora que tiene esposa. —Bran se volvió para estudiarlo, con los ojos brillantes—. Pronto será el momento de que encuentres una novia.

—No está en mi naturaleza conformarme con una sola muchacha —dijo Ronan, con un gesto desdeñoso de la mano—. No necesito una esposa.

Ronan nunca había deseado una esposa ni una amante permanente. Nunca había sentido más que un capricho pasajero por una muchacha, y eso le iba bien.

Bran se rió, echando la cabeza hacia atrás. Negó con la cabeza, con alegría brillando en sus ojos.

—Yo dije lo mismo antes de conocer a la madre de Eadan. Y Eadan dijo lo mismo antes de conocer a Fiona. No puedo esperar a que conozcas a la muchacha que lo cambie todo para ti.

Ronan frunció el ceño, pero Bran le dirigió otra mirada divertida, dándole una palmada en el hombro antes de volverse para salir cojeando del salón.

Ronan apartó las palabras de Bran, su ceño frunciéndose aún más. Bran podría haber sido lo más parecido que tenía a un padre, pero no lo conocía en absoluto. Ronan disfrutaba de su libertad, y continuaría haciéndolo. Escaneó el salón, observando a las diversas muchachas. Muchas de ellas eran hermosas, pero ninguna provocaba un fuego en su vientre. Una sorprendente punzada de envidia lo atravesó cuando Eadan y Fiona dejaron de bailar para besarse, ignorando los alegres gritos y bromas de los invitados a su alrededor. Era como si fueran las únicas dos personas en el salón.

—Mi señor...

Ronan se giró, frunciendo el ceño ante la vista de uno de sus sirvientes, Gavin, de su casa señorial.

—¿Qué sucede? —preguntó Ronan, tensándose con alarma—. ¿Pasó algo en la mansión?

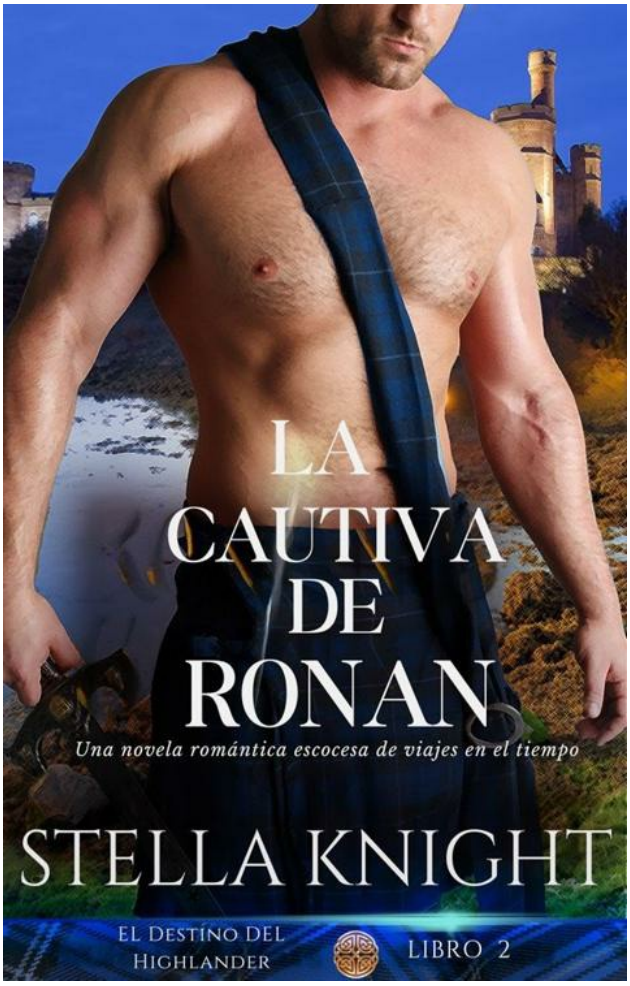
—No —dijo Gavin, pareciendo dubitativo—. Pero... el mayordomo vio a una muchacha extraña vagando por los terrenos.



Lee La cautiva de Ronan (El Destino del Highlander Libro 2) ahora.

LA CAUTIVA DE RONAN

La historia continúa en LA CAUTIVA DE RONAN. ¡Consigue tu copia hoy!



TAMBIÉN DE STELLA KNIGHT

Serie El Destino del Highlander
El voto de Eadan
La cautiva de Ronan
El vínculo de Ciaran
La novia de Niall
La tentadora de Artair
El destino de Latharn

Serie El Destino del Highlander, Lairds de las Islas
El amor de Gawen
La promesa de Bhaltair
El honor de Domhnall

Novelas Cortas de El Destino del Highlander
Su destino highlander (novela corta precuela)
La hechicera de Toran

SOBRE LA AUTORA

Stella Knight escribe novelas románticas de viajes en el tiempo y romances históricos. Disfruta transportando a los lectores a diferentes épocas y lugares con héroes y heroínas vívidos y llenos de matices.

¡Mantente en contacto!
stellaknightbooks.com
stella@stellaknightbooks.com